MEMORIAS
DEL
CONDE DE BENALUA

Sp.S
S2285m

Memorias

del

Conde de Benalúa

Duque de San Pedro de Galatino

La Revolución.-- La Emigración.
Alfonso XII.--La Restauración.
(1867-1875).

TOMO PRIMERO

PROLOGO DE MIS MEMORIAS

201686
29:3:26

Blass, S. A. Imprenta y Encuadernación
Núñez de Balboa, 21.—Madrid

Reservados todos los derechos que marca la ley

Retrato del autor (1866).

CAPITULO PRIMERO

Mis Memorias

Memorias. La palabra lo dice. Para escribir unas memorias, lo primero es tener memoria, y cuando ya está uno en el duodécimo lustro de la existencia, es difícil recordar tanto y tanto como se ha vivido y tanto y tanto como se ha visto y oído. Pero, en fin, si para algo pudiese servir de ilustración o de mera curiosidad, y en muchas ocasiones de lección para los que en lo futuro me leyesen (y vivan en la Corte), haré un esfuerzo y trataré de recordar aquellos sucesos que en mi vida considere yo más interesantes, no por ser míos, sino por tener relación con mi época y con la vida política de la Restauración de la casa de Borbón en

España, después de la famosa revolución del 68, que los progresistas llamaron *La Gloriosa*.

Nací el año de gracia de 1857. Me bautizaron en la misma pila que a la Patti, calle de la Montera, Parroquia de San Luis. Con tres apellidos castellanos netos y el cuarto, o sea el segundo de mi madre, irlandés.

Quedéme huérfano a la edad de diez años. Mis Padres, los condes de Benalúa, murieron en el intervalo de un año en Granada, adonde habíamos ido toda la familia a pasar una temporada, y me nombraron tutor y curador a mi tío el Marqués de Alcañices, más conocido en España entera por el título de Duque de Sexto.

Al morir mi padre (ya viudo de mi madre), me recogió mi abuelo materno, que cumpliendo la voluntad de mis padres me entregó a mi padrino y tutor, que desde entonces fué para mí como un padre y cuya memoria venero, no sólo por el respeto que siempre me infundió aquel gran señor, sino además por el cariño sin límite que durante su vida me demostró, a pesar de algunos disgustos y sinsabores que le proporcionó mi carácter vivo, independiente y bravío en mis mocedades.

Mi tutor, primo hermano de mi padre, llamábase José Osorio y Silva (nacido en 1825), Duque de Sexto, Duque de Alburquerque y Duque de Algete, Marqués de Alcañices, Montaos, Conde de Huelma, etc., etc., catorce títulos y siete veces Grande de España, con una fortuna enorme, efecto de la reunión de tantos mayorazgos.

Era el hombre más sencillo, más afable y más igual de carácter que nadie ha conocido. Era al mismo tiempo favorecido por la naturaleza; de salud sin límite, elegancia natural y un buen juicio y sentido práctico de la vida y conocedor de los hombres y del corazón humano. Sobre todo una popularidad en Madrid, raramente por nadie alcanzada.

Había sido Alcalde-Corregidor con D. Leopoldo O'Donnell, a los veintiocho años, y también había sido Gobernador Civil de Madrid el mismo año que yo nací, siendo padrino y testigo de mi bautizo.

He oído contar muy muchas buenas aventuras suyas, y éxitos, y de todos he sabido que había sido siempre mimado por la suerte. Nacimiento, fortuna, entendimiento, adorado de sus padres y con un atractivo extraordinario, no sólo para el bello sexo, sino que además

poseía el don de la simpatía y tenía en grado máximo lo que en español llamamos tener *ángel.*

Como he dicho, me llevaron a Madrid, no ya a mi casa, en la que yo nací, en la calle de las Torres, esquina a la calle de las Infantas, sino a la casa palacio de mi tío y tutor, que estaba en la calle de Alcalá, esquina al Prado de San Fermín, enfrente del Ministerio de la Guerra, en el mismo sitio y solar en que luego se edificó el actual Banco de España, cuando mi tío vendió su palacio el año 1882 para pagar las enormes obligaciones que había contraído durante la Revolución.

Recuerdo mi impresión al llegar a Madrid y saber que habían muerto mis tíos-abuelos (mi tío Nicolás, hermano de mi abuela paterna y mi tía Inés de Silva), los padres de mi tutor, y cuya memoria tenía yo de niño por aquellos cariños de la infancia que nunca se olvidan. Y esto me hizo mirar aún con mayor simpatía e instintivo afecto a aquel hombre vestido de negro que desde aquel día iba a ser mi padre.

Su padre, mi tío-abuelo, D. Nicolás Osorio y Zayas, había sido Mayordomo Mayor de Doña Isabel II, y había muerto en Madrid poco menos de un año antes.

Mi tía, Doña Inés Silva y Téllez Girón (hermana del Marqués de Santa Cruz, abuelo del actual), había muerto también en Madrid de resultas del cólera, siendo para mayor pena uno de los últimos casos. La señora no había permitido separarse de su hijo, que en aquellos días aciagos era el Gobernador de Madrid y que cumpliendo religiosamente su deber permanecía constantemente familiarizado con la terrible epidemia.

Vivía accidentalmente con nosotros la Marquesa de los Arenales, viuda de un hermano de mi tío-tutor, que se llamaba Joaquín, abuelo del actual Duque de Alburquerque.

La familia más asidua y cariñosa a diario, era la de sus tíos carnales, Marqueses de Santa Cruz y la de la Condesa de Corres, abuela del actual Marqués de Valmediano, Duque del Infantado.

Así como los Marqueses de Castelar, primo hermano también de mi padre. Todavía vive en perfecta salud la Marquesa, mi tía, Agripina, madre del actual Marqués.

Me dieron un ayo y me llevaban todos los días a un colegio que existía cerca de casa en la calle del Barquillo, número 5, regido por un coronel, Sr. Silven, colegio que estaba en-

clavado en el mismo sitio en que hoy está la calle de San Marcos. Calle que entonces no comunicaba con la calle del Barquillo.

En el piso principal vivía el Marqués de Villalobar, padre del actual Embajador en Bruselas y hermano del Duque de Rivas, que años después se suicidó.

Pocas cosas puedo recordar de este período de mi infancia en que vi al Príncipe Alfonso, entonces Príncipe de Asturias, sólo dos veces: una en Palacio, al que me llevaron a jugar con él, un día de Nochebuena y otra vez en el Retiro, entonces llamado Jardines del Palacio de San Juan (1), situados en aquel tiempo enfrente de nuestra casa, en el mismo sitio en que está hoy edificada la casa o Palacio de Correos.

Unicamente recuerdo la impresión de majestad que me produjo la Reina Isabel, y lo

(1) *Palacio de San Juan.* —Con su jardín «el Buen Retiro», que hemos conocido como jardines de recreo público, así como el edificio destinado a Museo de Ingenieros, estaba enclavado en el sitio donde está la calle de Alfonso XI, lindando antiguamente con el Retiro.

En este Palacio habitó el Infante D. Francisco de Paula, padre del Rey Consorte D. Francisco y del Infante D. Enrique. Este D. Francisco de Paula casó más tarde con una notable bailarina nacida en Cartagena, que se llamaba Teresa Redondo, y de ella tuvo un hijo que llevó el título de Duque de San Ricardo que murió sin sucesión.

cariñosa que sin duda estuvo conmigo por saber que me había quedado huérfano de padres, que hacía poco había conocido llenos de juventud y vida.

Llegó el verano del año 1868 y supe que mi tío se casaba o se iba a casar, con una señora rusa, una Princesa viuda. Todo esto me lo contó mi madrina a quien llevábanme a visitar algunas veces y que era Luz Albentos, la hermana del Marqués de Albentos.

A la sazón estaba mi tío en París y supimos que vino a casarse a Vitoria, y que luego volviéronse los dos otra vez a París.

Supimos también que había venido en el mes de Agosto a San Sebastián adonde estaba la Corte con Marfori. Más adelante conocí el objeto de aquella visita a la Reina, que no quiso separarse entonces de Marfori, a pesar de todas las observaciones de orden político que mi tío le razonó, y cuántas veces le he oído a él mismo repetir que si en aquella ocasión le hubiese atendido y en aquel momento se hubiera decidido a volver a Madrid, la revolución nunca hubiese triunfado.

Era mucho el arraigo que la Reina tenía y que la Monarquía aun inspiraba en España, aunque había cometido muchos errores.

El Duque de Sexto perdió la batalla. En alguna ocasión me contó que hubo un momento en que ya S. M. estuvo convencida y entregada a tal extremo, que la Reina le dijo: «Nada, Pepe, tienes razón. ¡A Madrid! Pero con una condición, ¡que tú me acompañes...!» Pero se abrió la puerta de la estancia en que estaban y apareció Marfori.

Aquella misma tarde vino a visitar a mi tío D. Atanasio Oñate, Inspector de los Reales Palacios (el hombre de confianz ade la Reina), y le trajo recado de S. M. de que intentase con los Generales, D. Manuel y D. José de la Concha, una última componenda. (Estos exigían también la separación de Marfori.)

El tiempo urgía. Entonces vino dos días a Madrid, y con gran asombro mío vi que se iba y sin conocer a mi tía, que era mi gran curiosidad.

El resultado de la entrevista con los Conchas fué nulo y volvió a San Sebastián a dar cuenta de sus fracasadas gestiones, no sin volver a intentar la separación de Marfori, o por lo menos, la vuelta a Madrid de la Corte; pero todo fué inútil.

El Duque de Sexto, Marqués de Alcañices (1868).

CAPITULO II

La revolución (1868).

La revolución de Septiembre de 1868, no fué más que la lógica consecuencia del reinado de una señora educada políticamente por la Reina Gobernadora, Doña Cristina, que con su natural ascendiente sobre su hija había seguido regentando a España.

Cuando se ha leído el Reinado de Isabel II, y sobre todo, cuando como yo se ha tenido la ocasión de oir narrar las miles intrigas de camarillas palaciegas, no se explica uno si se llega a concebir que no estallara antes la definitiva revolución.

El 29 de Septiembre de 1868 no fué otra cosa que la natural solución que la sociedad en-

contró de momento, a la inconcebible forma de gobernar desde la famosa revolución del año 1854 (agosto), en que el pueblo español creyó haber resuelto el problema con la salida de Palacio y de España de la reina Cristina.

Era Mayordomo Mayor mi tío Nicolás, padre de mi tío Pepe, cuando estalló en Madrid la revolución del 1854 en que el Duque de la Victoria (Espartero), aceptó la presidencia del famoso Unión Club, que pedía nada menos que la Reina Cristina fuese juzgada por el pueblo.

Los dos héroes de aquella revolución fueron Espartero y O'Donnell y las víctimas Sartorius (1) y Bravo Murillo. En los relatos ínti-

(1) *Sartorius*.—D. Luis José Sartorius había nacido el año 1816 en Sevilla y vino a Madrid el año 1836 a terminar su carrera de Derecho. Debió todo en la vida a sus propios méritos.

Pertenecía a una familia noble extranjera por la línea paterna. Su padre era hijo del Barón de Rosseneg, general que había militado al servicio de Austria y había venido a España a fines del siglo XVIII, persona de gran ilustración y de quien se cuenta que poseía once idiomas. Sartorius fué agraciado en 1848 por la Reina Isabel con el Condado de San Luis y al mismo tiempo con el título de Vizconde de Priego.

Su madre se llamaba doña Joaquina de Tapia y Sánchez de Oviedo, enlazada por parentesco con los Marqueses de Castellón.

El actual Conde de San Luis, su hijo, compañero mío de la niñez y cadete conmigo, ha sido también hace pocos años Ministro de la Corona.

mos de mi familia escuché con verdadera curiosidad e interés la salida de aquella Reina Regente y la escena de que fueron testigos muy contados servidores de la más absoluta confianza.

La escena, en la alcoba de la Reina Gobernadora. La Reina Isabel, con el rostro lívido, efecto de la noche pasada en blanco; trémula, el pelo en desorden, abrazada a su madre, la Reina Cristina, fría y tranquila, sin señales de haber llorado.

Presentes estaban también la Princesita de Asturias (actual Infanta Isabel). El Rey Don Francisco de Asís, vestido de uniforme. El Duque de Riánsares, haciendo esfuerzos inauditos por parecer tranquilo, consiguió por fin sacar a la cámara a la Reina Cristina y desasir a Doña Isabel de su cuello.

Salieron todos a la Cámara Real donde estaba el Duque de la Victoria, el día 28 de Agosto a las siete de la mañana, acompañado del general O'Donnell.

Al pie de la escalera regia había preparada una silla de postas, y en el patio de palacio, un escuadrón del regimiento de Farnesio mandado por el general Garrigó (aquel mismo Garrigó que sucesivamente había sido rebelde condenado, perdonado y premiado).

Bajaron la escalera Espartero y O'Donnell acompañando a la Reina Cristina y al Duque de Riánsares hasta la misma portezuela del coche. Chascaron los látigos de los postillones y, por fin, salió del recinto de palacio aquella Regente y tomó el camino de Portugal.

El pueblo español quedóse tranquilo y la casa de Borbón pudo seguir reinando en España, pero la semilla y la mentalidad de una madre siguió sus efectos. Los pronunciamientos militares se repitieron, y las consecuencias fueron fatales.

Vino la revolución del 22 de Junio del 1866, que se dominó trayendo a Madrid desde Alcalá la división del General Vega Inclán. Prim pudo escapar a Portugal desde su finca del Castillo (Montes de Toledo) y pasó a Inglaterra con Sagasta.

Mientras vivió Narváez, el año 1867, aunque año de zozobras, seguían las camarillas haciendo creer en Palacio que se vivía. Murió Narváez, y apartado O'Donnell con la conjunción González Bravo-Marfori, esto ya fué el desastre final, creyendo, como sucede en otras ocasiones, que sólo basta la fuerza militar (¡Demencia!)

El 9 de Agosto del 68, salió S. M. del Real

Sitio de La Granja, para El Escorial, San Sebastián y Lequeitio, con toda la familia Real, El Príncipe, las Infantas y el Infante Don Sebastián. (Jefe del Palacio, Espeleta.)

El Rey Don Francisco, que se oponía a este viaje, acabó por ceder. Acompañaba a la Corte como Ministro de Estado el Marqués de Roncali. Iban, Marfori, que ya no era Ministro, pero que ocupaba el puesto oficial de Intendente de S. M., y el Padre Claret, Confesor de la Reina.

Como Inspector de Palacio, D. Atanasio Oñate (antiguo administrador de La Granja, que había llegado a ese puesto de absoluta confianza de la Reina). (Era caballerizo Mayor el Marqués de Villamagna y Jefe de Alabarderos el Marqués de Santiago). El General Lemery, y con el Rey, D. Francisco, su constante Meneses, Duque de Baños, y su ayudante Loresecha. Además, D. Tomás Corral, Médico de Cámara.

Como gentilhombre y guardajoyas de particular estima de la Reina, iba el Conde del Pilar, y las Marquesas de Peñaflorida y de los Remedio, con las Infantitas.

Anclada ante Lequeitio la fragata *Zaragoza*, la misma que llegó luego a Cádiz para servir de

escenario al primer grito de revolución. El final de Agosto y los días de Septiembre fueron allí de constante apuro y alarma por las repetidas noticias de pronunciamientos y rebeliones.

Las esperanzas eran ya únicamente el General Calonge, que pudo vencer a los rebeldes de Santander, y en Andalucía, enteramente sublevada, el General Pavía, Marqués de Novaliches, que con los generales Vega Inclán y Echevarría, su jefe de estado mayor, debían contrarrestar a Serrano, Duque de la Torre

Súpose que Prim había salido con Sagasta de Londres, donde estaban emigrados, y que venían a España con Zorrilla.

Por otra parte, la conducta francamete revolucionaria del Duque de Montpensier, que pretendía el trono para su mujer la Infanta Doña Luisa Fernanda.

La situación gravísima, sin un plan preciso, decidió a la Reina con toda la Corte a salir para San Sebastián el 17 de Septiembre.

La revolución era un hecho inevitable ya, con los sucesos de Cádiz, que ocurrieron en la forma siguiente:

Prim, que acababa de llegar a Londres de vuelta de Vichy, adonde había ido a tomar

las aguas, obteniendo este permiso del Emperador, por mediación del Marqués de La Vallete, tuvo noticia por Muñiz, emisario del Almirante D. Juan Bautista Topete, que le llamaba, anunciándole que la Marina se decidiría a su llegada.

Al mismo tiempo Montpensier le mandaba otro emisario (Solís) y un barco fletado por el mismo Duque, para que viniese a España con la esperanza de que el general Prim se declarase abiertamente a favor de la Infanta, su esposa. Prim recibió a Solís, y no quiso ni aceptar siquiera el barco para no comprometerse con el Duque; y cuando Solís le pidió una contestación definitiva, le respondió que «La resolución suya era ir a las Cortes Constituyentes que decidirían la suerte de España. (Narración que he leído en cartas dirigidas al Marqués de Alcañices por el mismo General.)

Como he dicho, Prim no quiso recibir el favor de Montpensier, pero el tiempo urgía para llegar a Cádiz y decidió, con Sagasta y Ruiz Zorrilla, acompañados de Paul y Angulo, embarcarse en un barco de la Mala Inglesa de India, en Sothamptom, el día 12 de Septiembre, con rumbo a Gibraltar. Pero, para mayor

precaución, Prim disfrazado de ayuda de cámara y en segunda clase.

Desembarcaron en Gibraltar, y aquí fué el apuro para llegar a Cádiz, y abandonando el proyecto de ir por tierra, se entregaron a la buena fe de Míster Bland (que debía algún favor antiguo al General) y que era dueño de los vaporcitos que aún hoy subsisten con la misma razón social. Así pudieron llegar al día siguiente a entrevistarse con Topete en Cádiz.

Allí estaba comprometida toda la escuadra (fragatas *Zaragoza*, *Vitoria*, *Constancia*, etc.), excepto la *Ligera*, que mandaba Montojo. A la mañana siguiente se proclamó la Revolución al grito de «abajo los Borbones».

La Reina, sin más esperanza ya que Novaliches, tuvo con mi tío Alcañices el error de preferir a Marfori, conforme he narrado en el capítulo anterior, y en medio de las tribulaciones aumentadas por la zozobra natural de la Infanta Doña Isabel, Condesa de Girgenti, cuyo esposo mandaba el regimiento de Pavía, del escaso Ejército de Novaliches, recibió la fatal noticia de la derrota de Alcolea (29 de Septiembre), y el telegrama de Ros de Olano anunciando la sublevación de Madrid.

A la una de la noche del mismo día llegaba, dirigido a Roncali, un telegrama de Girgenti, y otro aún más grave firmado por Escalante, Jefe de la Junta Revolucionaria participando la destitución del General D. José de la Concha (Presidente del último Ministerio).

Preparóse la marcha para la mañana siguiente, con idea de pasar la frontera para Biarritz, cuando llegó un telegrama de los Emperadores de Francia ofreciendo como refugio la hospitalidad del castillo de Pau, pero en que le anunciaban a doña Isabel que la esperaban en persona y que la saludarían a su paso por la estación de Biarritz.

A las diez de la mañana del día 30 embarcó en el tren toda la familia Real, acompañada a la estación, por las autoridades y haciéndole los honores una sola compañía de Ingenieros con bandera (de Camarera mayor iba la Novaliches).

S. M., con las lágrimas en los ojos y en el corazón, pasó la frontera. (La acompañaron hasta Hendaya, además de los antes referidos, la Condesa del Real y Duquesa de Castro Enríquez.) *Sic transic gloria mundi.*

Las situaciones militares no son más que una medicina, *in extremis*, que no sirven para nada

si no se tiene la opinión del que trabaja y del que paga.

En Hendaya estaba esperando a la Reina, de orden del Emperador, el general Castelnau, con una compañía de gendarmería, para rendirla los honores que doblemente merecía su desgracia.

El Duque de Sexto la acompañó y sirvió constantemente hasta Pau, y de él poseo todos estos curiosos datos.

Un día de Septiembre varió mi vida ordenada, y con gran asombro y no menor satisfacción, no me llevaron al colegio.

—¿Qué ocurre?—pregunté.

—Algo —me contestaron— «revolución en Madrid»; y efectivamente, atraído por la curiosidad natural, miré por los balcones que daban a la calle de Alcalá y ví grupos de paisanos y militares que con la inconsciencia de todo pueblo desbordado gritaban y cantaban el *himno de Riego*, cosa para mí entonces incomprensible.

Lo que sí incitaba mi imaginación era ver desde aquellos mismos balcones de nuestra casa, entrar y salir en el Ministerio de la Guerra (antiguo Palacio de Buenavista), generales, con sus respectivos ayudantes, grupos de ofi-

ciales y alguno que otro paisano con algún sargento, tan típico en aquella época, con su esclavina y borla en el sable o machete.

No tenía yo entonces la suficiente reflexión para saber y entender que la sociedad emplea el recurso de las revoluciones cuando la sucesión de reprobadas maquinaciones y tramas repugnantes privan a la opinión y encadenan el pensamiento del derecho de manifestarse.

La marcha serena y tranquila de los países se interrumpe cuando el empleo de la fuerza brutaliza a los políticos y a los publicistas, y oprime la natural válvula de expansión intelectual de la opinión, arrollando la dignidad de las gentes que sólo ven el último recurso en la palabra revolución.

La Reina Isabel, con la inconsciencia de su bondad y de sus caprichos de hembra mimada por las adulaciones y concupiscencias que siempre rodean a los tronos; terminada la guerra civil carlista por los generales Concha y Pavía, que consiguieron vencer y someter a los rebeldes y hacer repasar la frontera al Conde de Montemolín; despéus del golpe de estado de 1856, se entregó con acierto en manos del general O'Donnell, creador del partido intermedio que se llamó la Unión Liberal. Después

de la gloriosa guerra de Africa, tan admirablemente dirigida por el mismo general O'Donnell y en la que el general Prim ganó fama de bravo caudillo, vinieron las sublevaciones militares contra O'Donnell, acaudilladas por el mismo general Prim, que siguieron ayudadas por los generales Contreras y Pierrat, y por fin, en Septiembre de 1868 (día 29), consiguieron la finalidad de sus intentos en la ocasión y momentos que he referido.

Pocos meses antes (Febrero), recibía S. M. la Reina Doña Isabel una preferencia del Papa Pío IX, que a rara soberana se ha otorgado. La Rosa de Oro, bendecida en la misa de los Reyes.

Como era natural en mi inconsciente edad, yo seguía preguntando qué iba a ser de nosotros, puesto que ni de la casa podía yo salir, y entonces, el secretario de mi tío, D. José de Zárate, que acababa de llegar de París, me dijo que tenía orden de llevarme allá probablemente para seguir mis estudios en un colegio.

Salí con él de Madrid, y siempre recordaré que al pasar por la calle de Alcalá, y al llegar al Ministerio de Hacienda (antigua casa de Aduanas edificada por Carlos III), atrajo mi

vista un letrero lleno de insulto, pintado con alquitrán en la piedra de aquella fachada, que decía. «Abajo para siempre la raza espuria de los Borbones». No se me ha borrado nunca la impresión de pena y de tristeza que a pesar de mi corta edad me produjo aquel letrero negro. Fácil es concebirlo en el ánimo de un niño criado y educado entre los más leales servidores de aquella monarquía.

Salí de Madrid con aquella impresión que en mi pobre imaginación no acertaba a explicarme, por más preguntas que yo le hacía a mi mentor, que trataba de explicarme todo lo que yo no acertaba a comprender.

Llegamos a París, y cual no fué mi asombro cuando en lugar de recibirme mi tío y tutor me recibió y me sentó sobre sus rodillas, dándome un beso, una señora alta, rubia fina, con el pelo cortado, que me pareció guapísima y con un aire de suprema distinción que difícilmente olvidaré. Era mi tía Sofía. La que desde entonces fué para mí como una nueva madre.

La que me educó con sus cuatro hijos y que llegó a quererme tanto como a sus hijos, era Sofía Trowestkoy, hija del Príncipe Trowestkoy, que malas lenguas decían hija del Emperador Nicolás. Tenía entonces treinta y

ocho años y había sido viuda del famoso Duque de Morny, hermano natural del Emperador Napoleón III y su hombre de estado de absoluta confianza.

Sus hijos eran: María, que luego fué Condesa de la Corzana (de mi edad). Carlos, dos años menor, actual Duque de Morny. Sergio y Matilde, que es la Marquesa de Belbeuf (de cinco y seis años).

Vivíamos en la *Avenue Gabrielle*, número 42, esquina a la *Rue du Cirque*. Me explicaron que mi tío estaba en Pau, con la Reina Isabel y toda la familia real. El Príncipe Don Alfonso, la Infanta Pilar, la Infanta Paz y la Infanta Eulalia.

La Infanta Doña Isabel nació el día 20 de Diciembre de 1851 y contrajo matrimonio el 13 de Mayo de 1868 con el Conde de Girgenti, el cual falleció el 26 de Enero de 1871.

La Infanta Pilar nació el 4 de Junio de 1861. Murió en Escoriaza el 15 de Agosto de 1879.

La Infanta Paz en 1862 y la Infanta Eulalia en 1864.

Al entrar la familia Real en Francia, el Emperador había puesto a disposición de la Reina el castillo de Pau (cuna de los Borbones),

adonde separóse amistosamente de su marido D. Francisco de Asís, a quien había dado su mano en Octubre de 1846.

Al llegar mi tío a París le oí contar que la Reina había suscrito la protesta contra su destronamiento, pero que se aproximaban luchas mucho mayores. Dificultades que yo entonces no podía entender, pero que luego, con el curso de los acontecimientos, me fuí esplicando.

Marfori seguía en Pau con S. M. la Reina.

Oimos contar la batalla de Alcolea, última esperanza de los pocos leales, en que el general Pavía, Marqués de Novaliches, fué vencido y herido de metralla. (Próximamente al año de estos sucesos, estando yo con el Príncipe, vimos llegar a aquel noble anciano, blanco de cabeza, altivo y venerable, que con el mayor respeto de vesallo leal, besó la mano del quẽ ya era mi compañero de infancia.)

En Alcolea estuvo también el Conde de Girgenti, cumpliendo su deber con notable bravura, mandando el regimiento de húsares de Pavía, a las órdenes del general Vega-Inclán.

Nuestra casa en París fué el refugio de todos aquellos que manteniéndose fieles a la Casa de

Borbón, tenían por necesidad que pasar la frontera. O de aquellos pocos que sin necesidad vinieron a hacer constar su lealtad.

Al poco tiempo llegó a París toda la familia Real, desde Pau, alojándose en el *Pavillon de Rohan, rue de Rivoli.*

Allí fué adonde ya empecé a conocer a diario y con alguna intimidad al Príncipe Don Alfonso, puesto que raro era el día en que no fuésemos Carlos Morny y yo a jugar con él. Y muchos días yo sólo, pues por la razón de no hablar Carlos el español se aburría y hacía lo posible por no venir.

También allí me enteré por primera vez de las grandes dificultades económicas por que pasaba la Reina. Y en que mi tío era invariablemente el paño de lágrimas.

Asimismo supe un día que había llegado Montpensier, acontecimiento del cual yo no podía darme cuenta. Pero en una ocasión le oí al Príncipe decir a mi tío: «Pepe, repítele a «*mamá* que «*yo* no quiero ir con Montpensier a ninguna parte».

Empezaban las luchas de que yo había oído hablar.

Una de aquellas tardes fué la primera vez que acompañé al Príncipe a la casa palacio de

S. A. el Príncipe Don Alfonso (París, 1869).

su abuela, la Reina Cristina, que vivía en la *Avenue des Champs Elyses*.

Mi impresión de aquella señora, de pelo blanco, con bucles peinados a la antigua usanza, que aun bajo el peso de los años quería erguir su natural majestad, me produjo, más que respeto, algo de miedo. Preguntó quién era yo, y luego sostuvo con su nieto una conversación que más que de abuela cariñosa parecía de maestra. Comprendí que se trataba de hacer a Don Alfonso simpática la figura del Duque de Montpensier.

CAPITULO III

Vida íntima.

Como he dicho, vivíamos en la *Avenue Gabrielle*. En toda la planta baja vivían mis tíos, y nosotros, los chicos, en el entresuelo, con un ayo, que se llamaba Mr. Blanc y dos inglesas, Miss Hall y Miss Anny.

La natural fastuosidad y lujo de aquella casa del Duque de Sexto, recién casado con la viuda del Duque de Morny, una de las señoras más elegantes del París del segundo Imperio, hacían desfilar por allí lo más notable de aquella sociedad.

Nosotros, la gente joven, bajábamos siempre a almorzar y comer con ellos, excepto los días que había convite de alguna persona de

mayor importancia. Esto se repetía alguna que otra vez por semana, como es natural comprender, por efecto del parentesco de mi familia con la Emperatriz Eugenia, y por efecto de la gran intimidad y cariño que había existido con ella antes de casarse con el Emperador Napoleón III.

Solían venir mucho a casa Carlos y María Alba (hoy Duquesa de Tamames), y su hermana Luisa, que en aquel entonces vivían en el palacio de las Tullerías con su tía carnal la Emperatriz, pues el Duque de Alba, padre (James), seguía en Madrid.

Lo que más nos divertía y era para nosotros de mayor entusiasmo e ilusión era la profusión de coches y caballos divinamente tenidos, que mi tío, hombre aficionado en extremo, tenía en aquel patio o *cour*, a la francesa, distribuídos con particular esmero en cocheras y cuadras en que había reunido no sólo los más bonitos ejemplares de caballos traídos de Inglaterra, sino que además había mandado venir de Madrid los mejores tipos de caballo español, que con sus extraordinarias acciones llamaron entonces mucho la atención en París. Entre otras cosas teníamos un tiro de cinco jacas enjaezadas a la andaluza, que eran para

nosotros el mayor de los goces concebidos el día que mi tío Pepe nos llevaba al *Bois* o a *St. Cloud* con gran envidia de no poder guiar todavía aquellos cinco demonios.

Las dos grandes amigas de casa que venían casi a diario, eran la Princesa María Woronzoff (tía de mi tía Sofía) y la Duquesa de Mouchy, que en aquel momento era la Dama de mayor confianza y afecto de la Emperatriz Eugenia.

Venían también mucho a casa el Marqués de la Vallette y Mr. Daunon, los dos tutores que había dejado el difunto Duque de Morny encargados de la fortuna y cuidado de sus cuatro hijos.

Madame de la Vallette era una señora llena de bondad, cariñosa en extremo con nosotros, y cuya hija también queríamos mucho (casó más tarde con Lord Landsdown, que fué Virrey de la India).

Nos llevaban todos los domingos al Palacio de la Legión de Honor, situado en el *Quai d'Orsay*, donde habitaba Mr. de Flaow, que era el verdadero abuelo, aunque no legítimo, de los hijos de mi tía, pues todo el mundo sabe que el Duque de Morny era hijo de la Reina Hortensia, y que aquel señor llegó en su va-

nidad a usar como divisa en sus objetos y hasta en la portezuela de sus coches una hortensia.

Recuerdo, como impresión de niñez, su figura alta, esbelta, espigada, a pesar de los años. Vestido aún con suprema elegancia, siempre de levita negra, larga y envuelto su cuello en un corbatín a la moda del año 50, con la Legión de Honor en la solapa que ostentaba como presidente de la Orden, razón por la cual vivía en aquel Palacio.

Alrededor había un jardín en terraza alta, donde jugábamos, y nos entretenía tirarle dulces y caramelos a los centinelas que había debajo en la esquina de dicha terraza, cuyos apuros era no faltar a la consigna recogiéndolos.

También nos llevaban a Carlos Morny y a mí algunas veces, aunque menos, a jugar con el Príncipe Imperial en el entresuelo del Palacio de las Tullerías, adonde recuerdo muy bien a la señora que tenía cuidado de nosotros, que se llamaba *Madame* Paulet, antigua doncella de la Emperatriz en España (la Paca), que se había casado con un oficial del ejército francés, llegando al grado de Mayor, por lo cual el Emperador le decía un día a su augusta

esposa: «*Ma chère amie, nous finirons un jour par diner à table avec ta femme de chambre.*»

Recuerdo asimismo, por la impresión de admiración que me causaban, algunos servidores de aquella fastuosa corte, como Mr. de Fleury, *Grand Ecuiyer de l'Empereur*, con su uniforme verde, calzón blanco, intachable, y sobre todo, mi envidia de niño de sus botas de montar con la espuela de corte.

A estos dos sitios nunca vino el Príncipe Don Alfonso con nosotros; las conveniencias de la política no lo permitían.

En cambio, no sólo venía a casa muy a menudo, sino que hacía cuanto le era posible por venir los días que no me llevaban con él, y se explica fácilmente este deseo, a los doce años de edad que Don Alfonso tenía entonces, si se reflexiona la tristeza y umbría de la casa de su madre, comparada con el bullicio y alegría de la nuestra. Además, cuando venía con nosotros era siempre para alguna diversión o paseo a caballo.

Nos llevaban a pocos teatros. Alguna vez al Circo de la Emperatriz, una o dos veces a ver un espectáculo de magia que daban en el teatro del Chatelet, cuyo título era: *La Belle au Bois Dormant* y a Robert Houdin: así es

que en nuestro afán de curiosidad nos parábamos en todos los *Guignol,* con gran desesperación de Mr. Blanc o de Sanafé, que algunos días nos acompañaba.

El príncipe, que a la sazón tenía doce años, era enjuto de cuerpo, fino, estatura regular para su edad, aunque un poco más bajo que yo, extraordinariamente suelto de movimientos y con una viveza en la mirada que denotaban ya su pasmosa inteligencia. Sus aficiones, más que de niño, parecían de hombre, y lo que más me extrañaba siempre en él era su carácter reflexivo, y, sobre todo, su carácter siempre igual, con una extremada afabilidad para todos, fuera quien fuese.

Tenía por ayuda de cámara (que desde Madrid había venido), a Ceferino Rodríguez, hijo de otro servidor de la Reina Isabel. Leonés de nacimiento, fiel y que nunca se separó de él hasta su muerte, muriendo a su vez en el palacio de Madrid, en los últimos años de la Regencia.

Para dar una idea perfecta de lo que era entonces S. A., no hay más que contemplar un busto que existe hoy en el cuarto de Palacio, destinado a los Gentileshombres Grandes.

Nuestros paseos, unas veces eran instructi-

vos. Museos del *Louvre*, Versalles, Inválidos, *Beaux Arts* o *Luxemburg*, Jardín *des Plantes*, Jardin *d'Aclimatation*, etc., etc. Otras veces (por lo menos dos o tres veces por semana) a caballo, que era nuestro gran entusiasmo. Mi tío le había regalado al Príncipe un doble *poney*, animal precioso que recuerdo se llamaba *Gil Blas*, y que él barajaba con suma destreza, pues la afición al caballo y a la equitación la tenía ya entonces, y la conservó toda su vida.

Mi tío nos acompañaba muy a menudo. Íbamos al *Bois* de *Vincennes*; pero lo que más nos divertía eran los días que atravesando *l'Avenue* de la Emperatriz, íbamos al *Bois* de *Boulogne* a aquella famosa *Avenue des Accasias*, o a hacer el *tour du Lac*, donde veíamos a la vuelta de *Auteuil* o de *Longchamps* pasar y repasar toda la sociedad elegante del París de aquella época.

Lo que más me extrañaba a mí, algunas veces, era el ver que algunas personas de nuestra mayor intimidad, y hasta con las cuales nos unía lazos de parentesco, como por ejemplo, los Condes de Moriana y sus hijos, que tan a menudo venían a nuestra casa y otros, que no saludasen al Príncipe. Entonces éste, serio siempre, con afabilidad decía: «Ese es Car-

lista como buen Villadarias», o «aquél, todavía no me quiere».

En cambio, era notable la simpatía de todos aquellos otros cuyos saludos y expresión de entusiasmo era notoria para el Príncipe. Personas casi todas ellas que yo conocía por verlas a menudo en casa de mis tíos, como eran Bedmar, los Aguado, los Arco, los Errazu, y los Alfonso (cubanos), cuya hija casó con el Duque de Rivas, etc.

Nuestra curiosidad constante nos incitaba a preguntarle a mi tío por aquellas personas que le saludaban y no conocíamos. Así recuerdo un día que después de haber saludado muy a menudo a otras personas como a los Haritoff y a aquella guapísima Marquesa de Gallifet. Vimos pasar en una carretela divinamente enganchada, al Marqués de Caux, Presidente del *Jockey* Club, que yo creí soltero por haberle visto en casa almorzando. Pero al verle acompañado de una señora pregunté quién era ella y supe que se acababa de casar con Adelina Patti, la famosa cantante.

También nos regaló, con gran júbilo por nuestra parte, un velocípedo *Michot*, a cada uno. De aquellos primeros, con dos ruedas iguales de madera y en que íbamos a pasearnos

por la *Avenue* de la *Grande Armée*, hasta la *Porte Maillot*.

Otros días nos llevaban a gozar de la gran novedad de París en aquella época, que era patinar con ruedas en un extenso local con música, que se estableció en la rue *Jean Goujon*.

Así se deslizaba nuestra infancia entre la vida de colegio y estas distracciones.

Se me han quedado grabadas en la visión de aquellos años de 1869 y 1870, dos figuras que ví en las Tullerías. El uno Mr. Francesco Piettri, que toda la vida siguió al lado de la Emperatriz, y el otro, lo recuerdo por lo feo y raro que era, se llamaba Mr. de Saint-Aubin y era secretario particular y de mayor conconfianza, para los asuntos más íntimos del Emperador. A propósito del cual recuerdo también una anécdota que mi tío me contó más tarde, haciéndole yo preguntas sobre Cora Perl y aquella otra famosa *Marguerite* Bellanger (que habíamos visto pasar alguna que otra vez con su coche y caballos estupendos, por la *Avenue* o por el *Bois*). Y que todo París sabía ser la amiga del Emperador.

Excitado una mañana el amor propio de la Emperatriz Eugenia por una carta que ella hubiese querido leer y que el Emperador, fin-

giendo indiferencia, había entregado a Mr. de Saint-Aubin, sobrevino entre ellos la inevitable escena conyugal y la Emperatriz, en un momento de abandono y de rabia, conforme estaba, sin peinar, y con una sencilla bata de muselina, se fué a registrar la mesa y papeles del secretario Saint-Aubin. En aquel momento entraba en la estancia aquel hombre tan feo y ridículo, que se quedó asombrado al ver aquella mujer medio desnuda que registraba en sus papeles. Mayor fué su estupefacción cuando al recriminarla advirtió que era nada menos que la Emperatriz aquella mujer, que en su abandono no ocultaba la belleza de su admirable cuerpo. Y todo turbado le dijo: «*Je vous prie, Madame, de vous couvrir, car sous le Secretaire il y a un homme*». Y ella de replicar en el acto: «¿Cómo? ¿hay un hombre debajo de los muebles?»

Recuerdo a mi tía, después de comer, vestida en gran *toilette* de *Cour*, con aquel supremo aire de distinción, y en el descote, las famosas perlas de D. Ambrosio Spínola, que había recibido en su canastilla de boda (1), preparada para asistir a alguno de los mara-

(1) El collar conocido con el sobrenombre de «Los Balbases».

villosos bailes de Tullerías, acompañada de mi tío, de calzón corto, negro, típico de aquella época.

Otra figura que viene a mi memoria es la extraordinaria hermosura de la hermana del Duque de Santo Mauro, que acaba de morir (Manuela, posteriormente Marquesa de Casa Henestrosa), soltera entonces y que solía llevar mi tía a aquellos bailes.

Recuerdo a mi tío Pepe de casaca verde, con el botón de caza y la «toque» negra, que iba o volvía de las cacerías de Compiegne, acompañado de mi tía, de amazona, y el tricornio negro, que puso de moda la Emperatriz. La soberana más bella y más elegante imaginable.

Renacen en mi memoria aquellos amigos íntimos de casa, Bedmar, Lamberty, Abatuchi, Fernando Cuéllar, hijo natural del Conde del Aguila, que tenía la notable cuadra de carreras con su hermano el conde Prado, Ezpeleta y Lorenzo Alfonso, los dos mejores espadas de París. (Con este último dimos el Príncipe y yo nuestras primeras lecciones de esgrima.)

Por entonces fué el desafío de este Lorenzo Alfonso con Rochefort, por un artículo insultante a la Reina Isabel, castigándole con una

excelente estocada, atravesando a aquel mismo hombre que trece años después, nos debía de injuriar de nuevo en la *rue* de *Lafayette*, cuando la famosa pita a la vuelta del viaje de Alemania.

Quién me iba a decir a mí entonces, que catorce años más tarde, yo, con Pepe Tamames, nos cabría el honor de imitar su conducta con otro periodista, cuando el famoso artículo en *El Liberal*, «Los celos de la Sultana», que se refería calumniosamente a la Reina Doña María Cristina, madre de S. M. D. Alfonso XIII (ya referiré este incidente en el segundo tomo de estas Memorias); pero con la diferencia de que en lugar de dar una estocada, tuve la honrà de recibir un arañazo en el pecho, sin importancia.

Durante uno de aquellos paseos, recuerdo también que me refirió S. A. que había recibido por segunda vez carta de la célebre Sor (1) Patrocinio, y las presiones de Marfori, para

(1) Sor Patrocinio llamábase María Rafaela Quiroga y fué novicia en el Convento del Caballero de Gracia en Madrid donde tuvo lugar el proceso y sumario en averiguación de las famosas llagas (reconocidas por los Doctores Argumosa y Soane), y los tribunales la condenaron como embaucadora, interviniendo Don Salustiano Olózaga y cumpliendo su condena en el Monasterio de la Madre de Dios en Talavera de la Reina.

que él la contestase. Es de advertir que no me ocultaba su antipatía a Marfori y a estos manejos, que instintivamente repelía su entendimiento.

Generalmente pedíale consejo al que, en cambio era su simpatía, al hombre leal y desinteresado, al que S. A. comprendía que era el único capaz de sacarle y apartarle de toda aquella complicada existencia que no podía dar crédito ni opinión. Ese hombre era el Duque de Sexto, que con su noble atracción la inspíraba confianza.

Llegó para nosotros un día en que en medio de toda aquella diversión, fácil de comprender, se nos dijo que teníamos que ir al colegio, y efectivamente, nos llevaban todos los días al *Collège Stanislas, rue Notre-Dame de Champs*, 22, y allí fué donde por primera vez me apercibí de la fenomenal memoria que aquella cabeza privilegiada tenía.

Es curioso recordar cuando antes de clase me decía: —«Julio, ¿te sabes la lección? Yo, a menudo, le contestaba que la sabía mal y entonces, diciéndome que no se la sabía tampoco me pedía que se la leyera, y cuál no era mi asombro cuando llegando la hora de repetirla, con gran apuro por mi parte, él, en

cambio, se la sabía, y no sólo la sabía, sino que a veces la comentaba.

El único español que había en el Colegio era Pepe Orozco; malagueño de origen, de excelente familia, amiga de la de mi madre. Era muy gracioso oirle dar las lecciones en su francés chapurreado de andaluz. Este Orozco, es el que luego fué notable ganadero de toros bravos. (Ganadería de la sangre de Cámara, que hoy pertenece al Marqués de Guadalest.)

Las clases que dábamos eran, aparte del latín, las de Aritmética, Geografía, Literatura e Historia, por supuesto francesas; pero se habían dispuesto unas Clases especiales de Literatura e Historia de España.

Al mismo tiempo, repasábamos nuestros estudios con monsieur Blanc, mi ayo. Y en alguna hora de estos repasos asistía mi tío-tutor y en particular al Príncipe, sobre todo al repasar la Historia de España, le daba una especie de clase en que en forma amena imbuía en su inteligente cerebro la política española de las diferentes épocas.

Como he dicho, la comprensión de S. A., unida a su memoria estupenda, hacían más fácil su educación, y esto sólo yo lo puedo

S. M. la Reina Isabel II y el Rey D. Francisco.

mejor juzgar por comparación conmigo mismo, a la misma edad.

No me cansaré de repetir que su mayor cualidad fué siempre su serenidad reflexiva. Hasta en la esgrima era notable esta cualidad, en que a pesar de ser yo físicamente más fuerte, en cambio, por ligereza o arrebato, recibía sendos botonazos de su ágil muñeca, dirigida por su serena cabeza. (Por cierto que un día nos llevaron a ver tirar a Daniel Espeleta con Lorenzo Alfonso, que luego, como he dicho, nos daba a menudo lección) (1).

Así transcurrieron días felices de la infancia, y hermanados ya en la edad que vulgarmente se llama del «pavo», me contaba a veces sus cuitas, que generalmente versaban sobre las dificultades e intrigas que en la casa de la Reina se removían entre toda aquella serie de personalidades que bullían alrededor de la Reina Isabel para atrapar el Vellocino de Oro, que al fin y a la postre era la persona del Príncipe Alfonso.

Yo ligaba aquellas conversaciones con lo poco que le oía hablar a mi tío y así supe qué

(1) Solíamos también ir a tirar la carabina y pistola a casa de Gastine Renette, llamando mucho la atención su destreza, llegando a ser S. A. notorio el mejor tirador de bala conocido en Madrid.

era lo que significaba lo que he contado en el capítulo anterior sobre la llegada del Duque de Montpensier, y la interesante batalla que se estaba librando a la sazón y que narraré en el capítulo siguiente.

Era absolutamente necesario separar a Su Alteza de toda aquella mala política (Marfori y el Padre Claret).

CAPITULO IV

La abdicación.

La Reina Doña Isabel, cuyo corazón se sobrepuso siempre en todas las ocasiones a todas sus otras cualidades, era la señora más señora y la mujer más mujer que he conocido.

Tenía, ante todo y sobre todo, otra característica, la bondad y la generosidad sin límites. Cariñosa en extremo, la recuerdo siempre con veneración en medio de todo lo triste de su desgracia, con el tranquilo sello de la Majestad, y tengo impreso hasta alguna vez que la ví asomar lágrimas de madre al abrazar al Príncipe su hijo, la lucha que revelaba en lo íntimo de su ser, la abdicación de ser Reina (sacrificio que sólo deben de conocer aquellos

que como ella anteponen su corazón a la razón de Estado).

Tenía el año de 1870 cuarenta años, en medio del vigor de la vida. Soberana por naturaleza y atavismo de raza. Habiendo hecho siempre su voluntad, es fácil concebir la batalla terrible que se libraría en su espíritu entre los consejos interesados de Marfori y del Padre Claret, por una parte, y los razonamientos sensatos del Duque de Sexto, única persona que le decía la verdad, tan amarga a los reyes, sobre todo, en momentos como los creados a consecuencia de la Revolución y agravados por la actitud del Rey Don Francisco.

El Duque de Montpensier, que había tenido la desgracia de matar en duelo al Infante Don Enrique, (1) hermano del Rey Don Francisco, y en cuya cabeza había germinado hasta la inconcebible ambición de sentarse en el trono de España, procuró reconciliarse con Doña Isa-

(1) El 12 de Marzo de 1870 tuvo lugar el desafío entre el Duque de Montpensier y el Infante Don Enrique, en la dehesa de los Carabancheles. Fueron testigos de Montpensier los Generales Don Fernando Fernández de Córdoba y Don Juan Alaminos, y de Don Enrique de Borbón, los Diputados de las Cortes Constituyentes don Federico Rubio y don Emigdio Santa María. Medido el terreno por Rubio y Córdoba, caía muerto de un balazo en la cabeza el Infante, reconociendo el cadáver los médicos Don Luis Leiva y Don José Sunsi.

bel, declarando públicamente que su hijo Don Alfonso era el único posible representante legítimo de la Monarquía Constitucional; pero exigiendo el Duque al mismo tiempo la regencia del Príncipe.

Ocurría esto en los días de mayores apuros y próximamente la misma proposición, aunque no pública, pero sí hecha por emisario como Ruiz (Grijalba) y otras, llegaban a París de parte del Duque de la Torre, mientras progresistas y demócratas reunían Cortes Constituyentes que en nueva forma democrática declaraban única la Monarquía para el futuro Gobierno de España.

En esos días fueron también los mayores apuros financieros de la Reina, como todo el mundo sabe, llegando a tener que vender sus propias alhajas, pues Salaverria no podía aún mandar nada de España, hasta que llegó a París D. Francisco Gicorrotea, y se compró el Palacio Basilweski en la *Avenue* Kleber, llamado después Palacio de Castilla, situado donde está hoy el Hotel *Majestic*.

Excuso repetir que el paño de lágrimas constante y la salvación de días y momentos bien apurados, fué siempre y con el mayor silencio, aquel caballero intachable, cuya abnegación

llegó a límites pocas veces alcanzados por nadie, y que siempre y en todas ocasiones ayudó con su fortuna casi entera, con su voluntad enorme, con su inteligencia y con su lealtad sin límites, José Osorio y Silva, Duque de Sexto, que en medio de todas aquellas revueltas y ambiciones tuvo el valor de dar batalla a todos y hacer comprender a aquella señora, Reina de nacimiento, y reina de su capricho y de su voluntad, que la única y absoluta salvación de su hijo y de la Monarquía de los Borbones en España, era su *abdicación*, y que no vacilara en rechazar toda otra proposición que como nacidas de interesados, aunque hubieran llegado al éxito hubiesen sido la vida con vilipendio y vergüenza para ella y para su hijo, Alfonso XII de Borbón.

Excuso decir los comentarios del propio Príncipe, que era el que en sus conversaciones conmigo me explicaba y me ponía al corriente de todas sus antipatías y simpatías y de los acontecimientos y luchas del corazón de su madre y de la política sin corazón. Venció, por fin, la inteligencia, la dignidad y la razón. Venció el Duque de Sexto y se rechazaron todas esas innobles proposiciones.

Rompió relaciones de nuevo la Reina Isabel con Montpensier, que se marchó más enemigo que nunca y al poco tiempo supimos que las Cortes Constituyentes habían ofrecido la Corona de España al Príncipe alemán Leopoldo de Hohenzollern.

Pero quedaba la lucha más difícil y más tenaz con el corazón de aquella Señora y con las ambiciones de elementos como Marfori, que aun la sugestionaban y a ratos la dirigían.

En nuestras natural curiosidad, nos preguntábamos mutuamente S. A. y yo por lo mucho que ocurría. Así supe que el Rey Don Francisco se oponía a ratos o exigía ciertas condiciones para autorizar con su asistencia a la abdicación, y que el que traía y llevaba dificultades, sin duda, buscando beneficio propio, era Meneses, el Duque de Baños.

Asimismo me contaba el Príncipe las escenas de oposición de Marfori, ayudado por Sanafe, y los apuros del pobre Albacete en medio de toda la tormenta de pasiones. O'Rian era otro espíritu diplomático que no quería malquistarse con nadie.

Yo, a mi vez, le contaba las reuniones de notables que se verificaban en casa y las pocas cosas interesantes que, más por el genio vivo

de mi tía, podía columbrar mi joven inteligencia.

Comprendía yo que las reuniones eran políticas cuando no asistían señoras, y sobre todo, cuando mi tía Sofía estaba apartada discretamente.

Asistían a esas Juntas Corbera, Pidal, los Duques de Medinaceli, Rivas, Montellano y Riánsares, que se comprende reflejaba la opinión de la Reina Cristina. Los marqueses de Arcicollar, Bedmar, Esteba, Nájera y la representación más notable de españoles en París en aquel año (Guaqui, Gutiérrez de la Vega, Coello, Alvarez Ruiz, Valero Soto, San Román, Oña, el General Gasset, Bogaraya, Torrecilla, Lersundi, etc., etc.)

De allí salió hasta el borrador del Documento de abdicación que debía firmarse después de no pocas modificaciones, luchas y sinsabores.

Era entonces Lersundi persona de gran intimidad con la Reina y cuántas veces, en las conversaciones íntimas en casa, oía yo a mi tío decir amargamente, y quejarse de que si él no pudiese llegar a vencer todos aquellos equivocados consejos que halagaban a la Reina, nunca llegaría a poder conseguir su sueño

dorado, que era ver en el trono a Don Alfonso XII.

Tengo presente en mi imaginación un día que volvimos de paseo después de la salida del colegio, y que al llegar al Palacio de Castilla, mandó la Reina llamar al Príncipe. Era en primavera. Estaba la Reina en un balcón o terraza que daba al jardín, por el lado de la *rue Dumont d'Urville*; a su lado, de pie, estaba mi tío con su aire de serena dignidad que le caracterizaba. Al llegar y dar la señora un beso a su hijo, le dijo: «Alfonso, dale la mano a Pepe, que ha conseguido, por fin, hacerte Rey».

Confieso que yo sólo entendí a medias, pero bien pronto, posteriormente, supe por una coincidencia, que iba a verificarse una ceremonia de suma importancia en el palacio de Castilla.

El caso fué el siguiente: Averigüé por el Jefe de las caballerizas de casa que mi tío había estado un día en Epinay, que era el sitio o pueblecito al lado de París, en que vivía el Rey Francisco. Al contárselo yo a Don Alfonso, me explicó la razón de aquella visita, que era la de convencer a su padre, de asistir, aunque no fuese más que un momento, a la cere-

monia de la Abdicación que con toda solemnidad debía verificarse quince días más tarde en el Palacio de Castilla, para su firma.

Aunque no pudo conseguir el ofrecimiento formal, aun conservaban esperanzas de poderle convencer. Estábamos entonces, próximamente, a primeros de Junio de 1870.

Estaba ganada la gran batalla.

Se había salvado la casa de Borbón.

Efectivamente, al fin de no pocos y reiterados esfuerzos, firmó Doña Isabel II su abdicación en favor de su hijo, en el Palacio de Castilla pocos días más tarde. Reconociendo aquella Señora de tal manera el desinterés y y la absoluta fidelidad de mi tío, en el acto fué nombrado su ayo, jefe y único director de su educación; y refractaria Doña Isabel a todas las otras personas que sólo habían demostrado sus bastardos intereses personales desde aquel día la única y exclusiva dirección, tanto moral como física e intelectual, fué confiada en absoluto al Duque de Sexto.

El último día del *Collège Stanislas*, fué el día anterior a la abdicación.

Estuvimos en París sólo hasta fin de mes, que salimos para Deauville, a donde el Príncipe debía pasar el verano en nuestra casa.

Antes de salir de París, fué nombrado jefe de estudios del Príncipe, Don Guillermo Morphy, persona que eligió mi tío por sus antecedentes, fidelidad y gran ilustración.

Era D. Guillermo Morphy y Guzmán, hijo, por su padre, de un noble irlandés (naturalizado español), y su madre Doña Rosa Guzmán, antigua azafata de la Reina Isabel, por lo que le unía estrecha amistad a mi tío Pepe. Era asimismo persona de vastísimos estudios, espíritu amplio, honradez y religiosidad acrisoladas y de una paciencia y constancia como he conocido a pocos en mi vida. Hombre absolutamente educado en los principios constitucionales, y aunque con el mayor respeto a sus Reyes, tenía la lealtad de manifestar siempre honradamente el respeto a la dignidad de los pueblos, sin la cual es difícil gobernar a la raza castellana.

Morphy, después de la restauración, continuó siempre al lado del Rey, siendo su secretario particular.

Como he dicho, la ceremonia y firma de la abdicación de la Reina Doña Isabel II, se verificó con toda solemnidad el 25 de Junio de 1870. Pero a pesar de todos los ruegos no asistió S. M. el Rey Don Francisco.

Con S. M. la Reina firmaron el documento en primer término, S. A. el Príncipe Don Alfonso (en aquel momento ya Rey).

A continuación firmaron la Reina Gobernadora, Doña María Cristina, y el Infante Don Sebastián y Don Luis de Borbón, Conde de Aquila. También firmó el Duque de Riánsares.

Firmaron como testigos el que era a la sazón jefe de Palacio, Conde de Espeleta, así como el Secretario de la Reina, Albacete, y ante todos los demás, Doña Isabel llamó al Marqués de Alcañices, Duque de Sexto, para que firmase como primer testigo de aquel acto, por el cual tanto había rogado y al cual tanto había contribuído.

S. M., dirigiéndose luego a todos los que asistieron a aquella solemne renuncia, les manifestó que deseaba firmasen al pie todos los presentes para dar mayor firmeza de testimonio.

He visto la copia del documento, que tenía mi tío, cuyo original rompió más tarde la misma Reina, en ocasión que referiré a su tiempo, y los que figuran firmando al pie, son los siguientes asistentes aquel día memorable.

Duque de Medinaceli, Duque viudo de Montellano, Marqués de Pidal, Lersundi, Manuel

Texto del documento de abdicación de Su Majestad la Reina Doña Isabel.

«A LOS ESPAÑOLES DE MIS REINOS Y A TODOS »LOS QUE LA PRESENTE VIEREN Y ENTENDIE- »REN, SABED:

«QUE ATENTA SÓLO A PROCURAR POR TODOS »LOS MEDIOS DE PAZ Y DE LEGÍTIMO DERECHO »LA FELICIDAD Y VENTURA DE LA PATRIA Y DE »LOS HIJOS DE MI AMADA ESPAÑA;

«CONSIDERANDO QUE A LOS VOTOS DE GRAN »MAYORÍA DEL PUEBLO, CUYOS DESTINOS REGÍ »POR ESPACIO DE TREINTA Y CINCO AÑOS, PUEDE »CORRESPONDER EL ACTO QUE POR ESTA MI »DECLARACIÓN EJECUTO, CON LA ÚNICA FORMA »QUE CONSIENTEN LO AZAROSO DE LOS TIEMPOS »Y LO EXTRAORDINARIO DE LAS CIRCUNSTAN- »CIAS;

«HE VENIDO EN ABDICAR LIBRE Y ESPONTÁ- »NEAMENTE, SIN NINGÚN GÉNERO DE COACCIÓN »NI DE VIOLENCIA, LLEVADA ÚNICAMENTE DE »MI AMOR A ESPAÑA Y A SU VENTURA E INDE- »PENDENCIA, DE LA REAL AUTORIDAD QUE »EJERCÍA POR LA GRACIA DE DIOS Y LA CONS- »TITUCIÓN DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA PRO- »MULGADA EN EL AÑO 1845, Y EN ABDICAR »TAMBIÉN DE TODOS MIS DERECHOS MERAMENTE »POLÍTICOS, TRANSMITIÉNDOLOS, CON TODOS LOS »QUE CORRESPONDEN A LA SUCESIÓN DE LA »CORONA DE ESPAÑA, A MI MUY AMADO HIJO »DON ALFONSO, PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

ISABEL.»

Gasset, Marqués de Bogaraya, Marqués de Bedmar, Duque de Rivás, Conde de Santa Marca, Eduardo San Román, Goyeneche, Peña Florida, J. Casani Cron, Diego Coello Quesada, Conde de Villamediana, Marqués de Arcicollar, Conde de Sanafé, Marqués de Esteba, Martín Belda, Valero y Soto, J. Gutiérrez de la Vega, Frutos Alvarez Ruiz, Vizconde de Oña, Membieles, Marqués de Nájera, O'Rian, Joaquín Caro, Antonio San Juan, Guillermo Morphy, Loresecha y Marqués de Corbera.

Me contó el Príncipe, ya Rey aquella noche, que la Reina, su madre, había hecho testamento el día antes, o sea, el 24 de Junio, siendo testigo el Duque de Riánsares, el general Bazaine, el Duque de Bassano y el Duque de Sexto. Este documento, que también se refería a la renuncia del día siguiente, daba más valor a la abdicación.

CAPITULO V

Las guerras.

Salimos de París a primero de Julio de 1870, toda mi familia con el Príncipe Don Alfonso, pues la Reina sólo debía venir a Deauville más tarde. (Era la primera vez en su vida que Su Alteza se separaba de su madre.)

Allí poseían mis tios una casa o villa, que mi tío Pepe había comprado a la testamentaría del Duque de Morny (por agradarle mucho el sitio a mi tía Sofía), y que había construído su primer marido en aquella playa, siendo la villa primera de Deauville, que anteriormente sólo era un *hamau* o reunión de casitas de pescadores.

Construyeron también otras en dicha playa cercana a Trouville los amigos suyos Dounon,

La Vallette, Beranger, los Príncipes Orlloff (primos de mi tía), y esta fué la base del futuro elegante Deauville, que hoy llama tanto la atención y es moda en Agosto de la sociedad francesa y del rastacuerismo del mundo entero.

Por cierto que al salir de París oí contar que el Emperador padecía ya gravísima enfermedad.

Al llegar allí recibió el Príncipe carta de Doña Isabel y mi tío también, en que les anunciaba que probablemente no sabía si podría ir a buscar al Príncipe o si él tendría que volver, como así se realizó más tarde, causa de los gravísimos acontecimientos que habían surgido en Europa.

Bismarck, para acabar de consolidar la unidad alemana, buscó la ocasión de soliviantar la opinión y la diplomacia de Francia con el famoso telegrama de Ems sobre la candidatura de Hohenzollern (primo del Rey de Prusia), a quien, como he dicho antes, España había ofrecido la corona. Napoleón III no quería la guerra y como el Rey Guillermo tampoco la deseaba, bastó una presión diplomática para que el de Hohenzollern retirase su candidatura.

Este era un éxito para Francia, y el Embajador francés Benedetti recibió orden de pedir al Rey Guillermo el compromiso de oponerse a toda candidatura ulterior del Príncipe Leopoldo.

Entonces se produjo el incidente de Ems, donde Bismarck publicó su negativa rotunda en aquel famoso telegrama que levantó al pueblo de París ante la Embajada de Prusia, apedreando la fachada y la bandera.

El gobierno del Emperador Napoleón ordenó la movilización y declaró la guerra, que duró hasta Febrero de 1871.

Todo el mundo sabe que esta guerra tuvo dos períodos: el primero, que se puede llamar guerra imperial, que terminó con el desastre de Sedán y caída del Imperio en el mes de Septiembre, y el segundo, que podemos llamar de la Defensa Nacional, caracterizado por el sitio de París y por la Capitulación de Metz (27 de Octubre).

Algunos días después de llegar a Deauville, moría en París un íntimo amigo de casa llamado D. José Xifre, que le dejó a mi tío la tutela de su hijo, del mismo nombre, que llegó acompañado de un viejo servidor.

Lególe su padre una gran fortuna, y posteriormente se casó con una prima nuestra, doña

María Chacón y Silva, hija de los Marqueses de Isasi (1878).

También por aquellos días llegó a Deauville, de paso para el colegio de Inglaterra, el Duque Pepe Tamames, que venía únicamente a saludar al Príncipe y que era ya casi un hombre, puesto que tenía cuatro o cinco años más que nosotros.

Los dos o tres días que estuvo allí hermanó de tal manera con nosotros, a pesar de la diferencia de edad, que aquella corta temporada fué la base para mí de una amistad que nunca en la vida ha sido mayor, y para Don Alfonso de un cariño que perduró hasta el día de su muerte.

Pepe Tamames, que a la sazón tenía unos diez y siete años y que en aquel momento, como he dicho, iba a Inglaterra a hacer su último año de estudios en el colegio de Stonyhurst (ya huérfano de sus padres), era físicamente dotado por la naturaleza de todos los dones apetecibles a un hombre y moralmente al carácter más jovial y más alegre que se ha conocido, con inteligencia fácil y rápida y bravura en el alma y en el corazón.

Con estas condiciones es fácil adivinar toda la simpatía que en mí despertaba y al irse re-

cuerdo como si fuera hoy mismo que Don Alfonso, que era parco en elogios y reservado en sus sentimientos íntimos, me manifestó la impresión y el cariño que le había producido aquel hombre tan simpático y me dijo: «Este será siempre amigo mío».

Estaban también entonces en Deauville el Marqués de Arcicollar (hermano del Marqués de Santa Cruz), con toda su familia. Su mujer, sus tres hijas, Isabel, Eugenia y Mariana, y con su hijo Pepe, actual Marqués de Arcicollar. La mayor de las hijas obstentaba su nombre por ser ahijada de la Reina Isabel, y la segunda el suyo por ser a su vez ahijada de la Emperatriz Eugenia.

La mayor (que luego casó en Bélgica con el Barón de Kint de Rodenbeck), recuerdo que, a pesar de nuestros pocos años, nos producía la admiración natural que a todo espíritu joven impresiona una belleza rubia como las espigas y que Don Alfonso la distinguía siempre con especial simpatía. Creo que era la primera vez que yo noté en él particular atracción.

A los pocos días llegó a Deauville la noticia sensacional para el Príncipe y para todos nosotros del primer levantamiento formal de los Carlistas en España, que ocasionó la triste y

lamentable segunda guerra civil en nuestra patria.

No hay idea de la impresión que produjo en el ánimo de aquel joven príncipe de trece años, aquella noticia; al extremo de que algunos días después, al saber que el Príncipe Imperial había salido de St. Cloud con su Padre el Emperador a dirigir la guerra Franco-Prusiana, no ocultaba su envidia de poder hacer otro tanto, y en sus conversaciones de expansión naturales conmigo, exclamaba en noble arranque de niño casi hombre: «Si yo pudiera ir a la guerra en un bonito caballo. ¡Pero no una guerra civil! ¡Eso nunca!»

Así marchaban los acontecimientos en Europa y al volver una tarde de un paseo en velocípedo a Houlgate, le anunció mi tío Pepe al Príncipe, que la situación exigía que la Reina Isabel partiera para Suiza (creo que para Ginebra) y que, por consiguiente, a la mañana siguiente debían salir en seguida para recoger a Doña Isabel en París, y aquí de mi pena por primera vez, pues nos habíamos llegado a hermanar de tal manera, que hasta en el estudio éramos inseparables.

Excuso decir que D. Guillermo Morphy dábale clases diarias, y yo, aunque más perezoso,

las seguía hasta con gusto, particularmente una de aquellas lecciones que nosotros llamábamos «la clase divertida», y a la que a menudo solía asistir mi tío Pepe.

Esta lección era la historia contemporánea de los acontecimientos y personas más salientes que enseñaban al Príncipe a ser Rey Constitucional y a imbuir en su espíritu la necesidad de regir a los pueblos modernos, y sobre todo, a España, ante todo, con las regalías de la Corona, con Constitución, garantía del pueblo y respetando el dogma sin supersticiones.

Fuimos todos a despedirle a la estación y partió acompañado de mi tutor, de D. Guillermo Morphy, su jefe de estudio y de Ceferino.

A los ocho días próximamente, volvió el tío Pepe y los asuntos de la guerra iban tan mal para Francia, que decidimos volver a París, para en caso de necesidad, volver a España.

Llegamos a París a mediados de Agosto.

En casa no se hablaba más que de la guerra y todos los días esperábamos con ansiedad la vuelta del tío que iba a St. Cloud y traía las noticias gravísimas del momento. (En St. Cloud estaba la Emperatriz.)

Así supimos las derrotas de Wissemburgo, Froeschwiller y Forbach, en que Francia perdió en pocos días la Alsacia y la Lorena.

El jueves 18 de Agosto, se libró la mayor batalla de la guerra: Gravelotte, y el jueves, 1 de Septiembre, en Sedán, junto al Mosa, el ejército francés se encontró completamente rodeado por los ejércitos alemanes y ametrallado. La caballería, a pesar de sus cargas épicas, no consiguió abrirse paso.

Napoleón III hizo enarbolar la bandera blanca ante la inútil matanza. Moltke, exigió la rendición y la capitulación fué firmada el 2 de Septiembre.

La Emperatriz, que había quedado de Regente en Francia, ante el pueblo de París amotinado y abandonada incluso de los generales del Imperio, tuvo que salir de St. Cloud y de París, disfrazada y ayudada por su dentista, Mr. Evens, detalles que tengo por relación hecha por mi tío en aquellos angustiosos momentos.

Mi tía, con sus hijos y yo, salimos de París el mismo día de la proclamación de la República, indiscutiblemente en uno de los últimos trenes, pues recuerdo como si lo estuviese viendo, que al pasar por las fortificaciones

estaban ya levantando los terraplenes de la vía y talando todos los árboles, pues ya se decía públicamente que los alemanes venían sobre París.

Mi tío Pepe salió de nuevo para Suiza no sé cómo, pues debió ser muy difícil su viaje para conseguir atravesar el Este de la Francia; pero su deber era llegar donde estaba la Reina y el Príncipe.

Más tarde supimos que después de no pocas vicisitudes había llegado con toda felicidad y gran contento de aquella familia Real atribulada, no sólo por las circunstancias políticas, y la guerra, sino, además, como pasa siempre en estos casos, la angustia y la falta de medios y de dinero.

A esto se refería la última conversación que tuvo mi tía Sofía con nuestro apoderado en París Mr. Drivieres, que salió el mismo día que nosotros con cartas de crédito que felizmente llegaron a su término. Mr. Daunon y Mr. Achille Fould, que eran los banqueros de mis tíos y de los Morny, en París, pudieron darle créditos para que se los llevara al Duque de Sexto. Este era el encargo de suma importancia que al partir le había dejado a mi tía y que la preocupó todo el viaje hasta que lle-

gamos a San Sebastián, y algún tiempo después, hasta que supo la llegada de Mr. Drivieres a satisfacción.

CAPITULO VI

Madrid hasta 1871.

Llegamos, como he dicho, a San Sebastián, adonde nos esperaban algunas personas de la familia y de mayor amistad de mi casa, y entre ellos una figura que se me ha quedado retratada en la imaginación, que vi entonces en la estación con una enorme boina azul, razón por la cual no le reconocí, pues ya lo había yo visto en París (adonde se proponía volver apresuradamente). Era Diego Villadarias, el marido de Catalina Casa Bayona. Hermano del Marqués de Villadarias y del Conde de Moriana. Hombre notable por su despreocupada alegría, de quien yo había oído contar en París tantas y tantas anécdotas graciosísimas.

Intimo amigo de mi tío, y a quien habíamos ido a ver alguna vez a un piso sexto de una calle del Barrio de Montmartre, en cuya casa, por no tener ni criado ni campanilla, usaba el procedimiento de dejar caer un plato desde lo alto de la escalera para llamar a la portera que le servía. Estoy viendo como adorno en las paredes de aquella habitación unos marcos de cuadros que ya no existían. Pero en cambio había un papel en cada marco, en que decía: «En restauración».

Estaba Diego Villadarias (F. Henestrosa), en San Sebastián, en vísperas de irse a la facción de Don Carlos adonde hizo gran parte de la guerra carlista, y oí contar que nunca llevó armas; pero que, en cambio, con un bastón en la mano guiaba a uno de los más bravos batallones de navarros, que mandaba el brigadier Carlos Calderón (granadino, antiguo amigo de casa de mis padres).

Por efecto de la aglomeración de gentes en San Sebastián, no habiendo sitio suficiente para toda la familia en el Hotel Kursaal, nos dividieron y yo fuí a parar a un hotelito que era entonces la casa y propiedad de D. José de la Concha, Marqués de la Habana, y que vivía allí con sus hijas Vicenta, Condesa de

Torrejón, y Jacinta, Condesa de Xiquena. Su hija mayor Carmen, la Marquesa de Guadalest y de Tavara, estaba ausente.

Allí conocí aquel general de quien tanto había yo oído hablar. Al llegar de la estación, como todo chico travieso, despeinado y lleno de carbón, por haber ido asomado a la ventanilla en mi constante curiosidad, me dejaron abandonado en la habitación comedor de la casa, y yo que traía un hambre voraz, vi sobre el aparador una compotera llena de dulce de cabello de ángel. En el acto me abalancé y saciando mi natural golosina me senté sobre la propia mesa del comedor y empecé a saborear sendas cucharadas; cuando se abre la puerta detrás de mí y después de una interjección viril, oí decir: «¡Quién es este demonio de trasto que se ha metido aquí!» En esta forma conocí yo a aquel general que con su hermano había sido árbitro del reinado de Isabel II.

Posteriormente, él mismo me ha contado cómo fué compañero y muy amigo de mi abuelo materno, D. Juan Manuel Piedrola Narváez, cuyos mayorazgos heredé yo por muerte prematura de mi madre (habiendo sido el general Concha y mi abuelo compañeros de armas, cadetes ambos, en Guardias Españolas).

Estuvimos en San Sebastián los días precisos para esperar la vuelta de mi tío de Suiza y en aquella etapa conocí por primera vez a los generales Quesada, Echevarría y Echagüe (Conde del Serrallo, padre de Belén, Marquesa de Valmediano), primo de mi padre y del tío Pepe por haber estado casado con una prima de ellos.

El general Quesada estaba con su hija, la actual Condesa de Aguilar de Inestrillas, y su hijo Carlos. El general Echevarría, posteriormente Marqués de Fuente-Fiel, estaba con su hija Josefita, que luego ha sido por casamiento Marquesa de Grijalba, y que acaba de morir en estos días que escribo.

También estaban allí mi tío, D. Jacobo Méndez Vigo, Conde de Santa Cruz de los Manueles, con sus hijos Santiago y Carita, posterior Marquesa de Ayerbe.

El tío Jacobo, por haber sido primo hermano de mi padre, así como de mi tío Pepe Alcañices, era la persona que más veíamos y que más se ocupó de nosotros, después de la etapa de emigración.

Recuerdo, asimismo, que allí conocí por primera vez a un joven entonces diplomático, que todavía vive, Enrique Sancho y Tirado.

Pronto llegamos a Madrid toda la familia y cuál no fué mi sorpresa al encontrarme que nuestra casa palacio de la calle de Alcalá (número 74), se había transformado durante los dos años que habíamos estado en la emigración y que sin duda la había renovado mi tío para solaz y *confort* de mi nueva madre, aunque guardando toda la riqueza de tanto objeto de arte, cuadros históricos, tapices, y objetos de familia que lo hacían en aquel entonces el palacio más notable de Madrid, en unión de los de Alba y Medinaceli.

A nuestra llegada a Madrid coincidió un suceso que nos impresionó, por tratarse de una de las personas más amigas y queridas de casa.

Fué este acontecimiento, la prisión del general Vega Inclán (padre del actual Marqués de la Vega Inclán), que como he dicho anteriormente, mandaba en la batalla de Alcolea una división a las órdenes de Novaliches, y que consecuente siempre con su lealtad a la casa de Borbón, mantenía su fidelidad y era una de las personas de más absoluta unidad con mi tío.

El general Prim no le había perdonado que él hubiese sido el elemento principal que hizo abortar en 1866 la revolución del 22 de Junio, con su división, que mandaba en Alcalá.

La causa de su prisón fué una carta que desde París, le remitía la Reina y que por denuncia llegó á manos del Gobierno, que dió lugar a juicio sumarísimo y hasta hubo días de zozobra en que se habló de fusilarle, resultando después de muchas idas y venidas, su deportación a Canarias (donde estuvo confinado hasta la muerte de Prim).

La profunda pena por este hecho, producía un vacío de elemento que no sólo por amistad, era aún más sensible por las extraordinarias condiciones de inteligencia, carácter y caballerosidad que hacían de aquel bravo general una de las mayores esperanzas de la futura restauración. Desde entonces perdura mi amistad de hermano con su hijo Benigno, compañero casi constante de mi vida.

Era Octubre y a los quince días, quedó elegido por las Cortes Constituyentes como Rey de España, el Duque de Aosta, Amadeo, hijo del Rey de Italia, mientras que el general Serrano, jefe del poder ejecutivo, y después Regente, luchaba contra la agitación republicana, y sobre todo, contra la insurrección clerical y carlista.

El general Prim, Duque de los Castillejos, que ya había intentado otro candidato an-

terior a Amadeo (D. Fernando de Sajonia, Rey viudo de Portugal), fué el alma y el nervio con su prestigio y sus amigos de la proclamación de D. Amadeo de Saboya (Noviembre de 1870) y después de la embajada que fué a Italia en comisión de las Cortes Constituyentes, a ofrecerle la corona. Este nuevo Rey de España desembarcó en Cartagena el 20 de Diciembre del mismo año.

El mismo día, muy cerca de nuestra casa, esquina a la calle del Turco y la de Alcalá, fué asesinado Prim por manos alevosas capitaneadas por Paul y Angulo (1), que yo conocí luego en Buenos Aires. Conspiración dirigida por los antiguos elementos progresistas y revolucionarios avanzados, que saciaron su rabia en la persona del Duque de los Castillejos, por no haber querido nunca proclamar la República en España.

---

(1) José Paul y Angulo era diputado de las Constituyentes. Director y propietario del periódico *El Combate*. De cerebro irascible influído por la bebida alcohólica llegó a odiar a Prim por su negativa de darle un puesto diplomático y exageró su pasión al extremo de amenazarle en su propio periódico con «MATARLE EN LA CALLE COMO UN PERRO». Hacíale también coro el periódico *La República Federal*, de don Roque Barcia, personalidad de mezcolanza de iluminado y positivista, cuyas extraordinarias fierezas he visto yo mismo acabar implorando, más tarde, del mismo Rey Don Alfonso XII, la protección para cierta empresa tipográfica.

En diferentes ocasiones le oí referir a mi tío Pepe, que Prim, que había sido muy íntimo amigo suyo, también fué uno de los que estuvo en tratos con él y con la Reina Doña Isabel para ayudar a la Restauración; pero con la condición precisa de que él mismo había de ser el Regente del Reino, repitiéndose el caso exactamente igual al del Duque de Montpensier y al del Duque de la Torre.

Era la noche del 30 de diciembre, fría y lluviosa y estábamos en casa próximamente a las diez de la noche, entretenidos por mi tía Sofía, ensayando unas escenas de cuadros vivos en que nosotros, los chicos, debíamos tomar parte, cuando de repente vinieron los de la servidumbre a anunciar el crimen.

Al salir del Congreso con sus ayudantes Sres. Nandín y Moya, y dirigirse el Ministerio de la Guerra, donde vivía, atravesaron los conspiradores un coche de alquiler en la punta de la Calle del Turco. El coche del general Prim paró y de una taberna que allí había salieron con trabucos debajo de la capa, y descargaron a mansalva por la ventanilla sobre el pecho de aquel hombre cuya bravura no se había rendido nunca.

Nos contaba el portero de casa que él mismo

vió pasar corriendo hacia el Prado a tres embozados después de oir los tiros, sin que nadie los persiguiese. Cosa fácil de comprender en el Madrid de aquella época en que a las diez de la noche era hora que nadie pasaba ya por la Cibeles.

Fuése mi tío al Ministerio, enfrente de casa, a cumplir el deber de amistad y conocer la gravedad del caso. Cuando volvió supimos que el general Prim, a pesar de haber subido la escalera por su pie, apoyado únicamente en el brazo de su ayudante Moya, para no alarmar a la Duquesa, su mujer, le llegó a decir con una entereza digna de aquel corazón, que no tenía importancia su herida. Pero en el acto se desplomó y que los médicos acababan de declararle tan grave que no creían posible la salvación.

Murió a la siguiente madrugada.

Fué comidilla, con gran escándalo de todas las señoras, el desafuero cometido a la mañana siguiente en la Basílica de Atocha después de depositar allí el cadáver.

Contaban que los masones que le habían acompañado hicieron no sé qué ceremonia y el *Balaustre*, que así se llama en los términos del ritual masónico al despedirse del cadáver.

Es indiscutible que algo de verdad hubo en todo esto, puesto que de resultas fué destituído el Cura de la Basílica.

No quiero dejar pasar sin referir aquel fin de año. Habíamos asistido en Nochebuena a la clásica misa del *gallo* en el Colegio de las Niñas de Leganés, patronato popular en Madrid, que pertenecía a mi tío, fundado por su antepasado y el mío, Spínola (el del cuadro de *las lanzas*), con la curiosísima particularidad que su fundación es para *Huérfanas cuya condición expresamente exigida* es que han de ser de *reconocida belleza* (por ser de más fácil perdición las guapas que las feas).

Y digo que no he querido dejar de narrar este detalle, porque tengo presente que entonces y con motivo de la función religiosa, cantaba una colegiala, de beldad no vulgar con tan preciosa voz, que llamaba particularmente la atención, y que por este motivo le fué presentada a mi tía Sofía que la alabó y besó mucho.

Germinaba ya en la cabeza de la colegiala (que ya tenía diez y siete años), la idea de dedicarse al Arte.

Aquel ángel de belleza y de voz, era la que más tarde fué famosa tiple, Elena Sanz, de

quien hablaré con más detenimiento en lugar oportuno, durante el Reinado de Don Alfonso, después de enviudar de la inolvidable Reina Mercedes.

CAPITULO VII

Amadeo I.

El día 2 de Enero de 1871 llegó a Madrid el nuevo Rey Don Amadeo de Saboya, cuyo primer cuidado al bajar del tren en la estación de Atocha, fué cumplir el triste deber de rezar ante el cadáver de D. Juan Prim, Duque de los Castillejos, Conde de Reus, que estaba depositado en la antigua Basílica de Atocha y desde allí se dirigió al Ministerio de la Guerra para cumplir otro deber, no menor, que era el de saludar y dar el pésame a aquella señora viuda, la Duquesa, que había quedado sumida en el dolor con sus dos hijos, Juan e Isabel, que aún viven.

Mi tío-tutor, que había llegado a Madrid con poderes de D. Alfonso y de la Reina

Doña Isabel, y cartas para algunas personas de las más leales familias, cuya adhesión era notoria, como los Duques de Alba, Medinaceli, Ahumada, etc.; Marqueses de la Torrecilla, Castelar, Marquesa de Miraflores, etc.; Condes de Heredia Spínola, Oñate, Santa Coloma, etcétera, etc. Después de varias juntas y reuniones celebradas en nuestra casa lamentando la ausencia de aquellas otras familias que por su abolengo eran carlistas, decidieron todos, por lo pronto, emplear el procedimiento del aislamiento a la nueva Corte del Rey y la indiferencia más absoluta, y haciendo política en la calle y en todos los actos posibles de considerar al Rey como un *extranjero*.

Entonces fué cuando yo recuerdo que por primera vez en mi vida vi entrar en casa la figura inolvidable de D. Antonio Cánovas del Castillo a quien el Duque de Sexto profesaba ya la estima y amistad que le unió constantemente en el porvenir.

Tengo presente que me impresionó aquel hombre por una circunstancia de visión especial. No olvidaré el efecto que me produjo aquellas mangas de su levita, que por largas casi le ocultaban las manos.

Estoy viendo, también por aquel entonces,

a Escobar, padre del actual Marqués de Valdeiglesias, que había venido a casa para hacer pública la protesta oficial de la elección de Don Amadeo, firmada por la Reina Isabel.

Mi tía Sofía recibía todas las noches tertulia íntima, y los sábados, en que bastaba ser alfonsino para ser presentado en aquella casa manantial de la política y conspiraciones a favor de la Restauración.

Como he dicho, el nuevo Rey, Amadeo, debía pasar por delante de casa para hacer su visita a la viuda del hombre a quien debía el Trono.

Se convino, tanto en casa como en casa del Marqués de la Torrecilla, como en casa de Oñate, por donde debía pasar el Rey en su marcha a Palacio, que todos los balcones estuviesen solitarios y cerrados, no sólo sus vidrieras, sino hasta las maderas, y nosotros, la gente joven, en nuestro afán de curiosidad, recuerdo muy bien que asomado por la rendija de una persiana del piso segundo ví el espectáculo.

Era la mañana del día 2 de Enero nublada. Había caído una nevada y no era mucha la gente que en grupos se hacinaba detrás de la tropa, en la esquina de la Cibeles, cuyo

pilón y fuente estaba entonces en la esquina de los jardines de Recoletos.

Oímos el toque de atención de un clarín y con un instintivo desdén y contrariedad, la Marcha Real, tocada por una música militar. Pasaron primero cuatro batidores, y al cabo de dos minutos, apareció la figura del nuevo Rey, solo y enteramente aislado, adelantándose mucho al grupo lucido de su Estado Mayor.

No se me borrará nunca de la imaginación aquella figura sobre el plano de nieve que presentaba la calle de Alcalá. Sobre un soberbio caballo alazán, aquel hombre de barba negra, vestido con el uniforme de gala de Capitán general español, que se esforzaba honradamente en traducir su serenidad en aquellos momentos, saludando de una manera típica que le ví reproducir algunas veces al quitarse el sombrero ante el público.

Subió la rampa del Ministerio de la Guerra, seguido del Duque de la Torre y demás generales, y al cabo de veinte minutos escasos, apareció de nuevo, y siguió calle de Alcalá arriba con su escolta entre las dos filas de las tropas formadas para su recibimiento. Apagáronse las músicas, se retiraron las tropas y también entonces por primera vez, en medio de

un grupo bullanguero, ví un hombre entonces de zamarra de pelo negro (que más tarde conocí mucho), y que con una bandera en la mano daba grandes voces. Pregunté si sabían quién era. Era Felipe Ducazcal, jefe de la partida de la Porra (1), criatura y alma de don Francisco Romero Robledo (*el pollo de Antequera*).

Aquella misma noche se produjo en casa la primera amenaza por medio de un anónimo que recibió mi tía, en que se le decía que si no cesaban nuestras tertulias alfonsinas, volaría nuestra casa con bomba, y efectivamente, quince días más tarde, un martes, noches en que solía recibir a los Diplomáticos acreditados, estalló una bomba o petardo enorme, colocado en una reja del piso bajo de las ventanas que daban al paseo del Prado.

Supe en aquellos días, que mi tío, el Duque de Sexto, había conocido mucho al nuevo Rey, antes Duque de Aosta, cuando había venido a Madrid anteriormente a pretender la mano de la actual Infanta Doña Isabel.

(1) La partida de la *Porra* fué creada bajo los auspicios de la autoridad de aquel desdichado Gobierno y entre otras hazañas, cometió los crímenes de Azcárraga, el carlista, y el escritor don Juan Rico y Amat, que apaleados, murieron de resultas de los golpes.

Fué nombrado entonces por la Reina, como Grande de España para acompañarle y a su servicio para enseñarle Madrid, sus Museos, Sitios Reales, etc.

Al llegar a Madrid Don Amadeo, preguntó por él al Barón de Benifayó, que era su montero, y al Vizconde del Cerro (que fueron de las poquísimas personas que conoció de nuestra aristocracia).

Le explicaron la situación y tengo presente el apuro en la natural delicadeza de mi tío, de evitar siempre el encuentro con el Rey, para no faltar al elemental deber de educación, no saludándole.

En aquellos momentos fué cuando mi tía y la Marquesa de la Torrecilla inventaron el llevar siempre como distintivo la flor de lis. Moda que siguieron todas las señoras alfonsinas de aquella época. Recuerdo muy bien que hasta en los toros, adonde teníamos un palco al lado de la presidencia, con la familia de Alba, era uno de los entretenimientos el ver qué señoras llevaban o no llevaban la flor de lis; unas, de brillantes; otras, de concha de azabache, sobre la mantilla.

A fin de aquel mes de Enero, llegó la noticia del famoso armisticio de Versalles, final de

la guerra franco-prusiana y de los preliminares de la paz, firmados el 26 de Febrero.

El reinado de Amadeo, que sólo debía durar dos años, empezaba aislado y desanimado.

Oía yo con afán natural las noticias que llegaban del Príncipe y de su madre, y las cartas de luchas y discusiones que mi tío sostenía contra la influencia de Marfori y Lersundi, que aprovechando la ausencia suya y con talento escaso influían en el ánimo de Doña Isabel, no viendo otra solución que la de la política militar. En cambio, el Duque de Sexto, trabajaba cada día más, hasta que lo consiguió, por aunar todas las fuerzas e intereses civiles, entregándole a D. Antonio Cánovas del Castillo la absoluta dirección política, para conseguir la anhelada Restauración. Reservándose él tan sólo la educación de Don Alfonso. El acuerdo entre aquellos dos hombres y su compenetración fueron perfectos y gracias a eso se llegó al triunfo.

Vinieron entonces, no sólo las dificultades de reunir elementos políticos, sino además la natural necesidad de reunir fuerza material financiera para tantos y tantos acontecimientos como surgían y en que la fuerza brutal del dinero era absolutamente necesaria.

Hubiéronse de reunir, a instancias de mi tío, todos los amigos de notoria riqueza que él, con su tacto, consideraba. Entonces vinieron aquellos famosos repartos en que se pudieron reunir con no pocos afanes y trabajos, sumas bastante considerables para aquella época, que ayudaron a suscribir los Marqueses de Vallejo, Vega, Armijo, Molins y de la Torrecilla, Manzanedo, Castelar, Villares, Claramonte, los Duques de Alba, Tamames, los Condes de Heredia Spínola, Balazote y algunos otros que no oí nombrar o que en la memoria no tengo.

Era el banquero, Urquijo, padre del actual Marqués de Urquijo.

Pero el pozo de la política se lo tragaba todo y cuántas veces el apoderado entonces de mi casa, Don Marcos Bazán, padre del actual general Bazán, llegaba con las manos vacías, y así llegó a vender mi tío todo el condado de Ledesma, en la provincia de Salamanca, y el Condado de Huelma, en la de Jaén, llegando además a deber una cuenta de crédito de trece millones de reales, que tuvo que pagarle a la casa de banca de Urquijo, vendiendo su palacio de la calle de Alcalá, al Banco de España, después de la Restauración,

cuando ya había conseguido todos sus anhelos de leal vasallo.

Declarada la paz en Francia, debía mi tío volver a recoger al Príncipe y a la Reina Isabel, y sobre todo, tenía necesidad de ver a la Reina, aunque ya hubiese abdicado, para determinar la marcha definitiva a seguir en la política, entregándola, como ya he dicho, a Cánovas del Castillo.

Debía de partir en aquellos días, atravesando las líneas carlistas cuando, surgió en nuestras casas un nuevo conflicto o acontecimiento cuya impresión tengo en la memoria.

Se celebraba por todos los católicos los veinticinco años del papado de Pío IX, y en todas nuestras casas se pusieron hachones e iluminaciones aquella noche en los balcones, y aprovechando el Gobierno aquel pretexto para saciar mísera venganza, una horda que se llamaba la partida de la *Porra*, capitaneada por el mismo Felipe Ducazcal que ya he descrito, nos apedreó la fachada a media noche, rompiendo absolutamente todos los cristales de nuestros inmensos balcones.

Fácil es describir la impresión causada en todos nosotros del insulto que mi tío recibió con la serena impasibilidad que le caracterizaba.

Esto retrasó un poco su viaje, hasta que dejó tranquila a mi tía, cuya fibra y carácter la ayudaba mucho a serenarse.

Yo seguía mis estudios para el bachillerato, yendo a clase a aquel mismo colegio de Santa Isabel, regido por el Coronel Silven, y donde, por cierto, estaba en la misma clase que yo Pepe Sagasta, el hijo del entonces nuestro enemigo, D. Práxedes Mateo Sagasta, el Progresista y revolucionario por excelencia, de quien tanto había yo oído hablar, y ya por natural estímulo de chico travieso, o sentimientos fáciles de adivinar, tuve con él una pelea en que le rompí la ropa y volví a casa tan satisfecho, creyendo que había hecho una gran hombrada. Me regañaron no poco, y más tarde, en la vida, fuimos este Pepe Sagasta y yo muy buenos amigos. Hasta que murió en Santisteban (provincia de Jaén), casado con la hija del diputado Sr. San Juan.

Partió, por fin, mi tío a luchar con la mentalidad de Don Carlos Marfori, que no hay que olvidar había sido sobrino y educado por don Ramón María Narváez, Duque de Valencia, alma de los moderados y ministro con él y con González Bravo, antes de que S. M. la

Reina le nombre intendente de la Real Casa. Y aunque sólo llevaba este carácter cuando acompañaba a la Reina a Lequeitio el último verano de 1868, todo el mundo sabía que él era el verdadero director de la política española.

Así quiso siempre seguir y así oía yo constantemente quejarse de aquella constante influencia perniciosa que en su espíritu retrógrado se oponía tenazmente a entregar a Cánovas la dirección de la política a seguir.

Nosotros continuamos en Madrid hasta el verano, oyendo cada día nuevas insurrecciones carlistas, precursoras de las campañas de Savalls y Dorregaray, y otras noticias peores de Cuba, después de los acontecimientos en que aquellos filibusteros embarcaron para España al general Dulce.

Llegó a Madrid la noticia también de la paz definitiva franco-alemana, con el tratado de Francfort (10 de Mayo).

El Rey Amadeo, seguía entregado a Ruiz Zorrilla, después del Duque de la Torre.

A casa traían los amigos y contertulios toda clase de caricaturas que nos divertían mucho. Recuerdo una en que Nocedal (jefe entonces de la minoría Carlista) y Manterola con látigo

en la mano, corrían detrás de Amadeo cargado de millones. Valiéndose así y con manifiestos, para reclutar partidarios.

No quiero pasar sin referir el origen del que llamaban ya entonces *El Monstruo*, a causa de su entendimiento extraordinario, y la autoridad y respeto que a todos infundía.

Nació D. Antonio Cánovas en Málaga, hacia el año 28. Hijo de un docto maestro de escuela, ya en su tierna edad demostró tales dotes de memoria y de entendimiento, que su padre, hombre de posición modesta, resolviendóse, con no pocos sacrificios, a mandar a su hijo a Madrid a concluir sus estudios en la carrera de la Abogacía y Doctorado, con bien poco dinero en el bolsillo, pero en cambio con una carta para su tío Estébanez Calderón (*El Solitario*), poniéndolo bajo sus auspicios y protección.

Llegado a Madrid el año de 1846, como estudiante, ya sus compañeros le llamaban *El Fenómeno*.

Reuníanse en un cafetín de la Plaza del Progreso , número 13, y allí, y en la Universidad nació su amistad constantemente sostenida con Fermín Lasala (después Duque de Mandas) y con don Antonio María Fabié, así

como con Pelayo Cuesta, Torrecilla y Emilio Alcalá Galiano, etcétera, estudiantes todos de la misma época.

Fué siempre, entre sus compañeros, un libro de consulta su cerebro, por su asombroso juicio, que he oído referir a los que en su juventud le trataban.

A tal extremo llegaba su autoridad, bien joven, que él fué el que redactó el famoso Manifiesto de Manzanares.

No sólo con la ayuda de su tío Estébanez Calderón, sino por la inmensa fuerza que da en la vida el genio y el talento propio, llegó a ser diputado el año de 1856 e inspiraba tales temores su oratoria en las Cortes, que el Gobierno, para halagarle (pero en verdad para quitárselo de encima), le mandó a Roma a la administración de Preces, pingüe y honorable situación, que a pesar del beneficio que para él significaba, no quiso gozar mucho tiempo, volviendo el año de 1858 a la batalla de la política en España, adonde constantemente, antes y después de la revolución, fué la figura más respetada de todos, no sólo por su enorme talento, sino además por su caballerosidad.

Ligado con mi tío Pepe desde la época de O'Donnell, con estrecha amistad, los dos se

compenetraron de la única solución que podía tener la política española para salvar a la Patria de tanta miseria y descrédito, como acarreaba la revolución.

CAPITULO VIII

Verano y Otoño del 1871.

Dos impresiones tuve al llegar a París. La primera, de natural alegría al volverme a encontrar con el Príncipe y reanudar nuestra existencia tan hermanada como antes.

La otra impresión que no se me puede borrar es la devastación que el Sitio de París, y y sobre todo, que la *Commune* había producido en algunos edificios y monumentos; pero lo que más me impresionó fué al llegar delante del jardín de Tullerías ver que había sido destruído por el fuego aquel Palacio que yo conocía y me parecía una pesadilla ver aquellas paredes negras del monumento fundado por Catalina de Médicis y que yo había visto poco más de un año antes con aquel lujo tan extraordinario.

Supe que la familia Imperial estaba en Chislehurst, a donde el Emperador estaba atacado de la enfermedad de piedra, para mayor tristeza.

En nuestra casa de la *Avenue Gabrielle* habíamos tenido la suerte de que no causaran ningún destrozo. (Unicamente se habían comido los caballos.)

Pude observar, tanto por lo que yo oía hablar en casa, como por lo que el Príncipe me contó, que estaba bastante satisfecho por estar ya decidida la Reina a no oponerse al plan político, y recuerdo perfectamente, que al hacerle yo a Don Alfonso las naturales preguntas sobre el anterior viaje de mi tío Pepe me contestó que no sólo había llegado, bien sino que había llegado más que a tiempo y que tenía una gran curiosidad y verdadero interés en conocer a Cánovas del Castillo, haciéndome toda clase de preguntas sobre el hombre del Manifiesto de Manzanares, y más preguntas sobre su persona. Excuso decir lo poco que yo podía informarle. Sólo se me ocurría describirle, sin olvidar aquellas mangas tan largas, que yo no concebía en un hombre de tan claro talento como constantemente le oía yo alabar en casa.

Es de advertir que en los once meses que yo había dejado de ver a Don Alfonso le encontré no sólo transformado físicamente, por haber crecido bastante, sino además un aumento en su carácter reflexivo. Me hizo infinitas preguntas de todo lo que yo había visto en Madrid y, particularmente, del Rey Amadeo; pero en las mismas preguntas comprendía yo lo enterado que estaba de los más pequeños detalles.

Y hay otra circunstancia que se me viene a la memoria y no quiero dejar de referir, que es el afán y curiosidad con que se leía todos los días todos los periódicos que venían de España en todas sus noticias de política y hasta tenía el capricho de leerse los anuncios, particularmente de la *Correspondencia*, periódico que ya existía en aquella época.

Ya, entonces, que apenas tenía los catorce años cumplidos, conocía minuciosamente todos los hechos de la política y personas que intervenían en ella en España. Sabía su historia como pocos, y demostraba rara sensibilidad de pena, a su edad, cuando llegaban las fatales noticias de la Patria y de Cuba.

Me hizo describirle dos o tres veces lo menos la entrada que yo había presenciado de

Amadeo. Me preguntaba asimismo por todas las personas de la nueva corte, que yo no conocía, como la Condesa de Almina y la de Constantina, y por la Duquesa de la Torre, Camarera Mayor.

Interesábanle toda clase de incidencias, poniéndome a menudo en aprieto para contestarle a preguntas sobre asuntos que me admiraba pudiese conocer aquel Príncipe tan niño como yo, y alguna vez me decía que tratara de averiguarlo, preguntando a mi tía o a otras personas, cosas que él, sin duda había oído de refilón.

Contóme entonces también, que había estado en Roma después del viaje a Suiza y que había conòcido al Papa Pío IX (que le había dado la primera comunión). En ese viaje le acompañó Cheste y el famoso Padre Claret. Fué del séquito, también, el Conde de Heredia Spínola.

También me preguntaba si yo conocía a Dragonetti, y hasta sabía que no le gustaba a Amadeo el tabaco español de La Habana, y que sólo fumaba *Virginias*.

Me hacía repetirle con minuciosos pormenores todas las personas que iban en Madrid a la tertulia de nuestra casa.

Por aquellos días llegó a París Pepe Tamames, nuestro gran entusiasmo, por lo elegante que venía de Inglaterra, y que con su carácter abierto y simpática alegría, era para nosotros objeto de constante atracción. Por cierto que como ya entonces fumábamos a escondite, le regaló Pepe a Don Alfonso una petaca de plata con su firma (nueva moda en aquel momento) y que le vi usar luego muy a menudo durante su vida.

Nos contó Pepe que había visto en Londres a Cabrera y a Elío, que no recuerdo qué circunstancias de amistad particular les unían con su difunto padre.

Y a su vez nos contó también Don Alfonso, de cómo estando en Suiza (creo que en Vevey), con la Reina, su madre, se habían encontrado en el mismo hotel con Don Carlos y los apuros, fácil de explicar, para evitarse.

Por aquella época, sin poder precisar fecha, asimismo supe por S. A., relatándomelo bastante contrariado, que la Reina Cristina había recibido por medio de Campo-Sagrado un nuevo ataque de Montpensier, para volverle a proponer a la Reina Isabel nuevas paces y que su madre y su abuela le habían hablado de ello.

Por esa razón la lucha se había renovado. Entonces vinieron las históricas reuniones del Hotel Mirabeau, que todo el mundo conoce.

A estas reuniones de notables que se verificaron en Septiembre de 1871, en el Hotel Mirabeau, *Rue* de la *Paix*, asistieron D. Alejandro Mon, que las presidió; Moyano, Calonge, D. Alejandro Castro, Coello, Orovio, Salamanca, Esteban Collantes, Marqués de Molins, Marqués de Santa Cruz, Duque de Granada. Marqués de Monistrol, Conde de Zaldívar, Martín Belda, Cárdenas, Iranzo, D. Francisco Goicorrotea, Egaña y el Duque de Sexto y Rubí, que cuando asístían era para dar o interpretar opiniones de S. M. la Reina.

El objetivo de estas reuniones era conseguir la unidad y paz en el seno de la Real Familia y llegar a exponer con el mayor respeto un plan político, a modo de Consejo, para el porvenir de Don Alfonso.

Anterior a estas reuniones el Conde de Toreno había escrito una carta-programa a Doña Isabel, intentando de nuevo las paces con su hermana la Infanta Duquesa de Montpensier.

Duraron estas asambleas casi todo Septiembre, y después de prolijos debates, consiguieron poner acuerdo en las diferentes ten-

Fachada del Colegio Teresiano (Viena).

dencias allí reunidas y llegaron a redactar una exposición en forma de súplica a S. M. que no tuvo otro resultado más que el de firmarse más tarde (en enero de 1872) el documento conocido por «Pacto de Cannes».

Montpensier no tuvo más remedio que contentarse con aquel papel.

Como he dicho, a primeros de Septiembre eran las reuniones e intrincadas discusiones en el Hotel Mirabeau, y sin embargo, salió de París la Reina Isabel con las Infantas para un balneario que no recuerdo, y nosotros para Deauville, con el Príncipe y sus profesores, adonde vino la señora a nuestra casa a los pocos días, a reunirse con su hijo.

Seguimos nuestra vida en aquella playa; con la ansiedad natural de tener conocimiento de todo cuanto ocurría en España y París. Quisiera que mi memoria fuese bastante fiel para poder referir con exactitud los detalles diarios de aquel Príncipe de sólo catorce años, que en medio de nuestra juvenil alegría, y en medio de las diversiones naturales de nuestra edad, siempre y a todas horas, su constante pensamiento volvía a España.

Seguíamos nuestras clases.

Pepe Xifre, Carlos Mornoy y yo con él, éramos

el grupo casi continuo. Paseos a caballo o en velocípedo a Houlgate o Cabour. Y el juego de pelota (*la paume*), eran nuestras distracciones.

El Príncipe, muy ágil para toda clase de *sports*, nos aventajaba a menudo y no lo achaco yo a que fuese más fuerte que nosotros. Para mí la razón era su serenidad y reflexión. Cualidad que ya he dicho tuvo siempre en todos los actos de su vida.

Hizo un verano muy lluvioso y no sé si por esta razón o porque apremiaran razones políticas, volvimos pronto a París, adonde nos esperaban las noticias de las fracasadas intentonas de los generales Gasset, Marchesi y Pavía, el marino.

Entonces refirió el Príncipe que mi tío había recibido las primeras cartas halagüeñas del general Caballero de Rodas y Valmaseda, que estaban nada menos que en Cuba.

Durante la estancia de la Reina en nuestra casa de Deauville vino a visitarla Gutiérrez de la Vega, que se había marchado a New-York, de paso para Cuba, adonde se propuso obtener de Valmaseda que se decidiera abiertamente por Don Alfonso.

Decíase que aquel ejército era completa-

S. A. Don Alfonso y el Duque de Sexto, en Viena.
(El Príncipe con el uniforme del Colegio Teresiano).

mente isabelino todavía, y Gutiérrez de la Vega mantenía la ilusión de creer que él era capaz con sus amigos y los elementos militares de levantar un pronunciamiento a favor de la Restauración.

Llevó cartas de Doña Isabel y recuerdo muy bien que el Príncipe le firmó dos retratos.

Del detalle de lo que pasó en su viaje, no estoy enterado. Lo que sí supe más adelante, es que el Gobierno, conocedor por nuestro ministro en los Estados Unidos del plan, previno el golpe y se desbarataron todas las ilusiones.

Todas esas conspiraciones frustradas y otras imaginarias, inventadas para halagar a aquella señora, o para explotarla, desesperaban el corazón de la Reina, pues eran muchos entonces los que tuvieron el talento o la picardía de asegurar el porvenir, por si acaso triunfaba la Restauración: pero han sido más los que luego han alegado méritos inventados.

Aquella otra fracasada intentona militar del general Gasset (que costó no poco sacrificio de dinero) vino a dar por fin plena razón en el ánimo de la Reina Isabel, al Duque de Sexto. Y recuerdo muy bien a mi tía al volver un día

del palacio de la Reina, decirle: «No hay mal que por bien no venga, pues aunque haya costado caro, ya estoy tranquila —. La Reina, por fin, gracias a Dios, se ha convencido de que sólo tú tienes razón, y estoy segura que ahora no tiene inconveniente en que Don Alfonso dé únicamente poderes a tu Cánovas del Castillo.»

No tengo en la memoria en aquel otoño otro acontecimiento de importancia, más que la muerte del Conde de Girgenti, dejando viuda a la Infanta Isabel, que se había casado en Mayo de 1868.

Como he dicho, convencida la Reina por completo, después de madura reflexión y controversias sobre la continuación de la educación de Príncipe, mi tío propuso a S. M. el Colegio Teresiano en Viena, plan que fué aprobado incluso por la Reina Cristina.

Recuerdo el momento en que durante un paseo a caballo, me dió S. A. la noticia de su próximo ingreso en un colegio en Viena, y aquí de nuestra duda: si yo también seguiría su suerte; pero supe bien pronto con pena, que yo debía ir al Colegio de Vaugirard, donde luego ingresé el último día de Octubre, al volver de acompañarle, único consuelo que me dejaron.

No conozco el motivo por el cual me llevaron en aquel viaje. Lo que supongo es que lo determinarían así por darle compañía a S. A.

La razón de haberse elegido Viena para llevar el Príncipe Alfonso a un colegio, fué la siguiente. Mi tío deseaba que aprendiese perfectamente el alemán, puesto que ya hablaba el inglés y el francés divinamente y la primera idea fué elegir un colegio en Berlín; pero considerando el odio creado en Francia después de la guerra y, queriendo como buena medida de política en lo porvenir, no crear antipatías prematuras, esta fué la razón de prudencia de escoger Austria para su educación en aquel momento.

Salimos de París con los profesores del Príncipe, su ayuda de cámara Ceferino y el de mi tío, viejo servidor, que se llamaba José Estrada. Además venía el secretario suyo, D. José Zárate.

Llegamos a Viena, ciudad que todavía en aquella época conservaba el recinto exterior de sus murallas (Linenwall) y fuimos a parar si mi memoria no me es infiel, al Hotel Imperial, adonde supimos al llegar que estaba allí Carlos Calderón, que había ido a Viena a buscar al pretendiente, D. Carlos, a quien

debía acompañar para entrar en España, como así lo hizo en el mes de Mayo, entrando por Vera y Elizondo.

Es de advertir que la mayoría o casi todos los Archiduques eran en aquel entonces amigos y partidarios de D. Carlos de Borbón. Fácil es esto de explicarse, por razones de familia, así es que recuerdo que la única visita que hizo el Príncipe fué a la Archiduquesa María, gran amiga de mi tía Sofía, la que más tarde muchos años después intervino en las segundas nupcias del ya Rey Don Alfonso, con Doña María Cristina.

Era de ver la situación particular de Carlos Calderón, gran amigo de casa, que en aquella ocasión no podía dejar de tener una conducta con nosotros de consecuente amistad, y sin embargo, en su delicadeza, tenía que evitar el trato del Príncipe sin faltar al elemental deber de saludar de lejos, con respeto.

Cuando llegamos, no sé qué dificultades ocurrieron para el ingreso del Príncipe en el colegio Teresiano. No sé si fué alguna dificultad diplomática o sencillamente los naturales preliminares de instalación puesto que no se trataba de un simple alumno, sino que era un Príncipe con su acompañamiento de pro-

fesores. Además, hubo que hacerle los uniformes y ajuar militar que exigía el reglamento. Motivos por los cuales se retrasó por lo menos unos diez días el ingreso de S. A. en el Colegio Teresiano.

Fuimos en seguida, con gran envidia mía, a casa del sastre militar que le hizo los uniformes y equipo, que podrán ver mis lectores en una fotografía que conservo y que adjunto publico, hecha entonces en grupo con el Duque de Sexto, y que reproduce la fotografía de Don Alfonso de quince años, con su primer uniforme.

Se aprovecharon aquellos días para enseñarle Viena, en el espíritu constante de seguir su educación.

Vimos la Catedral (San Esteban), gótica del siglo XIV, en que Morphi le explicaba las diferencias con *Notre-Dame*, de París, y tengo muy presente que subimos a la Torre, desde donde el panorama es inolvidable, y el mismo Morphi, con un señor profesor o guía que acompañaba, le estuvieron explicando los dos campos de batalla que se divisan perfectamente. El de Wagram y el de Essling.

Vimos de lo primero el Palacio Imperial (El Burg), pero sólo por fuera. Las conveniencias

políticas no permitían otra cosa. Visitamos los Museos Imperiales y el Arsenal, el Museo Militar, etc., etc.

Morphi, persona de vastísima ilustración, le explicaba todo y, en particular, aquellos cuadros y objetos que con nuestras glorias españolas tuviesen más relación. Por cierto, que un día, recuerdo que al enseñar al Príncipe una espada de nuestro Don Fernando *el Católico,* que creo estaba y está con otras, y armaduras de Carlos V y Felipe II, en el Museo Histórico de los fundados por la Emperatriz María Teresa, quedóse el Príncipe mirando atentamente aquella espada oyendo la explicación y, de repente, volviéndose a mi tío, le dijo con viva voz: «Pepe, te juro por mi sangre, que si algún día ciño esa espada de Castilla, no ha de ser menor mi voluntad que la de Don Fernando V».

Otro día visitamos Shoenbrunn. El Castillo imperial. Quién me había de decir a mí entonces que diez años después (en 1883), iba yo mismo a hacer otro viaje, ya oficial, con con él ya Rey.

También vimos Las *Ecuries* Imperiales, adonde, en nuestra afición, se nos iban los ojos detrás de aquella colección de caballos

españoles de pura sangre, que la casa de Austria ha conservado siempre en sus cuadras.

El *Prater* y algún *restaurant* que otro, y una sola vez fuimos al teatro, no extrañándome poco que fuésemos a las cuatro de la tarde.

Llegado el día previsto, ingresó S. A. en el colegio acompañado de su jefe de estudios, el Conde de Morphi y su servidumbre, a cuyo efecto, haciendo una excepción, se facilitó toda la amplitud necesaria en habitaciones y un salón de estudio especial para el Príncipe.

Adjunta publico una fotografía única que poseo de aquel Palacio-colegio, fundado para hijos de familias nobles, en 1746, por la Emperatriz María Teresa en su Palacio de recreo denominado en aquella época bajo el nombre de *Favorita*, y cuya dirección con privilegios y tierras entregó entonces a los Jesuítas.

Después de la expulsión de la Compañía de Jesús (1773), fué restablecido por el Emperador Francisco II (1797), bajo la denominación de *Teresianum* (*Ritter Akademie*).

Visitamos dos o tres veces más a S. A. en su nueva instalación, en que estaba contento de su existencia y recuerdo hoy con verdadera alegría que al despedirnos el último día fué la primera vez que el Príncipe me demostró todo

su afecto y cariño más expresivamente, pues como he dicho, su carácter siempre afectuoso, igual, no era en la vida corriente de exageradas manifestaciones.

Como nota histórica es de notar que en este Palacio de recreo murió el Archiduque Carlos (1740), el pretendiente a la Corona de España vencido por Felipe V.

No puedo recordar la fecha exacta que salimos de Viena. Lo que sí tengo la seguridad es que era en Octubre, por una circunstancia que hubo al venir S. A. a despedirnos a la estación. Le rogó cariñosamente a mi tío que el próximo verano durante sus vacaciones había de pasarlas en Deauville en nuestra casa y estuvo contando los meses que faltaban.

En aquel momento sacó del bolsillo una carta que había escrito la noche antes para su madre, la Reina Doña Isabel, y se la entregó a mi tío con repetidas frases de cariño.

Así volvimos a París, dejando atrás la esperanza del futuro Rey y haciendo conjeturas de las inciertas probabilidades de la política de España ante la nube del carlismo, creciente en aquel momento y las dudas de si

llegaría a consolidarse la dinastía de la Casa de Saboya.

Por lo pronto, el cerebro y la voluntad del Duque de Sexto habían conseguido su primer objeto, base de todo el porvenir, la educación del Príncipe, apartado y limpio de todas las responsabilidades que habían motivado la Revolución española.

Como he dicho, ingresé en el Colegio de la Compañía de Jesús, en París, *Rue de Vaugirard*, adonde yo había estado ya en vida de mis padres, a la edad de siete años.

Escribí al Príncipe dos o tres cartas, que él me contestó muy cariñosamente y que harto siento haber perdido las contestaciones, pues sería hoy curioso leer los detalles que en sus cartas me daba de su nueva existencia.

En mi colegio estaban al mismo tiempo que yo los dos hijos del Infante D. Enrique, Paco y Alberto, que luego hicieron la guerra con D. Carlos, hasta el final y que aún viven hoy (los generales Duque de Santa Elena y D. Francisco de Borbón).

También estaban allí de compañeros míos un hijo del general Jovellar (más tarde diplomático) y los hijos del Conde de Moriana.

Sobrevino una epidemia de viruela que en

Diciembre se propagó en el colegio (en mi división, que era la denominada *Saint Josep*), y mi familia tomó la determinación de sacarme y llevarme a España.

CAPITULO IX

Año de 1872.

Volvimos a Madrid para el día 23, santo del Príncipe, y tengo presente que se habían convocado las Cortes para los primeros días de Enero y esa era la razón que tenía mi tutor, no sólo por ponerse al habla con Cánovas, sino que le urgía ver a Martín Herrera, que presidía a la sazón el Congreso y que era muy amigo suyo de antiguo. No sé fijamente qué razones le impelían a ello; pero me figuro que como en aquella ocasión ya venía perfectamente autorizado y sé que traía incluso una carta personal del Príncipe para D. Antonio Cánovas, es indiscutible que se proponía aunar voluntades en favor de nuestra causa.

Las Cortes se disolvieron a los pocos días de nuestra llegada, y vino la baraúnda y ex-

citación consiguiente de nuevas elecciones.

Nuestra casa era el bullir constante de la política Alfonsina.

Mi tía Sofía tenía tertulia constante: generales, hombres políticos, señoras, diplomáticos y lo más notable de la sociedad del Madrid de entonces.

Entre los generales recuerdo siempre aquel señor respetable, anciano ya, que me contaba haber estado en Guardias Walonas con mi abuelo D. Vicente (Conde de Benalúa). Era el General Barrenechea, cuyas hijas viven hoy, y cuya intimidad le hacía contertulio, llegando a casa todos los días buscando su partida de billar, que a menudo jugaba con mi tío, que por cierto tenía la broma de pagarle, cuando perdía, con una peseta falsa.

Otras figuras muy constantes eran el general Quesada y los generales hermanos Concha, el Marqués de La Habana y El Marqués del Duero, suegro de nuestro pariente Sardoal, que luego más tarde fué alcalde de Madrid. El general Echevarría, Gasset, Espina, Zabala, que promiscuaba, y Moriones, lo mismo, y más adelante conocí a Caballero de Rodas, decidido partidario de Don Alfonso. Así como Blanco y D. Fernando Primo de

Rivera, futuro Marqués de Estella, que no había yo de volver a ver hasta la noche de la Restauración. Pavía (D. Manuel, el del 3 de Enero), y el general Vega Inclán, padre del actual Marqués de la Vega Inclán, comisario regio del Turismo.

De hombres políticos, aparte de Cánovas, alrededor del que ya giraban todos al saber que mi tío le traía efectivos poderes, el enjambre era inconmensurable.

Y de amigos y parientes se llenaba la casa, sobre todo los sábados.

Las otras casas que tenían en aquella época tertulia alfonsina eran varias, entre ellas: el Marqués de Perales (calle de la Magdalena), donde íbamos a menudo a jugar la gente joven. El Marqués de Perales era entonces Diputado a Cortes, y sólo vive hoy todavía su hijo Pedro, de los cuatro que he conocido, Antonio, Pedro, Carlos y María. Son sus nietos hoy el actual Marqués de Perales (Ventura), sus hermanas la Marquesa de Castelar actual y la Condesa viuda de Adanero y los hijos de María, que casó con Emilio Drake (Vegamar).

Otra tertulia Alfonsina, donde a la par que en nuestra casa se reunían los hombres polí-

ticos partidarios de Don Alfonso, más significados, era la del Marqués de la Torrecilla, padre del actual Marqués (mi cuñado), ahora Jefe superior de Palacio. Recibían los miércoles y allí se congregaban también alrededor de Cánovas, los Orovio, Tejada de Valdosera, Pelayo Cuesta, Marqués de Molins, Casa-Valencia, Emilio Alcalá Galiano (entonces Vizconde del Pontón), Torneros, Aranda (señor de Rubianes), Muro (Gaspar), Salvador Vega Armijo, Ferraz (luego Marqués de Amposta), D. Alejandro Llorente y Figueras (D. Francisco), etc., etc.

Era la Marquesa de la Torrecilla la mayor amiga de mi tía Sofía y esto ligaba a las dos familias, no sólo por lazos de parentesco, por ser ella prima carnal de mi tío, sino por el cariño que perduró mientras vivieron.

Fué el Marqués de la Torrecilla uno de los mayores elementos que con su talento y su fortuna ayudaron a la Restauración en España.

Eran asimismo centros reconocidos alfonsinos las casas de la Duquesa viuda de Rivas, Marquesa de Miraflores y su hijo el Vizconde de la Armería, Condesa viuda de Corres, con sus hijos los Marqueses de Valmediano y la

casa del Marqués de Santa Cruz, que fué luego Mayordomo Mayor de las Reinas Doña Mercedes y Doña Cristina. También ayudaron a aquella política los Condes de Heredia Spínola, de cuyos bailes oía yo hablar los días de Santa Isabel.

Excusado es hablar de otras casas como las de Medinaceli, Alba, Castelar y algunas otras que mi memoria no recuerda.

Era curioso ver en medio de toda aquella sociedad alfonsina los casos de promiscuidad carlistas, unas veces por cariño y amistad y otras por lazos de parentesco. Así puedo citar el caso hasta de oposición de mujer a marido, como era el de la tertulia alfonsina de la Condesa de Casa Bayona, mujer de aquel famoso Diego Villadarias, que anteriormente he descrito y que justamente pocos meses después, cuando Moriones tenía copado a D. Carlos en Lecumberri, salvó a éste, con su bastón en la mano y con los batallones de Carlos Calderón, y pudo sacarlo a matacaballo de la plaza del pueblo, donde estaba tan confiado, y pisando breñas por los Alduides, ganó la frontera.

Mi tía aprovechaba todas las ocasiones para dar fiestas y atraer gentes y amigos para

simpáticas obras de caridad, en que en todas ocasiones siempre se hacía política alfonsina, y hasta valiéndose de la enorme afición que yo tenía a los ejercicios ecuestres y a la gimnasia, llegó a organizar hasta unas funciones de Circo que llamaron la atención en Madrid y que daba unas veces en el propio Circo de Price (entonces en Recoletos), a beneficio de la Parroquia y otras veces en el gran picadero de casa, que estaba situado entre nuestro jardín y la iglesia de San Fermín.

Todavía tengo algún programa de aquellas divertidas funciones de Circo en que figuraba conmigo como director de la compañía, el excelente caballista y domador a la alta escuela y caballos en libertad, el Marqués Gonzalo de Bogaraya (hermano del Duque de Rivas); el Marqués de Castrillo (hermano de aquel bravo Marqués de Vallecerrato, que estaba en la facción batiéndose por D. Carlos).

Otro, era el actual Marqués de Ivanrey y su hermano Antonio, que murió de un perro rabioso. Los estoy viendo vestidos de *clowns*, haciendo el trabajo con un tonel y recogiendo en la cabeza seis sombreros de pierrots puntiagudos.

Otro artista de la compañía era mi íntimo

amigo Eugenio Escosura, único que conmigo hacía el trabajo de Leotard, de los tres trapecios en lo alto del Circo o del Picadero (por supuesto, con red).

Este Escosura ha sido posteriormente caballerizo de S. M. y conservamos particular amistad hasta su muerte.

Como equilibristas, estaban Gardiner y aquel Sicles, hijo del Ministro de los Estados Unïdos.

Hacía yo también el trabajo del volteo, con mi eterna afición a los caballos y al final de la función teníamos una batuda con trampolín y saltos mortales.

El actual bibliotecario de Palacio, Conde de las Navas, compañero entonces de nuestros infantiles juegos, e hijo del Conde de Donadío, íntimo de mi tío Alcañices, fué también de los que ensayaron, aunque no con resultado, aquellos ejercicios.

Mi monomanía por esta clase de *sport* hacían de mi insignificante persona el entretenimiento de mi tío y de Bogaraya, que solía venir mucho a casa a domar sus caballos y en alguna ocasión me aprovechaban; así es el caso que recuerdo en que necesitando más adelante un caballo el Marqués del Duero, que estu-

viese en condiciones y fogueado para salir a mandar el Ejército del Norte, vino a casa Sardoal (su yerno), y serví yo de maniquí para probar y foguear; justamente el caballo sobre el que le mataron en Monte Muro...

Así, entre bromas y veras, mi tío seguía su política práctica y de atracción, en que llamaba a los hombres de buena voluntad. «Vengan de donde vengan», y terminaba siempre diciendo: «Después donde Dios me llame, pero con Don Alfonso».

Llegaron después de aquellas elecciones sucesos y más sucesos. Entre estos hechos, hubo uno interesante y que conocí por haber sido el escribiente-amanuense mi propia tía Sofía.

Celebrada una reunión en nuestra casa, con el debido sigilo, en que asistieron los notables del partido alfonsino, expuso Cánovas la conveniencia de un primer manifiesto al pueblo español del Príncipe Don Alfonso, en que contrarrestara los trabajos carlistas que dirigía Nocedal a la opinión pública y en que el Príncipe hiciera ante todo, la declaración de *católico;* pero que al mismo tiempo declarase su espíritu abierto *a toda idea de progreso y liberal.*

Redactóse este Manifiesto y quedaron encargados de llevarlo a Viena el Marqués de Bedmar y D. Antonio María Fabié, que debían reunirse con mi tío para que S. A. lo firmase.

En un papel finísimo de seda lo copió mi tía Sofía dos veces. Una copia para mi tío y otra para el Marqués de Bedmar.

Salieron de Madrid separados con objeto de no llamar la atención, mi tío delante y Bedmar con Fabié. Este último siguió el viaje solo desde Barcelona, donde quedó enfermo el Marqués de Bedmar. Reuniéronse en Marsella y a los ocho días se repartió en Madrid en círculos particulares y políticos; en casinos, tertulias y cuarteles, la primera proclama de nuestro Señor.

En cuanto a acontecimientos de las luchas intestinas entre los hombres de la revolución, es fácil conocerlos recorriendo los anales de aquella época.

Entre otros que yo más recuerdo por su importancia, fué el atentado de asesinato contra el Rey Don Amadeo. Ocurrió éste en verano, al regresar el Rey con la Reina de los Jardines del Retiro, disparando con trabucos sobre el carruaje abierto en la calle del Are-

nal, matando a uno de los caballos. La guardia que iba con el Rey mató a uno de los asesinos, hirió a otro y pudo apresar a otro con las armas en la mano.

Otro suceso que preocupaba mucho por entonces fué la famosa proclama de D. Carlos, no por lo que el hecho en sí significaba, sino porque la importancia del carlismo crecía y crecía y esa era la sombra que estorbaba para el triunfo de Don Alfonso.

Felizmente vino la derrota de los carlistas en Oroquieta y el Convenio de Amoravieta, que amortiguó la pujanza carlista hasta el año siguiente, que volvió con mayores bríos.

Amadeo le otorgó entonces el título de Príncipe de Vergara al general Espartero, buscando simpatías y popularidad en España.

No dejó de ser otra preocupación las relaciones de González Bravo, antiguo ministro de Doña Isabel; con Nocedal y con el mismo D. Carlos.

Hoy siento que mi memoria no me permita recordar más detalles de aquel interesantísimo período de constantes incidentes, anhelos y conspiraciones, que a pesar de mi corta edad (catorce años), yo ya seguía, con el interés que es natural comprender, por aquel Príncipe

pe que el destino había hecho en la emigración mi compañero de infancia.

Es difícil concebir la colosal popularidad que tenía en Madrid el Duque de Sexto, en la época de fronda y revueltas que trato de describir.

¿Qué razones habían contribuído a ello? ¿Era su llaneza para todos? ¿Era su popular y heroica conducta durante el cólera del año 1865? ¿Era su atractivo personal? ¿Su generosidad y espléndida ayuda a todos los elementos intelectuales? ¿O era aquel don de que Dios le había dotado del conocimiento del corazón humano? El caso es que rara vez se habrán visto reunidos alrededor de una personalidad, mayor número de elementos de todo género.

Así he conocido desfilar por nuestra casa todo el elemento intelectual español de la época, como Valera, Campoamor, Zorrilla (los poetas); como aquellos otros de la famosa cuerda granadina, D. Manuel del Palacio, Fernàndez y González, Alarcón, Fernández Guerra y el *moro* Fernández Giménez, que ya eran amigos de mis padres en Granada. Serra, Ayala, convertido alfonsino, Eusebio Blasco, Ricardo de la Vega, Vital Aza, etc. Los hom-

bres que más opinión podían fomentar en el libro y en las tablas de la escena española.

De artistas, conocí entonces a Madrazo (D. Federico), Fortuny, Rosales, Pradilla, que iba a Roma con Valles (hijo de un dependiente de casa, pensionado por mi tío) Domingo. De actores amigos suyos recuerdo haber visto a Vico, Mariano Fernández, Arjona, Mario y hasta recuerdo perfectamente en alguna ocasión las figuras de los toreros *Tato*, *Gordito* y *Frascuelo*.

Al mismo tiempo, aunque obligado por las circunstancias a vivir en el extranjero, aquel hombre *era* español hasta la medula, y esto le hacía aún más simpático a las clases populares, lo que le valió en algún caso la libertad, y en otros, como veremos más adelante, la ayuda decidida del pueblo de Madrid.

Por Santander y Socoa salimos toda la familia para París, y mi tío por Barcelona para Viena, a recoger a S. A.

El verano del 72 lo pasamos también en Deauville, adonde vino el Príncipe y continuamos nuestra vida de vacaciones.

Mi sentimiento al volverme a separar de él, fué mayor que el año anterior, pues ni me dejaron el consuelo de acompañarle.

Antes de salir de París S. A., tuvo lugar un hecho que no quiero dejar pasar sin relatarlo.

Fué éste la primera visita de D. Antonio Cánovas al Príncipe.

Llegó a París Cánovas acompañado por el Marqués de Vallejo y aquel mismo día vino a almorzar a nuestra casa, y aquella tarde fué al palacio Basileusky a visitar y rendir homenaje al Príncipe y a la Reina Isabel, con quien tuvo larguísima entrevista, motivada por las eternas dudas y vacilaciones de aquella señora, que con toda su bondad, era siempre juguete de las ambiciones que la rodeaban y la explotaban.

Supe aquel verano por el mismo Príncipe, los proyectos de la Reina de anular nada menos que su abdicación.

Ese era el trabajo constante de Marfori, cuando creía que con esa amenaza podría llegar a sus fines, o lo más triste, en otras ocasiones (en momentos apurados de dinero), obtener beneficio propio.

Volvió Cánovas con mi familia hasta Bayona, donde se detuvo siguiendo nosotros el viaje a Madrid, que fué muy accidentado por las mil dificultades que en el camino surgían, unas veces por las partidas carlistas, y otras por las columnas liberales.

CAPITULO X

Año de 1873.

Año de emociones. Año de desastres. Año de esperanzas para nuestra causa.

El primer hecho culminante fué la abdicación del Rey Don Amadeo de Saboya, consecuencia fatal del desbarajuste general y de los variados incidentes de la política que seguíamos y se comentaban a diario con verdadera ansiedad.

Por dos personas de la mayor intimidad de mis tíos (el Marqués de Sardoal y el Duque de Ahumada), el primero por estar afiliado a la política de la revolución y el segundo por estar muy enterado de los detalles íntimos de la casa del Duque de la Torre, a causa de ser ayudante suyo su hermano el Marqués

de Ahumada, que también frecuentaba nuestra casa, supimos que la Duquesa de la Torre renunciaba al cargo de Camarera Mayor, al mismo tiempo que los constitucionales y unionistas, desairaban a Don Amadeo el día de Reyes, rechazando la invitación y no asistiendo al banquete que en día tan señalado hubo en Palacio.

El día 29 de aquel mismo mes de Enero dió a luz S. M. la Reina Doña Victoria un hijo (el actual Duque de los Abruzzos), que como es consiguiente se bautizó en Palacio, y fué la comidilla general en todo Madrid, con gran escándalo de altos y bajos, el hecho inconcebible de que el Duque de la Torre rehusara ser el padrino del bautizo del nuevo Príncipe.

El Rey Amadeo, que había venido a España al amparo de Prim, asesinado; abandonado por el Duque de la Torre, y hasta por el Ministerio de Sagasta (en que por cierto fué ministro Elduayen); resuelto a apurar todos los medios de gobierno, se entregó en brazos de Ruiz Zorrilla, aliado ya entonces de los Republicanos, que formó el último Ministerio de aquel reinado con Martos, Montero Ríos, Echegaray, Beránger y Gasset Artime. El

Don Antonio Cánovas del Castillo.

Gobierno se presentó a las Cortes en el referido mes de enero y surgió la cuestión denominada de los Artilleros, en que el general Córdova se empeñó en dar mando a Hidalgo, a quien no podían ver los oficiales de Artillería desde el famoso pronunciamiento del día 22 de Junio de 1866, cuya base fué la sublevación del cuartel de San Gil, capitaneada por el mismo oficial Hidalgo, siendo asesinados en el cuarto de banderas sus compañeros de regimiento.

Toda la oficialidad y jefes del cuerpo de Artillería, pidieron su licencia absoluta o su retiro, como protesta a aquel Gobierno. El general Córdova, de acuerdo con el Gobierno, decretó la disolución del Cuerpo y plantearon el asunto ante las Cortes (7 de Febrero), que les otorgó un voto de confianza.

Aquella noche, en los salones de nuestra casa, que bullían con mayor efervescencia que en otras ocasiones, se comentaba con curiosidad de adivinar cuál sería la actitud de Don Amadeo y si firmaría ratificando la enormidad de disolver y reorganizar el Cuerpo de Artillería, en el que en aquella época se conservaba lo más elegido del Ejército español.

Al día siguiente supimos que el Rey, deci-

dido a cumplir constitucionalmente su deber, firmaba el Real decreto, pero que al mismo tiempo, había anunciado, como así lo hizo el 11 de Febrero, su abdicación de la Corona de España.

Aquel Príncipe, abandonado de todos, incluso por Unionistas y Constitucionales, no quiso seguir siendo juguete de los Radicales.

Rey de la Revolución hizo lo que pudo para quedar lo más decorosamente posible. Dándose el caso, verdaderamente curioso, de que Ruiz Zorrilla, el mismo hombre que lo había ido a buscar a Italia, fuese el mismo que lo ponía en aquel trance de desesperación.

No queriendo el Rey abdicado permanecer ni un día más en medio de un ambiente sin amigos, decidió partir a la mayor brevedad y telegrafió al Rey de Italia, Víctor Manuel, su padre, anunciándole su inesperada abdicación y su inmediato viaje. Víctor Manuel le contestó desaprobando su conducta y rogándole que apurase los medios de rectificar su acto apoyándose en el Ejército.

A pesar de todo esto, y a pesar de que S. M. la Reina Doña Victoria estaba aún en la cama, convaleciente de su parto, Don Amadeo decidió su viaje aquella misma noche, en que

acompañado por los escasos servidores italianos que le rodeaban y bajando a la Reina las escaleras de Palacio en una silla de mano, emprendieron toda la familia real el viaje, dirigiéndose a Lisboa, adonde le acompañó Ruiz Zorrilla (1).

Excuso describir la ansiedad del día siguiente en todo Madrid. Juntáronse el Senado y el Congreso, como solución, en Asamblea Nacional y proclamaron en España la República (258 votos contra 32). Votándose al mismo tiempo un Gobierno de poder ejecutivo, bajo la presidencia de Figueras, con Castelar, Salmerón, Pí y Margall, Becerra, General Córdova y Almirante Beránger.

Es imposible narrar brevemente las peripecias que siguieron en la política por la inestabilidad de los gobiernos, las luchas de los republicanos unitarios con los republicanos federales de donde sobrevino la más desenfrenada anarquía.

---

(1) El 12 de Febrero a las seis de la mañana abandonaban el Palacio de Oriente Don Amadeo, Doña María Victoria y sus hijos, acompañados únicamente de su servidumbre particular. Contada persona acudió a despedirlos, que así es siempre el destino de los Reyes derrumbados.

El mensaje de abdicación de Don Amadeo fué redactado por Don José Olózaga y definitivamente corregido por Don Eugenio Montero Ríos.

A un tiempo las tres guerras. La guerra carlista y la guerra separatista de Cuba, y la más triste: la guerra provocada por los federales, erigiendo cantones independientes.

La Diputación de Barcelona se adueña de la ciudad. Sublevaciones criminales en Málaga, Montilla, etc., etc.; sublevación de los batallones de la Milicia nacional, en Madrid, y la indisciplina militar cunde por toda España, gritando los soldados a los oficiales: ¡Que bailen!

Las gravísimas insurrecciones de Alcoy, Cádiz, Sevilla, Málaga, Granada, Murcia, Cartagena y Valencia, y aun lo más grave, que los mejores buques de nuestra escuadra, las fragatas *Numancia*, *Victoria*, *Tetuán*, *Almansa* y *Fernando el Católico*, arbolan la bandera de los cantonales, y da lugar a tener que declarar piratas a los buques sublevados. Triste es pensar a qué grado de perdición pudieron llevar a España los hombres de la revolución y a qué grado de descrédito y de ruina es fácil llegar cuando se destruye lo existente y no hay cerebros capaces de reorganización.

Recuerdo en mi mente los días de zozobras y de revuelta, el temor a los «Gorros colorados», como entonces se llamaba a la Milicia nacio-

nal, particularmente a los Batallones Federales. Pero es de notar el extraordinario caso, verdaderamente raro, de que ni una sola vez hubo amenaza a nuestra casa. Al contrario, siempre había en los días de mayor apuro algún jefe de motín, que se ofrecía a mi tío como incondicional amigo y hasta se dió el hecho anómalo de tener a la puerta de casa una guardia de «gorros colorados». ¿Por qué? No lo sé. ¿Era la enorme popularidad del Duque de Sexto? ¿Era que en España el pueblo no ha odiado a la grandeza? El caso, repito, es que en uno de los días de mayor desenfreno, anarquía, tiros, indisciplina, etc., yo he presenciado llegar a la portería de casa a uno de los más exaltados (*Pucheta*), acompañado de una horda que daba miedo, y pedir el favor de hablar con mi tío, diciéndole: «¡*Sor* Duque! ¡Mientras nosotros estemos aquí, su persona y su familia, sagrados!

Otra de las conquistas populares más notable en aquellos días de desenfreno, que fué para nosotros un verdadero asombro, fué la de aquel hombre (el alma de las turbas), el mismo que había roto, apedreando los cristales de nuestros balcones, la noche de la iluminación al Papa Pío IX; el mismo que capi-

taneando el furor popular había escrito el famoso letrero negro, contra la raza de los Borbones, en el muro del Ministerio de Hacienda; aquel célebre Felipe Ducazcal, que luego ha sido en Madrid el más popular empresario de teatros, cuya entrada en casa fué en ocasión que no olvido, tanto por su importancia en aquel momento, como por su propia figura.

Hacía poco tiempo que Cánovas anunció a mi tío la visita de Romero Robledo (el *Pollo de Antequera*, como le denominaba el vulgo). Este joven, entonces político de acción, se entregó a nuestra causa, bien sea por simpatía personal, bien sea porque su claro entendimiento, asqueado, por patriotismo, de la Revolución, viese la salvación única en Don Alfonso enfrente del carlismo creciente. El hecho es que Romero Robledo vino, efectivamente, una mañana y almorzó en casa y desde aquel día casi a diario le veíamos. El había sido el instigador y dicen que el creador de la partida de la *Porra* y confieso que al verlo en casa los primeros días me impresionaba pensar, en mi imaginación infantil, aquel hombre que yo había oído siempre ser uno de nuestros mayores enemigos y que yo

sabía rodeado de los más avanzados y furibundos revolucionarios.

Mi tío sale una noche para tener una reunión de las muchas, alfonsinas. El Gobierno, avisado, da la orden de prisión y por los mismos agentes, Ducazcal, amigo de Romero Robledo, se entera. Corre a Casa del General San Román, donde se efectuaba la conspiración y saca a mi tío, antes de la llegada de la policía. Avisan a los demás. El general se acuesta y al llegar los esbirros del Gobierno, fallan el golpe.

Se presenta en casa mi tío, acompañado de Ducazcal y entra con su nuevo amigo, de chaquetón (zamarra de pelo negro), figura que no olvidé nunca siempre que le veía, pues, como todo el mundo sabe, llegó luego más tarde a ser hombre hasta casi elegante en Madrid.

En aquellos días de angustia por la seguridad personal, fué cuando el vecindario de Madrid, ante la anarquía y peligro constante de los temibles batallones de milicianos federales (que más que batallones eran hordas desenfrenadas, cuyo único uniforme era el gorro colorado), entonces fué cuando propuso y obtuvo del Gobierno la creación de una Milicia para defensa del orden y propiedad. Milicias todas que debían oficialmente estar

bajo las órdenes del Alcalde de Madrid. Las hubo de infantería y de caballería, y entre otras el Marqués de Bogaraya creó un escuadrón, que la gente llamaba del *Agua de Colonia*, por estar todo él compuesto de señoritos de las mejores familias. También se creó otro que llamaban del *Aguarrás*, que lo mandaba Ortiz y Casado, por ser la mayoría del Comercio.

Aprovechando esta ocasión y deseando mi tío la creación de un cuerpo muy popular, creó a su vez el escuadrón que el público dió en llamar *El escuadrón del aguardiente*, compuesto todo él, con raras excepciones, de la gente más conocida de la calle de Toledo y barrios bajos (toreros, chalanes, tratantes, matarifes, etc.), haciendo toda clase de sacrificios para su organización en caballos y armamento. El comandante era el mismo Duque de Sexto. El capitán era Romero Robledo. El cabo de batidores era el matador de toros *Frascuelo* y los dos sargentos eran *Pucheta* y el nuevo amigo Ducazcal. Cabos, el *Monge*, el *Arias*, etc., lo más popular de los barrios. Recuerdo también a los banderilleros Victoriano Alcón, El cabo Armilla, y gente del bronce, como Corrales, el que tenía el café de cante *La Marina* (calle de Preciados)

Ya se gritaba en la calle de Toledo a plena luz y sin gran recato «Viva Don Alfonso».

La popularidad de nuestra Causa crecía. Tengo en la mente un día que mi tía Sofía, después de ir a la Inclusa a cumplir su deber como de la Junta de Damas, fué a la Virgen de la Paloma; al reconocerla la gente y saber que era la mujer del *Duque*, la vitorearon y tuvimos que volver a casa sin resolver unas cristaleras, que era el objeto de su visita.

La guerra civil tomó extraordinarias proporciones de resultas del desdichado estado del país, y la facción crecía, volviendo a entrar en España D. Carlos, y las acciones de Monreal, Erau, Monte Jurra y Velavieta, hicieron dueños a los carlistas de todo el territorio vasco-navarro. Y en Cataluña, Savalls, en el combate de Alpens, y además el levantamiento del centro, colocaban la Causa de D. Carlos en mejores condiciones incluso que antes del Convenio de Vergara.

El general Pavía, amigo antiguo (D. Manuel Pavía y Alburquerque), vino un día a despedirse. Partía para Andalucía, enviado por el Gobierno, a meter en cintura a los cantones vergonzosos, y aunque no era amigo de Salmerón ni de los republicanos, cumplía su de-

ber como militar obedeciendo y como español ayudando a salvar a la Patria.

Salmerón tiraba el poder en medio del arroyo, al poco tiempo, por no restablecer la pena de muerte, sin la que era inútil pensar en disciplina.

Le sustituyó Castelar, que para colmo de desdichas tuvo la intrincada cuestión con los Estados Unidos, del *Virginius*.

Este barco, apresado por nuestra Marina en aguas de Cuba, con cargamento de armas y municiones para los insurrectos cubanos y, lo peor, con oficiales y gente americana instructora para la guerra, se hizo presa y se fusilaron a los cincuenta y tres americanos que venían a bordo. El asunto llegó a tal extremo que se temió incluso la guerra con Norteamérica.

En medio de tantas tribulaciones y sucesos llegó el verano, en que yo tomé mi grado de bachiller.

Ese mismo día conocí una de las mujeres más guapas de su época y madre de una de las mayores hermosuras de la nuestra.

Al salir de la Universidad con mi amigo y compañero de estudios, Eugenio Escosura, había asonada y revuelo grande en la calle

Ancha de San Bernardo, de resultas de uno de los mil incidentes que a diario ocurrían en Madrid. En este caso la base fué la pelea de unos soldados de Ingenieros con unos Milicianos, de la que sobrevinieron los consiguientes sustos y carreras. Al llegar a la esquina de la calle de los Reyes, tres muchachitas de nuestra edad llaman a gritos pidiendo ayuda a Eugenio. Eran sus primas, que yo apenas conocía y como es natural las acompañamos hasta su casa (calle de las Huertas), donde vivían con su madre, Blanca Espronceda, viuda ya de D. Patricio de la Escosura e hija del famoso poeta Espronceda. No olvido la impresión de admiración que me causó la belleza que aún conservaba aquella señora.

Consiguiente presentación de mi persona, agradecimiento de la madre. Manifestación de simpatía de las hijas y ofrecimiento de ritual de la casa; no sin dejar de admirarlas, en particular la mayor, Blanca, que tal fama de bonita ha tenido en la Corte. No por eso Laura y Luz han dejado de llamar la atención.

A aquella tertulia volví muy a menudo más tarde, adonde conocí a innumerables artistas, hombres de letras, cantantes, abigarrado con-

junto que daban a las tertulias de aquella casa sello especial.

Al volver a casa tuve las corrientes felicitaciones. Ya era Bachiller. Ya era un hombrecito. Y mi tía Sofía, con aquel exagerado cariño que por mí tenía, me colmó de regalos y me llenó los bolsillos de moneditas de oro.

Y ya que de abigarrados conjuntos he hablado, voy a tratar de describir una de las fiestas que se celebraba todos los años en mi casa, o mejor dicho, en nuestra casa de campo de Algete. Esta tenía lugar en primavera o a entradas de verano con motivo de poner el hierro al ganado nacido en al año anterior. Estos herraderos de Algete continuaron siendo de fama notoria en la sociedad de Madrid, como veremos más tarde durante el período de la Restauración.

La extraordinaria afición y conocimiento de mi padrino y tío a la cría de la raza caballar, le hacía conservar y rebuscar todos los ejemplares más notables de la raza de caballos españoles y tenía el capricho de dedicar toda la finca a una bien entendida instalación de cría caballar, mejorando con la cruza del árabe y de los mejores productos andaluces, así como tenía también una sección aparte

de cría de pura sangre inglesa. Sólo de yeguas españolas alcanzaba la ganadería más de doscientas cincuenta cabezas.

El día del herradero se reunían allí los principales ganaderos y conocedores en la materia: D. Juan Sotomayor, el Duque de Veragua, Marqués de Perales, Marqués de Cerralbo, Hernández, Gaviria, el Duque de Alba, Marqués de Bogaraya, Claramonte, y andaluces como Davies y Guerrero, de Jerez, y Saltillo, y Mihura, de Sevilla, sin contar otros que mi memoria no puede recordar.

Aquel año y el siguiente, me figuro que por habilidad de atracción política a las simpatías de D. Alfonso, abrieron mis tíos la mano en los convites, y no sólo medio escuadrón del *Aguardiente* asistió a la fiesta, sino que también tuvimos convidados a artistas, autores y hasta cantantes, como Tamberlick, aficionadísimo a todas las costumbres españolas y que alguna vez había solido venir a casa a cantar en alguna velada, traído y presentado a mi tía por el Marqués de Balbi, secretario de la Legación de Italia en Madrid.

Era de ver la amalgama de tan distintas clases y posiciones sociales, desde los más serios diplomáticos extranjeros y señores de

nuestra familia y amigos, hasta los elementos más populares de los barrios de Madrid, toreros, actores más aplaudidos del público, como Mario y Rosell, y por convidar a todo el mundo, mi tío convidaba hasta su peluquero, Sixto, que tenía una barbería en la calle de Dos Hermanas y éste a su vez para demostrar su influencia con el Duque, convidaba a dos oficiales de la barbería.

Esto producirá risa en alguno que me leyere; pero bien meditado, así se explica la popularidad sin límite que llegó a alcanzar aquel hombre y que es indiscutible que fué el arma mayor de la que él se valió para conseguir en medio de todas aquellas revueltas, la simpatía del pueblo de Madrid al Príncipe Don Alfonso.

Adjunta publico una fotografía del Duque de Sexto, a caballo y con el traje nacional que usábamos para las faenas de campo.

Ya en esta época mi amistad con Pepe Tamames era estrechísima y excuso decir que en todas estas ocasiones y fiestas en que lucíamos nuestra acometividad, nos unía siempre el cariño que ha perdurado toda la vida.

Por entonces partió mi padrino para Viena a buscar al Príncipe, llevándole amplias no-

ticias de todo y nosotros seguimos unos días más en Madrid hasta volver a París, donde debíamos reunirnos de nuevo; pero la dificultad era nuestro viaje, porque adueñados los carlistas de todo el Norte y cortadas la mayor parte de las vías, era preciso hacer el viaje por Zaragoza y Canfranc, y así se organizó.

Es de notar que en la tertulia íntima se veían en casa las bajas que producía el carlismo, de aquellos que por tradición en sus familias habían sido afectos en la primera guerra civil, y ante la anarquía que devoraba a España, marchaban al campo carlista unos tras otros. Así sabíamos a diario la nueva fuga de íntimos, como el Marqués de Sofraga, Jaime Silva (el actual Duque de Lécera), el Marqués de Castrillo, que se iba a unir con su hermano el Marqués de Vallecerrato; Carlos Caro, que murió gloriosamente en Navarra; Pepe Villadarias, hijo de la Condesa de Casa Bayona, que se fué a batir al lado de su padre (Diego), etc. Esto sin duda facilitó nuestro intrincado viaje, para obtener algún salvoconducto, que nos sirvió para atravesar las líneas carlistas.

Salimos de Madrid para Zaragoza, mi tía, con sus hijos y yo, acompañados únicamente

del secretario de mi tío, D. José Zárate, y desde allí, en coche de mulas, en medio de infinitas peripecias, una de verdadero cuidado por la índole de algunas de las partidas carlistas, y otras cómicas, que a la edad que yo tenía eran para mi aliciente divertido. Llegamos a la frontera francesa, donde poco antes de pisar territorio extranjero nos detuvo un cabecilla de bastante mala catadura, cuyo nombre he olvidado, pero que se decía ayudante del general carlista Nuvilas y empeñado en quedarse con las mulas de nuestro equipaje (no sé si por las mulas o más bien por lo que llevaban), se disponía a dejarnos limpios a pesar de exhibir nuestro salvoconducto. Mi tía maltrató a aquel hombre, y no sé si porque realmente la actitud de autoridad de una señora le impuso, o porque ella amenazó con la queja a todos los personajes carlistas que conocía y por temor al castigo, de repente al nombrarle a D. Diego Villadarias, se entregó haciendo toda clase de protestas y no sólo nos dejó libre el paso, sino que además nos hizo escoltar, con gran satisfacción de D. José Zárate, que había temblado como un azogado.

Llegamos a Eaux Chaudes y a Olorón y de

El Duque de Sexto a caballo, en Algete.
(Traje nacional de faena de campo, 1874.)

allí a París en el ferrocarril; nos pareció un sueño.

Acababa de llegar a París la Reina Isabel, que con las Infantas, que había hecho un viaje, en que quiero recordar que había estado en Roma a visitar a Su Santidad a pedir su bendición y al mismo tiempo a contrarrestar un poco con este acto la política religiosa carlista que el clero español explotaba.

Se entregaron cartas de Cánovas a S. M. y se le refirieron, como es natural, todos los incidentes de la situación política española.

La Reina esperaba con ansia la vuelta de su hijo D. Alfonso del Colegio de Viena y a poco llegó S. A. acompañado por mi tío y Morphy.

Relatar la curiosidad del Príncipe por conocer todos los sucesos tan variados que habían ocurrido en España, es difícil; pero es curioso recordar las miles de preguntas sobre detalles y personas que habían intervenido en los asuntos de España, y sobre todo, la tristeza con que oía narrar el derrumbamiento de toda la riqueza de la Patria.

Encontré en S. A. una transformación física, no sólo de estatura, sino de algo marcadamente varonil, con su eterno aire de tranquilidad bondadosa y reflexiva.

Su obsesión constante era conocer a fondo la opinión de D. Antonio Cánovas, que sabido es era enemigo de todo pronunciamiento militar, y más en tiempo de guerra, y que esperaba la Restauración, legalmente, en el Parlamento.

Por entonces llegaron a París, con Tama mes, una a modo de comisión de nobleza española, que venía a ofrecerse a D. Alfonso. La mayoría, al mismo tiempo a conocer al Príncipe, y lo que es humano, a que los conocieran. Recuerdo entre ellos a Iñigo Villavieja (el Conde de Tendilla), el Conde de Villamanuel, el Conde de Carlet, Ricardo Puñonrostro, etc., y con el Conde Torres Cabrera, vinieron también el Conde de Foxa y Cruilles y el Marqués de Cáceres de Valencia.

Varios proyectos hubo aquel verano para las vacaciones del Príncipe, de los cuales me enteraba S. A. en nuestro deseo de pasar la temporada juntos; decidieron, por fin, la Reina venir unos días a Deauville a nuestra casa y dejar allí a D. Alfonso con mi tío y Morphy, para un viaje de instrucción y recreo antes de volver a Viena a continuar sus estudios.

Así se efectuó el programa de veraneo y después de un mes en la playa de Deauville

salimos para Londres, adonde nos esperaba Merry del Val, que nos tenía preparado alojamiento en el *Longs-hotel-Bond street.*

Al día siguiente Merry fué con mi tío acompañando al Príncipe a visitar al Arzobispo de Londres, Monseñor Manning. Visita que sin duda estaba preparada. Yo me quedé esperando, con Morphy.

La Torre de Londres, Museos, Acuarium y cuanto de más notable encierra la capital del Imperio británico, fué nuestra constante curiosidad en sucesivos días.

La visita de importancia fué a la Emperatriz Eugenia. Estaba en Chislehurts, donde murió el Emperador. Allí estaba con ella el Príncipe Imperial, por cierto, preparándose para entrar en el colegio de artillería de Woolwhcih.

Estaban también con la Emperatriz Carlos Alba (entonces Duque de Huéscar), padre del actual Duque de Alba, y su hermana Luisa, que casó dos años más tarde con el Duque de Medinaceli (su primera mujer).

Acompañaba a S. M. la Duquesa de Malakoff (1) española de origen, hija de Valera y Madame Lebreton.

---

(1) *Duquesa de Malakoff.* — Generalmente conocida por Sofía Paniega, era doña Sofía de Valera (hermana

Era la primera vez que D. Alfonso conocía a la Emperatriz y al Príncipe Imperial, pues como he dicho en el capítulo III de estas memorias, nunca vino conmigo y Carlos Morny a Tullerías, cuando cuatro años antes nos llevaban a jugar con el Príncipe Imperial.

Las antiguas y constantes relaciones de familia y de afecto entre los Condes de Montijo, y la de mi tío y la de mis padres en Granada, aparte del gran interés de la Emperatriz, tanto por conocer a S. A., como por la simpatía natural a su causa, dieron en seguida carácter de bondadosa intimidad a esta primera entrevista con el Príncipe que, al fin y al cabo, estaba en parecido caso al del Príncipe Imperial.

Volvimos al día siguiente convidados a almorzar y además de sus sobrinos Carlos y Luisa Alba, asistieron a la mesa la Mala-

---

de D. Juan, el insigne literato), hija de la Marquesa de la Paniega y de su segundo marido que era oficial de la Marina.

Amiga en su juventud de la Emperatriz Eugenia, conoció en el Palacio de las Tullerías al Mariscal Pellissier, Duque de Malakoff, y contrajo matrimonio con él apadrinada por los Emperadores. Tuvo doña Sofía Valera otra hermana, que casó con D. Alonso Mesía, Marqués de Caicedo, íntimo amigo de mi padre y pariente. Su hija doña Antonia es muy queri a actualmente de la sociedad de Madrid.

Caricatura autógrafa hecha por Don Alfonso XII.
(Representaba al Duque de Sexto, de Miliciano. Comandante del Escuadrón denominado del Aguardiente, 1873.)

koff, *madame* Le Breton y el Conde de Piettri.

En Londres, a la vuelta, nos esperaban noticias de París, que, sin duda, apresuraron nuestra vuelta.

Cánovas había llegado a París. A nuestra llegada nos esperaba en la estación Cánovas con Manzanedo, el Marqués de Vallejo, Elduayen y la servidumbre del palacio de Castilla.

Contóme S. A. las eternas intrigas y manejos de Marfori, alentados por los que llegaban de España al olor del éxito de la futura Restauración, que pretendía, nada menos, que la nulidad de la abdicación de la Reina Isabel.

D. Antonio Cánovas y mi padrino, vencieron aquella nueva tormenta de ambiciones en que, por cierto, hubo de intervenir, con éxito, hasta el Rey D. Francisco, y se preparó la vuelta de S. A. a Viena, último año que debía permanecer en el Colegio teresiano, pues ya se tenía decidido cambiar su educación por otra completamente militar, y aumentar, como así se hizo, al año siguiente, sus profesores con personalidades militares.

Nos despedimos. Partió el Príncipe de nuevo para Viena, siempre acompañado del Duque de Sexto y Morphy, y mi tío nos mandó a

Biarritz a esperarle para decidir el medio de volver a Madrid, adonde le llamaban.

Como detalle curioso publico adjunto un dibujo caricatura hecha por D. Alfonso aquel verano, en que traducía el Príncipe la broma constante que tenía entonces con mi tío, desde que supo que en Madrid mandaba un escuadrón de Milicianos. En la biblioteca del Real Palacio, en poder del Conde de las Navas, Bibliotecario de S. M., existe otra casi igual, hecha también de propia mano del Príncipe.

Después de corta temporada en el pueblecito de pescadores (Biarritz), entonces naciente, con casi un solo hotel que se llamaba *La Maison Rouge*, luego agrandado el Hotel Gardere, y hoy, El Grand Hotel, salimos toda la familia por Socoa y Santander para Madrid.

Llegamos en Noviembre, triste y lluvioso, y como el cielo, lo demás.

A mi modesta persona la destinaron a estudios de preparación para ingresar en una Academia Militar.

CAPITULO XI

Año de 1874.

Después de las fiestas de Pascua de Navidad en que se celebró en casa la Nochebuena, con la clásica Misa del *Gallo* y cena de familia y amigos, brindando por el advenimiento, que Dios permitiese, de D. Alfonso al Trono de Castilla, y después de respetuosos telegramas a S. A., amaneció el nuevo año de 1874, de feliz memoria.

Feliz edad. A los diez y seis años de la vida, el mundo es pequeño. Todas las mañanas iba yo a mi Academia, de un señor D. Eleuterio Buitrago, sita en la calle de Torija (la casa llamada de la Inquisición), donde hoy existe la comunidad de Reparadoras Adoratrices. Allí llegaba atravesando Madrid, envuelto en

mi primera capa, que era mi orgullo de estudiante. Una capa nueva, flamante, con que yo había soñado; y daba mis primeras clases de álgebra superior, etc., etc. A mediodía, a casa, a almorzar, y una clase, si acaso, por la tarde.

Hoy día, cuando paso por allí, de padre grave de la Patria, para ir a cumplir mis deberes de Senador, recuerdo con envidia los días aquellos de inconsciente indiferencia y constante alegría en medio de los acontecimientos más arduos para España.

Así empezó el 2 de Enero de aquel año en que las Cortes constituyentes reanudaron sus sesiones.

El general D. Manuel Pavía, nombrado por Castelar Capitán general de Madrid, a su vuelta de Andalucía, después de haber metido en cintura a aquellos desdichados cantonales, había rogado a Castelar que no abriese las Cortes, pues era evidente que se cernía de nuevo sobre el país otra coalición de izquierdas demagógicas, capitaneadas por Salmerón; pero Castelar que no quería, aparentemente, salirse de la legalidad, no quiso dejar de abrir el Parlamento, aunque le derrotasen.

No pensaba lo mismo el general Pavía (como

he dicho), y poniéndose al habla con Cánovas y otros jefes de partido (excepto el carlista), decidió, si era derrotado Castelar, disolver el Parlamento, antes de volver a la anarquía desenfrenada del verano anterior.

Al final de una sesión borrascosa, a las tres de la mañana del día 3, fué derrotado Castelar y fué elegido para formar otro poder ejecutivo Eduardo Palanca.

Aquella noche, que habíamos comido en casa del Marqués de Perales (calle de la Magdalena), al volver a casa por la calle de León y del Prado, a duras penas pudimos pasar por las cercanías del Congreso, unas veces por las turbas alborotadas y otras por grupos de militares que acabaron por rodear en absoluto al Congreso y por conminar de orden de Pavía, a los Diputados para que abandonasen la Cámara; y como no lo hicieran tan de prisa como se deseaba, mandó a una Compañía penetrar y disparar al aire en el pasillo central.

Uno de los fugitivos, el Marqués de Sardoal, vino a casa a los pocos momentos y de él mismo en persona tuvimos la noticia.

Convocó el general Pavía a todos los jefes de los partidos, formándose el siguiente Ministerio de conciliación en que Cánovas se

negó a entrar: Presidencia, Serrano, con Sagasta, Martos, Echegaray, Balaguer, García, Ruiz; Guerra, Zabala, y Marina, Topete. Suspendiendo al mismo tiempo las garantías constitucionales en toda España.

La guerra carlista aumentaba de día en día. Dueños de Portugalete sitiaron a Bilbao y llegaron a derrotar a Moriones en San Pedro Abanto (24 de Febrero).

El Duque de la Torre en persona, salió para Somorrostro, donde se verificaron los más sangrientos combates, llegando las bajas a ocho mil en el ejército liberal, a pesar de que los carlistas apenas tenían artillería. Allí cayeros heridos el General Loma y el General don Fernando Primo de Rivera, tío del actual General del mismo nombre, y allí murieron gloriosamente los dos mejores jefes carlistas, Ollo y Radica.

Entonces fué cuando el Marqués de Sardoal, yerno del General Concha, Marqués del Duero, vino a casa un día buscando un caballo en condiciones para el General, su suegro, y como he contado en uno de mis capítulos anteriores, me utilizaron para foguear uno de los caballos que llevó al Norte, adonde después del combate de las Muñecas, que libertó

a Bilbao, fué nombrado jefe del Ejército, y en Monte Jurra murió de un balazo, estando montado en su caballo, desastre que volvió a alentar al carlismo.

La herida gravísima y enfermedad del General D. Fernando Primo de Rivera, estrechó más la amistad de mi tía con su mujer, la que más tarde fué Marquesa de Estella. Desde aquellos sucesos vimos mucho más a menudo a dicha señora en nuestra casa. Simpática en extremo, alfonsina entusiasta, venía con sus hijas a la tertulia y a todos nos interesaba a diario la salud del General, hasta que restablecido ocupó el puesto de Capitán general de Madrid, puesto que desempeñó hasta la proclamación de D. Alfonso.

Por esa época llegó a Madrid desde Barcelona el Conde de Foxá, acompañado del Marqués de Cáceres, que traían una extensa combinación urdida de acuerdo con el General Caballero de Rodas; asegurando, que de acuerdo con el General Gaminde, Capitán general de Cataluña, podrían seguir el pronunciamiento de la guarnición de Barcelona, y Cáceres, aseguraba que Valencia seguiría el movimiento alfonsino. El General Caballero de Rodas había quedado escondido en un barco mer-

cante en la bahía de Barcelona, arreglando los últimos detalles con los brigadieres Freixas y Chacón y esperando la vuelta de Foxá.

Después de entrevistas con Cánovas y otros, el problema quedaba reducido a cuestión de dinero en cantidad no despreciable que hacía falta. D. Antonio Cánovas, como he dicho en anteriores ocasiones, era partidario opuesto a la acción militar, porque su deseo y convencimiento era una proclamación legal en Cortes.

Al cabo de no pocos apuros se pudo reunir la mitad o algo más de los cincuenta mil duros pedidos, para los que me consta que ayudaran Manzanedo y Marqués de la Torrecilla; saliendo el Conde de Foxá para Barcelona, donde todo fracasó, primero, porque no se había contado con el segundo cabo, que era el General Andía, y además, porque la noche en que estaba convenido que Caballero de Rodas debía sacar las tropas del cuartel de Atarazanas, tuvo éste la desgracia de caerse desde la cubierta a la bodega del buque donde estaba escondido y sólo se presentó a los oficiales de dicho cuartel su ayudante el capitán Garriga de los Heros, que no tuvo la autoridad suficiente para el caso.

El Marqués de Cáceres salió para Valencia con Valmaseda; pero, es natural, que dado el fracaso de Barcelona nada pudiesen conseguir.

Como detalle curioso, de la cantidad total que hubo de reunir mi tío, con el afán y premura que exigían las circunstancias le oí decir a mi tía que en caso necesario vendiese un collar suyo, cosa que no hizo falta, pues siempre hubo crédito suficiente en la casa de nuestros banqueros Urquijo, llegando como he dicho anteriormente, a deberles la enorme suma de catorce millones de reales, que mi tío les pagó cuando vendió su casa-palacio de la calle de Alcalá.

Por aquellos días también oí hablar con este mismo motivo de las grandes cantidades necesarias, asimismo para mandarlas a París.

Supe entonces que la Reina Isabel en su natural impaciencia, había escrito una carta acudiendo al General Espartero para que ayudase con su gran autoridad.

Era tal la opinión pública alfonsina, que sin recato las señoras en todas partes y constantemente, lucían la flor de lis y la A, y en realidad Madrid se dividía en dos bandos, siendo el contrario el de la tertulia de la Duquesa de la Torre, mujer y señora de alta

cachupinería y que con la presidencia del Duque, su marido, y sobre todo, con la Regencia había llegado a tomar en serio su papel de semirreina y mandaba y ordenaba casi como soberana , sobre todo en aquel momento en que el General Serrano asumía todo el poder. Ella disponía de destinos. Ella mandó al General Laserna, que sustituyó a Zabala en el Norte, y que por cierto, consiguió hacer levantar a los carlistas el sitio de Irún, y ella se opuso siempre a que tuviese mando el General Vega Inclán (por notorio alfonsino), que había sido el alma y jefe de Estado mayor del Marqués del Duero y que salvó la retirada del ejército después de su muerte.

Como anécdota curiosa, había llegado a tal extremo esta división de bandos, que hasta en las servidumbres se notaba. Se daba el caso hasta de riñas y algaradas en la calle de Alcalá, adonde vivía la Duquesa de la Torre, en la misma acera, poco más arriba de nuestra casa (la Presidencia), en las noches en que por efecto de la aglomeración de coches de ambas tertulias se insultaban y armaban jarana los cocheros y lacayos, llegando el caso de tener que intervenir la policía.

Otro hecho curioso, para dar idea de estas

frondas, es el que presencié en la Plaza de Toros con ocasión de una corrida de Beneficencia. El Marqués de Sardoal, Alcalde de Madrid en aquel momento, había pedido moñas a sus amigas, parientas y personas principales de la villa. Entre ellas las Marquesas de Alcañices, Torrecilla, Castelar, Condesas de Heredia Spínola, Puñonrostro, Duquesa de San Lucar y también dieron moñas la Duquesa de la Torre y la Buchental.

Sol, mantillas, ocho toros de Saltillo, en el momento de la mayor competencia y auge de *Frascuelo* y *Lagartijo*.

Se había estrenado ya la nueva Plaza de Toros actual. Nuestro palco, con la familia del Duque de Alba, era el último al lado de la Presidencia.

Al pasear las moñas regaladas por las señoras, como es costumbre, por entre barreras, el público miraba a las damas donantes y aplaudía, recibiendo mi tía, entre otras, una simpática ovación con no pocos vivas, sin recato, a D. Alfonso.

Al salir la moña de la Duquesa de la Torre, hicieron también ovación amigos y afines; pero no faltó alguno que por espíritu de *fronda* silbó. Vinieron las protestas y contraprotestas

a tal extremo, que en el tendido diez y en el siguiente, número nueve, se armó una zambra de palos que obligó a intervenir hasta a la Guardia civil.

Excuso hacer comentarios.

Al mismo tiempo, llegaban tristes y fatales noticias de Cuba en que los filibusteros, después de la famosa cuestión de *Virginius*, crecían como la espuma ayudados por Norteamérica.

Yo, modestamente, seguía mis clases en mi academia de preparación, para entrar en un colegio militar, como así se verá al año siguiente, y por una coincidencia tuve la curiosidad de conocer entonces a uno de los tribunos más notables que ha tenido las Cortes españolas. D. Cristino Martos, padre de mis buenos amigos de toda la vida, Cristino, Emilio y Jacinto.

Tenía yo de compañero en mi misma clase a Perico Casa-Córdoba, y ligados ambos en particular amistad, algún que otro día al salir de clase solía él venir al picadero de que ya he hablado, en nuestra casa, o alguna vez le acompañaba yo a la suya, calle de la Libertad, número 13, donde vivía él con su hermana, esposa de Clavijo. Una tarde al entrar con mi

amigo, estaba de visita un señor de edad ya respetable, cabeza en extremo inteligente, afeitado, pelo rizado, fuerte de aspecto, elegante en el vestir, que con aire de autoridad y mirándome, preguntó: «¿Quién es este pollo?» Le contestaron: «Julio Benalúa, sobrino y ahijado de Alcañices que, como no tiene hijos, le quiere como si lo fuese.» Y dirigiéndose a mí me dijo: «¿Pollo, usted será alfonsino?» «¡Claro, —le contesté—: como todas las personas decentes!» Quedóse mirando mi desenfado y díjome con retintín: «Pues dígale usted a su tío, que ya me conoce, que usted ha conocido esta tarde a D. Cristino Martos.» Quedéme de una pieza y los circunstantes me salvaron del apuro echándolo a broma. Comprendí más tarde la intimidad de Martos en aquella casa.

En este año de 1874 se instituyó e inauguró el club denominado «Veloz Club». Tomó su nombre de la afición al velocípedo, naciente deporte de los dos años anteriores. Sociedad que se instaló en la plaza de las Cortes, enfrente de casa de Medinaceli y de la que fué elegido por aclamación Presidente mi tío-padrino.

La mayoría tenían velocípedo, que ejercitaban en la acera de Medinaceli, bajando al

Prado, donde aprendieron la nueva afición. Era Vicepresidente el Duque de Alba (James), abuelo del actual, y entre los primeros cincuenta socios, citaré algunos que todavía viven, como el Conde de Esteban Collantes, Gerardo Láncara, Perico Perales y el Duque de Hijar. Eran socios la inmensa mayoría de los amigos de la tertulia de casa. Así recuerdo a todos los Rivas, Perico, Marqués de Viluma, Leopoldo Ortega (hijo de aquel general Ortega, fusilado cuando el pronunciamiento de San Carlos de la Rápita), a todos los Romana, a D. José Rivero (tipo notable, ampuloso, que el público de Madrid dió en llamar *El Marqués del Bacalao*). Los Carlet, Tonico Castella, Carlos Romré, Los Castelví, Jacobo Pezuela, hijo del general (figura de hombre fuerte y elegante), que rivalizaba con Hortensio Tamayo y el atlético Manolo Urzáiz, en toda clase de calaveradas (Manolo Urzáiz fué el que en una visita a la respetable Condesa de Puñonrostro, al enseñarle su pájaro favorito y alabarlo con la frase «es de comérselo», se lo tragó de un bocado, con gran escándalo, gritos y denuestos de la señora, que le puso de patitas en la calle). Hortensio doblaba un duro con los dedos, y Jacobo era tirador de armas sobresaliente.

Pepe Tamames y Luis Medinaceli, padre del actual Duque, que los recuerdo vestidos de soldado de la quinta obligatoria de Castelar. Villamanuel, Giraldeli, Manolo Mariátegui (Conde de San Bernardo), que tenía siempre los más bonitos caballos. Perico Samaniego (de mote *Papelito*, por su figura finita y atildada, pero hombre de extraordinario corazón y bravo), Santiago Lirio, que iba y venía a la facción como *sport*. Rafael Imaz, Marqués de Saavedra (llamábanle sus amigos *Mil hombres*, por lo pequeño y luego, en París, *Le petit Marquis*). Paco Durán y Juanito Ortega, ahijados del Duque de Alba, que siempre acompañaban a su hijo Carlos, Duque de Huéscar. El graciosísimo hombre de ingenio Perico, Marqués de Casafuerte, y su hermano el Conde de Xiquena, Duque de Bivona, padre del actual, gran amigo de mis tíos, hombre también genial y bravo que me causó siempre admiración, no sólo por la simpatía y atractivo de su persona y talento natural, sino por sus repetidos rasgos de ingenio, en que lo mismo se jugaba la piel en un desafío que pronunciaba un discurso. (Contaban de él sus amigos que en una ocasión que le habían regalado unos sencillos botones que estaban entonces muy de moda

para los gabanes de guiar, se encargó a Londres el clásico gabán y de resultas, un *mail-coach*, con los cuatro caballos correspondientes). Este y el Marqués de Guadalest estaban casados con dos hijas del general Marqués de la Habana, siendo la Condesa de Xiquena una de las bellezas que más llamaron la atención de la época. Por entonces nació su hija Silvia, actual Duquesa de Fernán-Núñez.

Pepito Armero, uno de las criaturas de más gracia natural que he conocido, hermano de la hoy Duquesa de Ahumada, entonces Vizcondesa de Torre de Luzón, que tampoco le ha ido en zaga en ingenio y gracia. Pepe Cotoner, hijo del general, respetable figura, íntimo y querido de todos, lleno de cicatrices, con el paladar de plata y una pierna que tan pronto le servía de apoyo, como se le doblaba al revés por la choquezuela.

Iñigo, Conde de Tendilla, siempre afónico y de rápidas ocurrencias satíricas. El Marqués de Santiago, aquel que le valió tres desafíos presentar a unos amigos de su regimiento en casa de sus hermanas, como si fuese en casa de su querida y amigas.

Perico, Duque de Ahumada, el aficionado chalán, caballista, que con su hermano Ja-

vier, eran mimados de la suerte femenina, y Pepe Argaiz, cazador y tirador que disputaba con el Marqués de Heredia la palma de las salas de armas de Madrid.

El Marqués de Vinent, el Marqués de Hoyos, el Duque de Bailén (Eduardo), sobrino del famoso de la guerra de la Independencia. El Marqués de la Laguna, cuya ganadería competía con Veragua y las mejores andaluzas. Camposagrado, *Pepón*, el hombre más alegre y más simpático de la tierra, aquel que cuando más tarde, en tiempo de la Restauración le mandó el Rey a Rusia de embajador, agotaba su hacienda y la de su familia, haciendo honor a España y en ocasión de mandar un magnífico retrato lleno de pieles y fausto, un hermano suyo mandóse hacer un retrato desnudo, y como Pepón le ponía al pie del retrato su dedicatoria, diciendo: «Para que veas como andamos por aquí», su hermano escribió al pie de su efigie desnuda: «Para que veas como nos has dejado por aquí».

De algunos otros es difícil a tantos recordar.

Excusado es decir el carácter absolutamente alfonsino de aquel Veloz Club, que empezó en la intimidad y que luego ha sido en la calle de Alcalá el Círculo más renombrado de

Madrid, como veremos en el siguiente tomo de mis memorias durante el reinado de D. Alfonso XII.

En el único salón principal que entonces existía en dicho Club en la Plaza de las Cortes, pusieron los socios en sitio preferente el retrato de Don Alfonso, primero que vino a Madrid con el uniforme de cadete del Ejército español.

Tengo el gusto de publicar adjunto este retrato que conservo y recordar el entusiasmo de una cena que tuvo lugar la noche que se colocó allí, y aunque yo no podía ser socio efectivo por mi corta edad de polluelo, en cambio andaba siempre al retortero por mi precoz habilidad en el manejo del velocípedo y aunque mi tío no me permitió asistir más tarde a la cena, Pepe Tamames y otros mayores que yo me hicieron beber a primera hora una copa de Jerez por la salud del Príncipe Nuestro Señor.

Data también de aquel momento y de aquel Club la formación de la sociedad que todavía existe hoy y que yo mismo ahora presido por razón de viejo, con verdadera pena por haber visto desaparecer a tantos amigos míos: Sociedad que se formó para tener palcos en los

tres únicos teatros que había en Madrid: Real, Zarzuela y Español y además en el Teatro Apolo, que se acababa de construir, pero donde las señoras rehuían el asistir por haber sido el Convento de la Merced.

Y ya que de teatros hablo, quiero recordar que aquel invierno estuvo en el Teatro Real Tamberlick, con la Marie Sax y Nicolini, con quien casó por segunda vez la Patti.

Como he contado en el capítulo anterior que yo había conocido a Tamberlick, aproveché la ocasión para dármelas de hombrecito y hacerle una visita, que más que por el interés que me pudiera inspirar el cantante, era el afán y curiosidad que me inspiraba el entrar por primera vez en un escenario. Ibamos juntos otros dos caballeretes de mi importancia y yo (Eugenio y mi tocayo Julio de la Escosura).

Dos teatrillos existían a la sazón también en Madrid, el uno sin importancia, en un patio que se llamaba el Salón de Capellanes, adonde mismo está hoy el Teatro Cómico, y adonde en mis correrías estudiantiles vi bailar en aquel patio y sobre un sencillo tablado por primera vez el *Can-Can*, figurando que el protagonista era el Padre Claret y la bailarina Sor Patrocinio (esta era la bailarina Matilde Ros).

El otro teatro pequeño fué la madre del género chico en que tanto ingenio y talento han derrochado nuestros autores y en que tan popular en el mundo entero se ha hecho la música española. Este teatro se llamaba el Teatro Variedades y estaba situado en la calle de la Magdalena, en la acera de los pares, al final, cerca de la plaza de Antón Martín. Allí actuaban entonces los actores Luján y Valles, y estoy viendo representar *Los Pavos Reales*.

Así empezó el teatro por horas.

Mi afición al circo me hacía ir a menudo al de Price, que estaba en Recoletos entre las que hoy son calles del Almirante y Bárbara de Braganza y adonde mi tía siguió aprovechando mi compañía de amigos gimnastas y dió aquel año una función de Caridad a beneficio de los pobres de nuestra Parroquia de San Sebastián y de la Parroquia de San José. También tengo el gusto de publicar adjunto el programa en seda de aquella función en que recogió buena cantidad para enjugar lágrimas.

CIRCO DE PRICE

(RECOLETOS)

Representación extraordinaria el 15 de Mayo

Primer retrato de S. A. el Príncipe Don Alfonso. (Repartido en Madrid en 1873 y 1874, con el uniforme de Cadete del Ejército Español.

próximo, a beneficio de los pobres de la parroquia de San José, y de la parroquia de San Sebastián, bajo el amparo de las Excmas. Señoras Marquesa de Alcañices y Condesa de Heredia Spínola.

PROGRAMA

Director: Il Signore Giuseppe Castriglio.

Primera parte.

Sinfonía.—1.º Presentación de la compañía *Benalúa*.—2.º Juegos malabares por el notable diplomático (*Finoty*) (D. Pedro Agar).—3.º El mono y el perro sabio, presentados por D. Antonio Soriano.—4.º *Tonino* y *Pepino* (clowns), D. F. Soriano y Marqués de Castrillo.—5.º Caballo alta escuela Baucher (Marqués de Bogaraya).—6.º Volteo y trabajo en *paneau* por Julio y su hermana Jullieta Benalufi.

DESCANSO

Segunda parte.

1.º El alambre maravilloso, por Eugenio (E. de la Escosura).—2.º Equilibrista en el trapecio, por *Piti* y *Pita* (D. P. Corredor y J. Gardiner).— 3.º Presentación de los dos mágicos caballos en libertad (Marqués de Bogaraya).—4.º Los tres trapecios. Trabajo

ejecutado por Julio y Eugenio, copia exacta de *Leotard*, con red.—5.º Batuda general de toda la compañía. Trampolín.

Nota.—Las localidades estarán a disposición del público en Contaduría y en las oficinas del Excmo. Sr. Marqués de Alcañices, calle Alcalá, 74.

En la Zarzuela recuerdo una obra que se llamaba *Sueños de oro*, y unos tenores que se llamaban Mannini.

En el Español he conocido entonces a Teodora Lamadrid (1) y Matilde Diez y algo más tarde a la Boldún, y de actores en pleno furor del teatro de Echegaray, cuya primera obra que vi fué *En el puño de la espada*. Vico, Ricardo Calvo y no olvido a Mariano Fernández en *Los Polvos de la Madre Celestina*.

(1) *Teodora Lamadrid.*—Inauguró el Teatro Español en tiempo del Conde de San Luis en compañía del famoso actor Arjona, artista que murió en 1875 y que había empezado su carrera a la edad de dieciocho años en Granada hacia el año 1840. Tanto Joaquín Arjona como Teodora Lamadrid fueron notabilísimos actores que llenaron el teatro Español con la actriz Matilde Díez que murió a fines del siglo XIX.

Eran dos los hermanos Romea, Julián y Florencio. El más notable actor dramático fué el primero que casó con Matilde Díez.

De Florencio fué hijo el Julián Romea que hemos conocido, que ha muerto hace pocos años, padre del actual actor.

La primera noche que fuí al Teatro Español con mi familia se representaba el *Don Francisco de Quevedo*, de D. Eulogio Florentino Sanz.

Las obras que más me impresionaron en mi juventud fueron *El Alcalde de Zalamea*, de Calderón, hecho por Vico y *Traidor, inconfeso y Mártir*, representado por Calvo, de nuestro insigne poeta Zorrilla.

De toreros, ya he dicho antes que era la época aquel año de mayor competencia entre los partidarios de *Lagartijo* y *Frascuelo* «el Negro», el torero que he conocido con el palo de muleta más pequeño. Su manía era que no había de llegar a una cuarta de largo. Así recibía los toros. También recibía *Cara Ancha* (entonces su alternativa). El torero más alegre en suertes era el *Currito*, Hijo de Cúchares y que solía venir con *Frascuelo* a casa o a los herraderos; sus alegrías en la Plaza eran las banderillas en silla, el salto de la garrocha y fué el primero a quien yo he visto dar el quiebro de rodillas con el capote, y en banderillas con los tobillos atados con un pañuelo.

También recuerdo dos años antes en la Plaza Vieja (al lado de la Puerta de Alcalá), a Cayetano Sanz y a Domínguez, que nunca

mató un toro sin recibirlo. Y otro recuerdo que tengo grabado es haber visto entre barreras, en la misma plaza vieja, al *Tato*, con su pata de palo en una corrida que creo era a beneficio suyo. (Mataba Cayetano Sanz).

Eran también matadores entonces (1874) *Bocanegra* y *Chicorro*, que empezaba.

Vi morir a *Pepete* en la plaza.

Mi ilusión era poder ir a barrera, lo que conseguí fácilmente más tarde comprando el talón de la barrera tendido 1, número 10, que todavía conservo, al lado de Alba y Torrecilla.

Así en los toros como en teatros se proclamaba abiertamente la simpatía por D. Alfonso.

No puedo dejar pasar sin mencionar la otra sociedad más madrileña y popular de todas las que han existido; me refiero al Casino, que ya el año 74 estaba a la cabeza de todas.

¿Quién me hubiera dicho a mí entonces que andando los años iba yo a presidirla hoy?

Fundóse el año de gracia de 1837, de resultas de una tertulia que tenían la gente elegante y de letras unas veces en el café que llamaban el *Parnasillo* y otras en el café denominado *El Solito*, situados en la calle del Príncipe (Casino del Príncipe).

Su primera instalación fué en la calle de la Visitación, esquina a la del Príncipe, y luego fué a parar a la misma calle del Príncipe, donde hoy existe el Teatro de la Comedia.

Aun yo mismo he conocido muchos de sus primeros Socios fundadores. Entre los que recuerdo a D. Miguel de los Santos Alvarez (uno de los literatos más amenos a pesar de sus años y cuyas mil ocurrencias eran mi atractivo).

El mismo D. Antonio Cánovas del Castillo. El Duque de Osuna (Mariano), que fué uno de los primeros presidentes con el Conde de Cumbres Altas, Caballerizo mayor de Isabel II, y con el Conde de Montijo, padre de la Emperatriz Eugenia.

El Marqués de Salamanca, que lo presentó Miraflores recién llegado de Málaga y que llegó en su estrella y talento a ocupar una de las primeras posiciones de Fortuna y social, que inspiraba simpatía irresistible.

Puñonrostro, Perales, Cerralbo, Calderón Collantes (padre del actual), Marqués de Molins, y hasta el mismo general Prim cuyas conspiraciones no dejaron muchas veces de tener lugar en aquella casa.

Pocos años antes de la Revolución del

1868 se mudó el Casino a la Carrera de San Jerónimo, número 29, encima del café de la Iberia, antiguo palacio señorial del Marqués de Santiago.

En ese sitio conocí el Casino, denominado ya entonces de Madrid, en la esquina de lo que era la calle de Sevilla, que se llamó calle de los Bodegones, y que llegaba por la espalda al callejón de Gitanos (actual calle de Arlabán), por adonde pudo escapar Echegaray la noche del 3 de Enero, perseguido por las turbas.

También recuerdo socios de entonces a aquel grave general Mendinueta, tío-abuelo del actual Conde de la Cimera, decano, y al conde de Bañuelos, ocupando el vice-decanato de la Sociedad. Mi tío Castroterreño, que había sido padrino de boda de Doña Isabel II; don Pascual Gayangos, recién llegado de Inglaterra, donde había adquirido fama y renombre de docto orientalista; al heroico soldado general Cotoner, de quien ya he hablado. Era socio también el Duque de la Torre, y el político andaluz José Luis Albareda, hombre de la revolución, pero que conservaba estrecha amistad con mi familia, y que por su gracejo y afecto fué gran amigo mío posteriormente.

Era uno de los que formaban en aquella

casa el famoso *coro de ángeles*, que siempre ha subsistido.

Contábanse de él muchas anécdotas ingeniosas y recuerdo que preguntándole una dama con acento de reproche: «¿Es verdad, Pepe Luis, que en el Casino habláis mal de nosotras?» «—Hablamos mal, pero estate tranquila porque a nadie se calumnia.»

También fueron del *coro* D. Felipe Picón, padre de Octavio; Ferrer del Río, gran talento crítico, Rascón, Mazo (diplomáticos). Hoy la muerte ha hecho callar al *coro*.

Esta amalgama que he descrito hacía ya en aquella época el ambiente del Casino, de un carácter absolutamente neutral, abierto a todas las ideas. La cortesía templa el ardor de las discusiones y esta manera de ser es la que siempre dió al Casino la independencia más grande que ha tenido sociedad ninguna y que todavía subsiste hoy que, como he dicho, tengo el honor de presidir.

No quiero dejar pasar tampoco sin recordar los trabajos a favor de nuestra Causa del Conde de Torres Cabrera, en Córdoba y de D. Pablo Díez Jiménez, en Granada.

Llegó a Madrid la noticia del cólera declarado en Viena, que obligó a mi padrino a salir in-

mediatamente por Barcelona y sin pasar por París donde le esperaba la Reina Isabel, llegó a tiempo para sacar a Su Alteza antes del período de mayor desarrollo de la terrible epidemia.

Recibióse un telegrama y por Santander y Socoa volvimos a París toda la familia; por cierto, que la travesía que hicimos en el golfo de Vizcaya fué malísima y empeorada por el dichoso barquito, que se llamaba *Los dos amigos*, de bien poco tonelaje y que más bien que de pasajeros era barco mercante.

Nos acompañó en ese viaje Escobar (padre del actual Marqués de Valdeiglesias), que llevaba cartas para la Reina Isabel y para el Príncipe D. Alfonso, encargo urgente que le había dado D. Antonio Cánovas del Castillo, así como también otra carta para mi tío, en que aparte de la marcha política del momento recomendaba muy mucho completar la educación militar de Su Alteza, pues los acontecimientos aceleraban la probabilidad de una próxima proclamación.

CAPITULO XII

Verano de (1874).

Planteado el problema de la educación militar de D. Alfonso, conocía yo por el mismo Príncipe la serie de alternativas y luchas de su madre la Reina, siempre asesorada por Marfori, que rehuía todo aquello que aumentase la separación necesaria. Así se pasó en París el mes de Julio sin decir si la educación militar de Su Alteza habría de verificarse en Inglaterra, o en Bélgica o en Alemania.

Se hicieron exploraciones ante los diferentes Gobiernos para conocer si sería recibido con agrado el Príncipe en aquellos países.

La primera contestación que se recibió de *Placet*, y sin reservas, fué de Inglaterra, en cuya gestión intervino Merry del Val, D. Ra-

fael, padre del Cardenal y del actual Embajador en Londres.

Se decidió un viaje preliminar de instrucción y recreo, y también se decidió la nueva organización de los profesores militares de S. A., para lo que fueron designados el Conde de Mirasol, de artillería, y Don Juan Velasco, también erudito, jefe de Estado mayor, habiendo discusiones si se conservaría a Morphy, de quien el Príncipe no quiso separarse y se transigió la cuestión, resolviendo que Morphy iría después de las vacaciones de Nochebuena, a reunirse con S. A.

Todo esto cambió el plan de verano en que D. Alfonso traía la ilusión de pasar nuestras felices temporadas en nuestra casa de la playa de Deauville y aquí mis apuros por saber si yo sería elegido para acompañar a S. A., por lo menos en el viaje de verano y no fué poco mi contento y alegría cuando me anunció Su Alteza que había conseguido mi compañía; pero que en cambio, en lugar de Morphy, vendrían sus nuevos profesores, D. Juan Velasco (el que más tarde fué Marqués de Villa Antonia) y Mirasol.

Así pues, salimos de París en los primeros días de Agosto el Príncipe D. Alfonso acompa-

ñado del Duque de Sexto, sus dos profesores, el Conde de Mirasol y Velasco. Y además, mi insignificante persona, que se conoce concedieron para que el Príncipe tuviera solaz y distracción de su edad.

El proyecto era ir a Bruselas, pero necesitaba mi tío aclarar con Merry del Val algún detalle, y haciendo la travesía por Boulogne y Fockstone, en cuyo muelle del puerto nos esperaba Merry, llegamos a Londres a un hotel que si mi memoria no me es infiel llamábase *Brown's Hotel* en *Dovers Street*, cerca de Picadilly y por instigación de Merry, lo primero que se hizo en Londres fué repetir la misma visita del año anterior al Arzobispo católico Monseñor Manning.

Al día siguiente, sin duda porque era domingo, recuerdo que oímos misa en la capilla española de *Farms Street*. El Conde de Torre-Díaz visitó a S. A. y le convidó a un paseo sobre el Támesis, por cierto, en un vaporcito que con gran júbilo nuestro enarbolaba la bandera española y así bajamos en curso del río hasta unos astilleros en que el dueño o gerente estuvo muy amable.

Otro día visitó S. A. el campamento de Aldershot con sus nuevos profesores milita-

res, adonde contaron que habían visto maniobrar admirables regimientos de Caballería, y que un señor, Comandante General Grant, y la oficialidad, estuvieron tan amables que los convidaron a comer en el Mess.

Otro día, también invitado el Príncipe por el Almirante, visitó la escuadra en Porstmouths, donde tuvieron toda clase de atenciones con Don Alfonso, a pesar del incógnito que se guardaba, hasta el extremo de tener demostraciones que sólo se guardan a un soberano. Mi tío y yo fuimos a ver a la Emperatriz a Chirlhurst para preparar la visita del día siguiente antes de salir para Bruselas. Se efectuó la visita con gran cariño por parte de la Emperatriz Eugenia y del Príncipe Imperial, que ya vestía el uniforme del Colegio de Artillería de Woolwich. La Emperatriz, siempre acompañada de la Duquesa de Malakoff y Madame Lebreton, quiso venir a pie con nosotros hasta la estación adonde se despidió de D. Alfonso, diciéndole que bien pronto el esperaba de nuevo, pues sabía de buen origen que Inglaterra le recibiría con todos los honores que se merecía: y al mismo tiempo el Príncipe Imperial, dándole un abrazo, como si fueran hermanos, le dijo que lo único

que sentía era que el Gobierno inglés había manifestado el deseo de que los dos Príncipes no estuvieran en el mismo colegio militar.

Uno de los días anteriores vino a visitar a S. A. el banquero D. J. Osma, Marqués de la Puente, que estaba pasando el verano en Brighton.

Hicimos el viaje a Bruselas por Dover; por cierto encontramos en el camino a Fernando, Marqués de Povar, padre del actual Duque de Arión.

En Bruselas vivimos en el *Hotel Bellevue*, y se recibió con sorpresa al llegar una invitación del Rey Leopoldo, convidando a S. A. a almozar en Ostende, adonde se hallaba el Rey veraneando. Fué el Príncipe sólo con el Duque de Sexto, y volvieron encantados del recibimiento y atenciones y además acompañados de un ayudante del Rey.

Me refirió el Príncipe que el Rey Leopoldo le había manifestado deseo de que siguiese sus estudios en Bélgica.

De Bruselas salimos para Berlín, adonde creo que vivimos en el Hotel Royal. El Conde de Mirasol y mi tío visitaron al ministro de la Guerra, que con suma atención puso a las órdenes de S. A. un distinguido Coronel, cuyo

nombre no recuerdo, y que tenía por misión la de facilitar y acompañarle en toda visita a cuarteles y monumentos, como así lo efectuó durante los cuatro días que permanecimos en Berlín. También sospecho yo que tendría el encargo de Bismark de estudiar el carácter y condiciones de nuestro futuro Rey.

De Berlín fuimos a Munich, adonde el Príncipe Adalberto recibió en Ninphenbenburg con extraordinario agasajo a Don Alfonso. Visitamos museos, etc., halagados hasta con el detalle de ir en los coches de la casa Real de Baviera, recorriendo aquellos pintorescos Palacios, lagos, etc., etc., con toda clase de atenciones y respetos.

En Colonia recibimos las mismas demostraciones, haciendo el viaje por el Rhin a Essen, donde se visitó la maravillosa industria de Krupp. En todos estos momentos observaba yo la gran transformación de nuestro Príncipe que me admiraba a mi tanto más cuanto que teníamos la misma edad y mi carácter de irreflexiva alegría se encontraba siempre con su reflexivo talento y no digo esto porque la pasión y mi cariño me pudieran cegar, pues ya llamaba la atención de todos su clarísima comprensión.

Llegamos a París a mediados de Septiembre y en la estación nos esperaban S. M. la Reina con SS. AA. las Infantas, acompañadas por D. Antonio Cánovas del Castillo, que había llegado a París hacía muy pocos días con el Marqués de Vallejo y el Marqués de Corvera, que vinieron con él desde Bayona.

Estuvo en París solamente unos ocho días S. A., en que Cánovas y mi padrino acabaron de convencer a la Reina del acuerdo de ingreso de Don Alfonso en el colegio militar de Sandhurst, en Inglaterra, y entonces me despedí de aquel Príncipe con quien había vivido tan hermanado y que yo no había de volver a ver hasta que ya fuese rey. Mi Rey y mi Señor.

Su vida en el colegio militar de Sandhurst (regido entonces por el general Camerón), al lado del pueblo de Yorktown, acompañado por el Conde de Mirasol y Velasco y durante el primer mes por mi tío el Duque de Sexto, es curiosa para el lector y voy a tratar de recoger todos los datos que tengo y detalles que he sabido incluso por su propia persona.

A tres kilómetros de la estación de *Farmboro* sobre el *South Western Railway* en el parque, lindando con la pequeña población de York-

town, se instaló á S. A., en un pequeño *cottage*, que era uña de las casas destinadas a los profesores oficiales del colegio militar de *Sandhurst*.

Dos únicos fieles servidores quedaron a su lado: Ceferino y Francisco, una cocinera y una *house keeper*. En el piso principal, el cuarto de dormir de Su Alteza y su salón de estudio. En el bajo, un comedor y un saloncito de recibo.

Siempre de uniforme, desde las siete de la mañana, ingresaba en su compañía a las órdenes del veterano sargento Mackintosh. Instrucción y ejercicio desde el de recluta, alternando en los diferentes días de semana con picadero, esgrima, etc., seguía sus estudios teóricos y prácticos.

Al volver mi tutor a Madrid venía muy contento, porque nos refirió que por fin había conseguido que D. Ramón Cabrera, el alma y prestigio del carlismo, visitase al Príncipe, y que el reconocimiento era un hecho, suceso que sería grave golpe para la Causa de D. Carlos (como así sucedió más tarde).

He oído referir que el general gobernador de la Escuela militar de Sandhurst, Sir. D. Cameron, que tenía ya muy cumplidos los setenta años, se acababa de casar, cuando D. Alfonso ingresó en el Colegio, con una muchacha de

diez y siete años y medio. Y que, en cambio, el segundo jefe, coronel Middleton, hombre muy joven, elegante y de extremada prestancia, se había casado con un carcamal que le triplicaba de edad, siendo ambas parejas felicísimas.

El jefe de clase más inmediato de S. A. era el distinguido coronel Sir H. Hamley.

Atenciones y respetos constantes se le tributaron por Inglaterra, durante todo el tiempo de su estancia en aquel país, y hasta S. A. el Duque de Cambridge tuvo como jefe del Ejército inglés, actos de marcado respeto que como he dicho no se tienen más que con los soberanos. Es indiscutible que la Diplomacia británica estaba bien enterada de la situación en España; pero también es cierto que el privilegiado talento del Príncipe se imponía y su atractivo personal era aún arma más poderosa para conseguir esos respetos.

Sus compañeros de escuela le adoraban y consiguieron que todos los martes y algún día más en semana, sobre todo los días de cacerías, abandonase el Príncipe su *cottage* para comer con ellos en la mesa general.

Su mayor atracción era su bondad. Sobre todo y más que nada era su constante tranquilidad e igualdad de carácter.

En Sandhurst conoció D. Alfonso al Príncipe de Gales (luego el Rey Eduardo VII), que le convidó a cazar, mandándole a su ayudante Lord Spencer a buscarle. De aquel momento nació su futura liga con el Rey Eduardo, que luego fué siempre útil a España y que andando el tiempo consolidó el gran afecto que éste profesaba siempre a nuestro actual Rey Don Alfonso XIII.

Allí le sorprendía algunas veces la Emperatriz Eugenia con bondad maternal, visitándole y aconsejándole.

Allí dirigió a los Españoles el día 28 de Noviembre el manifiesto, del que daré detalles a su tiempo y que entregó para que lo trajesen a España al Marqués de Pidal y Elduayen, que fueron con Merry a felicitarle el día y fecha de su cumpleaños.

Ese mismo día le visitó y fué convidado a comer con Merry a la mesa del Príncipe el entusiasta alfonsino granadino D. Pablo Díaz Giménez, que desde Granada, nada menos, vino a felicitarle (el que luego fué titulado por el Rey Marqués de Dilar).

Hasta las vacaciones de Nochebuena estuvo Don Alfonso en Inglaterra.

CAPITULO XIII

Otoño de 1874

Volviendo a mi historia: Mientras mi tío llevaba a S. A. a Inglaterra y le acompañaba las primeras semanas hasta dejarle definitivamente instalado, nosotros, de orden suya, salimos para Madrid por Barcelona, pues todo otro camino estaba interceptado por la guerra civil.

Nos acompañó en el viaje el Marqués de Corvera con solicitud

Llegamos a Madrid en Octubre; era Sagasta poder con el Duque de la Torre, y con gran asombro nos llevaron desde la estación acompañados por la policía hasta nuestra casa, y el equipaje requisado, hasta la más pequeña maleta y sacos de mano, sufriendo un minu-

cioso registro, durante el cual se desahogó mi madrina y tía contra aquellos esbirros, adornándolos con toda clase de denuestos. Poco pudieron encontrar que le interesara al Gobierno, pues como he dicho venía con nosotros Corvera y ese sí era el que traía alguna carta de importancia.

Repitieron la función con mi tío al volver a los quince días de Inglaterra; pero esta vez con más rigor, pues fué preso al *Saladero* (que era la cárcel prisión de entonces), repitiéndose también y con mayores bríos la escena trágico-cómica de mi tía Sofía, insultando a los pobres agentes, a los empleados de la cárcel, y, sobre todo, al Gobierno. Efectivamente, el Duque de Sexto traía no sólo cartas y una proclama, sino que hasta importantes documentos, entre ellos una ratificación más completa de poderes para Cánovas del Castillo; pero habiendo hecho el viaje con don José (el Marqués de Salamanca), éste, al llegar a Madrid, ya en la estación, y apercibido del caso, preguntó al ayuda de cámara (Pepe Estrada), y de acuerdo con él, llevóse la maletilla de mano donde el fiel criado sabía venía algo importante. Así es que el chasco en el *Saladero*, fué completo para los policías,

La Duquesa de Sexto, Marquesa de Alcañices (1870).

pero mayor para mi padrino, que no se explicaba cómo se había escabullido el cuerpo del delito. Aquella misma noche estaba libre.

Había muerto pocos días antes mi abuelo materno, D. Juan Manuel Piédrola Narváez y me llevó mi tío a Málaga a incoar la Testamentaría, dejar a mi hermana seguir al lado de mi tía Doña Paulina y recoger para mí los mayorazgos que aun por ley me correspondían (de los últimos que se habrán heredado en España, por haber sido mi madre la mayor, haber muerto joven y, en cambio, mi abuelo falleció a la avanzada edad de ochenta años). Como particularidad notable de constitución física, es de notar que la tarde que murió, tenía el caballo a la puerta para dar un paseo. Nunca había estado enfermo y aun a sus años llamaba la atención en Málaga por su continente ágil y elegante en extremo. Aquel mismo año había asistido presidiendo una procesión de uniforme (Maestrante de Sevilla).

El Conde de Montijo antes de ser jefe de su casa, depositó en la de mis abuelos a la señorita Kilpatrick, madre de la Emperatriz Eugenia, para casarse.

Paramos a la vuelta en Córdoba en casa de nuestros parientes los Condes de Torres Ca-

brera, centro del movimiento alfonsino y me impresionó muy mucho todo lo que oí contar del período de secuestros y bandidaje, cuya cuna eran Casariche (pueblo del tío Martín) y Benamejí, Castro, Iznajar, etc., que con otros pueblos de la provincia de Málaga y Granada habían sido escenario de dramas y robos. Contaron la energía del gobernador Zugasti, que ayudado por el carácter del severo juez Merelo, llegó a imponerse a los forajidos y a descubrir las guaridas donde tenían secuestrados a grandes y a niños inocentes

Aquello era el complemento de la anarquía producida por las guerras civil y filibustera. Mi imaginación volvía la vista al Príncipe Alfonso y con razonamiento bien natural me preguntaba yo en mi joven espíritu, cómo podría dominar aquel Príncipe tanto desenfreno y tanta ruina que había que reedificar.

Avanzado Noviembre llegamos a Madrid, donde en la misma estación estaba Cánovas esperando con urgencia; y lo que sólo pude comprender era que se avecinaban grandes acontecimientos por las palabras que D. Antonio dirigió a mi Padrino: «Pepe, tengo urgencia de hablar con usted, y alguien nos espera en casa».

Fuéronse juntos, y yo con D. José Zárate, marché a casa, a los brazos de mi tía Sofía, que me quería con delirio, a quien a falta de madre, mi cariño llenaba de mimos, llamándola «mamita» o «tita monina».

¿Qué pasaba? Luego supe se preparaba algo para el día 28, cumpleaños de S. A.

La entrevista en casa de Cánovas fué con Becerra, Vega de Armijo y Sardoal, que era alcalde de Madrid y un ministro de aquel último ministerio, creo que Echegaray.

El Duque de la Torre había salido para el ejército del Norte, con el afán de rehacer la opinión, por lo menos con la toma de Estella y rehacer el espíritu de la oficialidad y de las tropas desmoralizadas. Cánovas tenía noticia del Cuartel general por el general Marqués de la Vega Inclán, el bravo soldado que más prestigio militar había conservado. Se sabía que en los Cuartos de bandera y en los Campamentos, la opinión de todos era «que mientras el Ejército liberal no tuviese la bandera simpática de un Rey constitucional, de orden y liberal, no se conseguiría nada». Casi sin recato se saludaban los oficiales con el «Viva Don Alfonso».

En Madrid la situación en los cuarteles

era la misma. Cánovas, enemigo de todo pronunciamiento militar, temía el anunciado movimiento para fecha citada del cumpleaños, y todos acudían a mi tío Pepe para acabar de convencer a D. Antonio que tenía más fe en una manifestación legal política.

Así quedaron sin resolver las cosas ese día y sólo salió de allí el proyecto de dos mensajes, dirigidos al Príncipe para felicitarle el 28, y volvióse mi tío a casa con Valmaseda, desde la calle de la Madera, donde vivía entonces Cánovas.

Preparóse todo el elemento alfonsino a festejar ese día y es de recordar el conflicto entre mi familia y la vieja Condesa de Montijo, madre de la Emperatriz, que también quiso dar una recepción con baile en la misma fecha. Se transigió el asunto dando la Montijo su baile la víspera, así es que en realidad fué una fiesta continuada, pues salieron de la casa Palacio de Montijo por la mañana del 28 (estaba situado en la plaza del Angel, esquina a la Plaza de Santa Ana).

Nota dominante de estas recepciones, fueron las demostraciones de hombres políticos alrededor de Cánovas y de mi tío y sobrepujando al sexo feo, el entusiasmo femenino de todas las señoras.

Aunque fué el año de mi primer frac, no me permitieron asistir nada más que hasta cierta hora y eso en honor a ser día tan señalado. Aquella era la primera vez que casi de hombre salí al mundo en una fiesta de mis mayores. Por eso la tengo tan grabada en la memoria. No olvido la figura de Cánovas con Romero a su lado (que ya le llamaban el Príncipe de Asturias del alfonsismo). Y yo, sin poderlo remediar, siempre tenía grabado el letrero negro del muro del Ministerio de Hacienda. Y conmigo estoy seguro que otros muchos. Pero era tan simpático, que con su labia antequerana se llevaba a todos de calle.

Hubo cena. Hubo *champagne*. Hubo brindis y con esta ocasión pronunció Cánovas unas palabras (la primera vez que le he oído hablar en público), esa impresión la tengo aún más fija.

Siguió Diciembre frío, pero los espíritus caldeados por las circunstancias, aumentando el entusiasmo el manifiesto que llegó a Madrid firmado por el Príncipe y fechado en Yorktown, dirigido a todos los españoles. (Agotados en casa por el reparto y por la demanda, alguno tuve que copiar.)

Yo seguía por las mañanas en mi academia y vida de estudiante.

Era muy frío, como he dicho, el invierno y patinábamos en tres sitios: en un estanque pequeño que había en el Retiro, en el mismo sitio que existe hoy la Rosalera o Rosaleda; en los Campos Elíseos, sitos en lo que hoy es entrada de la calle de Velázquez (esquina a Alcalá) y adonde más íbamos todas las tardes era al Palacio de Liria, del Duque de Alba (James), abuelo del actual, donde su hijo Carlos, aficionadísimo a patinar y notabilísimo en este deporte, tenía una charca en el jardín posterior del palacio y allí nos reuníamos todos sus amigos con él y sus hermanas María y Luisa.

Llegó Nochebuena y una tarde después de la Navidad, estando patinando en medio del mayor bullicio, con secreto y premura llamaron a mi tío, que tuvo una entrevista con un señor que luego supe era Valmaseda, que bajo palabra de honor le confió el propósito suyo y del general Martínez Campos de salir al siguiente día para unirse al general Dabán, que mandaba una brigada del Ejército del centro (Jovellar). Sabían que el brigadier Dabán iba a ser relevado, y les había escrito que, o se decidía la proclamación de D. Alfonso o que si no, no contasen con él dentro de corta

fecha. (Esta entrevista la tuvo mi tío en el piso bajo, donde vivía el Duque entonces.)

Volvió al patinadero y me extrañó no poco que al despedirnos y salir, le dijo a mi tía se fuese a casa con mi prima María Morny, y llevándome con él tomamos un coche *simón* y dió la orden al auriga de ir a la calle de la Madera, número 15, que era donde vivía don Antonio Cánovas. Nos abrió la puerta aquel criado Ramón y dejándome aparte, por mi insignificancia, tuvieron larga y detenida conversación (que más tarde he sabido) en que Cánovas desaprobaba la conducta del pronunciamiento y, sin embargo, el Duque de Sexto, razonaba que no se puede abandonar al que se juega todo por una Causa.

CAPITULO XIII

Restauración.

El manifiesto que D. Alfonso había dirigido a los Españoles desde Inglaterra (Yorktown), corroboraba y ratificaba toda la política hecha por D. Antonio Cánovas y el Duque de Sexto, desde la abdicación de la Reina Isabel en que se presentaba a D. Alfonso, no como Rey de un partido, sino como un porvenir de *Libertad*, *Paz* y *Orden*, abriendo los brazos sin rencores a todas las ideas de progreso y a todos los hombres políticos de buena voluntad. La teoría sana de Cánovas, era que fatalmente el país entero proclamaría a D. Alfonso, sin necesidad de nuevos pronunciamientos ni sangre, que no haría más que aumentar el caos y la ruina de España.

Por eso él no quiso nunca intervenir en ninguna conspiración militar, sin embargo de conservar siempre sus relaciones con aquellos generales que como Gasset, Echevarría, Caballero de Rodas, Quesada, Echagüe, etc., demostraban más simpatía a la causa del Príncipe D. Alfonso.

La proclama-manifiesto de D. Alfonso fué la gota de agua de los exaltados y de los madrugadores contenidos.

Incluso los partidarios, que aceptaban la acción militar, esperaban siquiera la toma de Estella o algún otro hecho de notoria autoridad para el Ejército liberal.

Los dos últimos párrafos del manifiesto del Príncipe (fechado en 1 de Diciembre, en Sandhurst (Yorktown), produjo en el ánimo de los indecisos la tranquilidad de sus egoísmos en el porvenir político. Se repetían y se comentaban con entusiasmo estos dos párrafos: «Por mi parte, debo al infortunio y a la emigración el estar en contacto con los hombres y las cosas de la Europa moderna.» «Sea lo que quiera mi suerte, no dejaré de ser buen español, ni como todos mis antepasados buen *Católico*, ni como hombre del siglo, verdaderamente *liberal*.»

Estos dos principios tan arraigados, como lo demostró toda la vida aquel Príncipe tan joven, envejecido en la desgracia, fué lo que satisfizo por completo, tanto a los hombres moderados oriundos del antiguo régimen, como a los nuevos políticos de la revolución, que siempre, en las conversaciones con Cánovas, temían en su egoísmo, las represalias.

Esto fué lo que acabó de decidir al elemento de acción militar, viendo claro que toda la opinión estaría por completo a su lado en cualquier pronunciamiento por pequeño que fuese, y esto fué, sin duda, lo que también acabó de decidir a Martínez Campos y a Valmaseda, en una reunión que tuvieron con el general Echevarría, Bassols y Marshessi, en casa de un señor Michelena (en la calle de Serrano) a donde, por cierto, asistieron el coronel de la Guardia civil, Iglesias, y oficiales suyos del cuartel cercano.

El día 27 escribió Martínez Campos en compañía de Valmaseda una carta dirigida a Cánovas del Castillo. Carta que empezaba de este modo: «Cuando reciba usted ésta habremos iniciado el movimiento eñ favor de Don Alfonso», y que acababa diciendo: «La diferencia entre usted y nosotros está en los distintos

modos de procedimientos en la cuestión de alzamientos.»

Y tan convencido estaba el Gobierno del Duque de la Torre, de que era inevitable la Restauración en la persona de Don Alfonso, que llegó a pedir en una declaración semioficial «Que sólo exigía el aplazamiento hasta acabar con el común enemigo». Claro es que esto también pudiese ser una habilidad, fácil, para ganar tiempo.

Fundándose en este argumento, a pesar del convencimiento de Cánovas, no tuvieron paciencia los militares más ardientes y así salió Martínez Campos con Valmaseda el 28 de Diciembre, llegando a Sagunto y poniéndose al frente de la brigada Dabán, proclamó a Don Alfonso XII.

Los detalles de la Proclamación son tan conocidos que no vale la pena de que yo los reproduzca.

La proclamación había sido en las afueras de Sagunto y al regresar a la villa, Martínez Campos telegrafió al jefe del Gobierno y al Ministro de la Guerra, Serrano Bedoya.

El 29 de Diciembre, fué el día de mayor ansiedad, fácil de explicarse. La duda importante era conocer cuál sería la actitud del ge-

neral Jovellar, que mandaba todo el Ejército del centro y la del general Castrillo, Capitán general de Valencia.

En Madrid, radicales y republicanos, se ofrecieron incondicionalmente al Gobierno, ofreciendo así mismo la fuerza de las masas y turbas revolucionarias con que creían contar. Al mismo tiempo necesitábase conocer cuál sería la decisión del Ejército del norte (nudo de todo, por estar allí Serrano).

Presente tengo el día 29 de Diciembre como si lo viviese hoy mismo. Por la mañana, llegaron a casa primero, aquel mismo coronel Iglesias, que ya he nombrado, de la Guardia civil, que venía a enterar en detalles a mi tío de la actitud en Madrid de militares y políticos y luego tuvo lugar la visita de un capitán o comandante llamado Ortiz (ayudante del general Martínez Campos) que no sólo vino a dar noticia exacta y detallada de todo lo ocurrido el día antes en Sagunto, sino que además traía el encargo de la señora de Martínez Campos de que ella misma vendría a visitar a mi tía, como así lo hizo, para darle todas las noticias confidenciales que sabía.

Después llegó Sardoal, Alcalde, que venía de ver a D. Fernando Primo de Rivera, que

aun dudaba de la última palabra de la guarnición de Madrid, pero que trajo la buena noticia de que Jovellar habíase unido a Martínez Campos.

Entonces mi tío fué a casa de Cánovas, donde con Escobar y D. Alejandro Castro, tuvieron una conferencia en que no pudieron convencer a D. Antonio de esconderse, quitando del alcance de la Policía su persona, pues sabían que Sagasta y el Gobierno intentaban aún resistir por orden del Duque de la Torre, y lo probable sería prender a Cánovas y a mi tío, Sexto, por lo menos. Cánovas se opuso a aparecer cómplice de la sublevación militar y su última palabra fué decirle a mi tío: «Pepe, si usted queda con ellos y a mí me encarcelan, en usted sólo quedan todos los poderes y usted asumirá toda la responsabilidad.» Contestóle éste que él, en cambio, no le importaba, y que puesto que Cánovas no quería moverse de su casa le avisase si le prendían, pues no quería dejar el movimiento sin una cabeza en momento difícil que pudiera sobrevenir.

Volvióse a casa y estando almorzando supimos por Felipe Ducazcal, que llegó todo emocionado, que Moreno Benítez, gobernador

de Madrid, acababa de llamar a Cánovas al Gobierno civil en calidad de detenido.

Sin acabar de tomar café, llegó también Romero Robledo, diciendo al entrar: «Duque Pepe, quítese usted de en medio; antes de una hora vendrán a buscarle.»

Vino asimismo el general Quesada con el Marqués de Acapulco. Todos con el mismo temor.

Con aquella tranquila imperturbabilidad, que Dios le había dotado, tomó con calma sus prevenciones y dejó marcada a mi tía su línea de conducta, y diciendo: «Yo tengo el deber de no dejarme coger», salió de casa por el Prado, en una tarde de niebla y ya casi al declinar el día.

Ibamos con él, Quesada, Torrecilla y mi modestísima personilla, que debía volver en seguida para dar noticia a mi tía del sitio donde pasaría la noche. (Zárate, su secretario, con Manuel Sánchez, *Calandria*, el jefe de cuadra), salieron delante, por si había policía.

A tiempo salimos, pues al cuarto de hora, llegaba la ronda del gobernador con la orden de prisión.

Subimos por la calle de la Greda. Allí se despidieron Acapulco y Torrecilla, y en un co-

che *simón* que *Calandria* había prevenido, fuimos a parar al barrio de Salamanca, a casa de D. Alejandro Castro, a quien tenía necesidad de hablar, y de allí a la punta de la calle de Serrano, a casa del Sr. Lapuente Apecechea (cuyo hijo Ramiro era miliciano del *Escuadrón del aguardiente*. El que luego fué Marqués de Altavilla).

Volvíme a casa a participar a mi tía que debía el tío Pepe pasar en aquella casa la noche y que yo y Zárate volviésemos por la mañana a las siete a buscarle.

Además, y esto lo recuerdo no sólo por ser un detalle, sino por la emoción de orgullo que me producía; además, tenía yo otro encargo que me hacía creerme un importantísimo personaje. Este encargo era, después de comer con mi tía, llevarle a Cánovas un papelito escrito y entrar en el Gobierno civil tratando de dárselo en reserva. Excuso decir a aquella edad qué altivo estaba yo de mi misión (diez y siete años).

Contar el innumerable número de visitas que a la hora de comer vinieron a casa, sería prolijo.

Deseando estaba mi personilla cumplir el encargo para Cánovas, y me dirigí acompa-

ñado de Zárate al Gobierno civil, a quien mi tía hizo toda clase de recomendaciones para mi guarda y recomendándome preguntase a D. Antonio si necesitaba algo y aconsejando a mi tío Nicolás (el Marqués de Castelar), que me acompañase también; pero cuál no sería nuestro asombro cuando al salir a la calle tres policías le detuvieron y se disculparon diciendo que con sentimiento tenían que cumplir la orden de prisión del Sr. Duque. Comprendiendo nosotros entonces que le habían confundido de noche y por el gran parecido de estatura y facciones que tenía con mi tío Pepe.

Protestó no poco. Nada les convenció y dijeron, que sobre todo, en el Gobierno civil se dilucidaría la verdad.

Como al Gobierno íbamos, yo y Zárate allá fuimos con él y así no pudo chocar a nadie nuestra presencia hasta en el mismo despacho de Moreno Benítez, donde se aclaró el error.

En el mismo despacho estaba Cánovas con Escobar y Fabié presos y alguno más. Cánovas, afectuosamente me preguntó, y cumpliendo mi cometido, me dió en las barbas del Gobernador, otro papelito, y yo, más ufano que

antes, me volví con mi tío Nicolás Castelar a casa, comentándose no poco todo lo ocurrido.

La intranquilidad natural de mi tía nos hizo dormir poco y con impaciencia le llevaba yo a la calle de Serrano, a las seis de la mañana, una larguísima carta de ella a más de otro sobre con infinidad de otras misivas.

El día 30 de Diciembre, bien temprano, cuando ya la luz amanece, Madrid aún duerme completamente, y apenas se ve un transeunte, nos trasladamos a la calle del Sordo (hoy Zorrilla), a casa de otro tío mío, Felipe Méndez Vigo, adonde quedóse hasta después de almorzar y adonde se supo ya todo lo que iba ocurriendo. Conferencia de Serrano por telégrafo con Madrid, proponiendo enviar tropas si Primo de Rivera respondía de la guarnición.

Contestación dudosa del Capitán general de Madrid y terribles dudas de lo que pudiese ocurrir en la visita a los cuarteles que Primo de Rivera estaba efectuando en aquellos momentos.

Después de algunas vacilaciones y noticias contradictorias, mi tía Paz Méndez Vigo, recibió una tarjetita de la señora de Primo de Rivera, que daba a entender que todos los cuarteles de la villa y corte aconsejaban el

grito por Don Alfonso. Entonces, y ya obscureciendo, decidió mi tío volver a casa y entrando por San Fermín, que en aquella época estaba lindando con nuestro jardín, llegamos en el momento que también llegaba Saturnino Esteban Collantes, con la noticia de que Sagasta, después de larga conferencia con el Duque de la Torre, había dicho a los periodistas que queriendo evitar todo derramamiento de sangre, los Ministros en Consejo, acababan de decidir la entrega del Poder al Capitán general de Madrid.

Tranquilo, como si nada ocurriese, con su calma sencilla, volvió a pedir su sombrero y solo, sin permitir que nadie le acompañase, mi tío salió diciendo que iba enfrente, y le vimos atravesar la calle de Alcalá y subir a paso lento la rampa del Ministerio de la Guerra, donde estaba el Capitán general Primo de Rivera (D. Fernando).

¿Qué pasaba en el Ministerio de la Guerra? ¡Fácil es concebir toda nuestra ansiedad!

Llegaban las noticas poco a poco. Primero que el Ministro de la Guerra, Serrano Bedoya, había entregado todo a Primo. Después que Cánovas había llegado al Ministerio y estaba encerrado con D. Fernando y con mi tío.

Unos y otros atravesando la calle iban y venían a traer algún nuevo detalle a mi tía, cuya impaciencia crecía hasta que llegó un recado pidiendo para mi tío un bastón de mando.

Aprovechando la ocasión de meterme en camisa de once varas, yo mismo lo busqué, y entonces la impaciencia y los nervios de mi tía Sofía no pudieron resistir más y conmigo, en un vuelo, subimos por la cuesta del jardín del Ministerio. Yo, con el bastón en la mano, y ella, en alas de su curiosidad.

¿Para qué era aquel bastón de mando? ¿Qué ocurría? Al subir la cuesta y última escalinata, antes de llegar al portalón del Ministerio, mis ojos puede que mirasen todo aquello y el bullicio que se notaba delante de una compañía de Ingenieros formada en el zaguán; pero mi pensamiento estaba mirando con el afán y preocupación natural al Príncipe, en Inglaterra. Casualmente se sabía que aquel día debía salir para París en vacaciones de Navidad, por haberse retrasado.

Sin poderlo remediar, mi cerebro me ponía en el caso de si yo me viese como él, ante un país arruinado. ¡Ante dos guerras! (la carlista más pujante que nunca y ¡Cuba!) y, sobre

todo, mi gran duda, que instintivamente me atormentaba, era si efectivamente el movimiento militar representaba de veras la opinión del pueblo español.

¡*Aquel hombre de mi edad lo tenía que reedificar todo*! ¡*Todo*!

Personificaban en absoluto la restauración en aquellos momentos los dos hombres (don Antonio Cánovas y el Duque de Sexto), y entregada la Puerta del Sol, decidieron en el despacho del Capitán General la formación del Ministerio Regencia y mandaron llamar a los principales, formándose el siguiente Ministerio: Estado, Alejandro Castro. Cárdenas, Gracia y Justicia. Salaverría, en Hacienda. Romero Robledo, Gobernación. Orovio, Fomento. Ayala, en Ultramar. El Ministerio de la Guerra, al Jovellar, mandando en su lugar el Ejército del centro el general Quesada. Marina, Marqués de Molins (bajo la Presidencia de Cánovas.

Quedóse con la Capitanía general D. Fernando Primo y nombraron Alcalde de Madrid al Conde de Toreno. Aprovechando Cánovas, con gran sentido político, la enorme popularidad de mi tío Pepe, le rogaron que desempeñara por lo menos en los primeros momentos, el

cargo de Gobernador de Madrid. (Para eso era el bastón que yo llevaba). Y sin perder un segundo le acompañé al Gobierno, adonde al llegar bajaban las escaleras todos los empleados y se les mandó a sus respectivos departamentos. Por cierto, que le robaron aquel bastón aquella misma noche y hubo que buscar otro.

También mandóme a buscar al Conde de Mirasol a su casa, calle Hortaleza (éste había llegado de Sandhurst hacía poquísimos días).

Con el jaleo y previsiones naturales en aquellos primeros momentos y una visita a altas horas de la madrugada al Ministerio de la Gobernación; así acabó el 30 de Diciembre de 1874.

CAPITULO XIV

El Príncipe Alfonso, Rey.

Como he dicho, el mismo día 30 de Diciembre llegaba a París (con su profesor D. Juan Velasco), el Príncipe, sin saber ni él ni nadie de la Familia real, todo lo que he relatado, que había ocurrido en Sagunto y que estaba ocurriendo en aquel momento en Madrid.

Esperábale en la estación su madre, la Reina, y con premura le hizo vestirse para comer y que la acompañase aquella noche el Teatro de la Opera.

Vistiéndose estaba cuando Ceferino, su ayuda de cámara, le entregó una carta de fina letra de señora con un *urgent*, diciéndole que esperaban contestación. Abrió S. A. el sobre y la carta era anónima, sin firma; pero con un

signo que más tarde veremos en el segundo tomo de *Mis Memorias*, y que únicamente decía: «*Sir*: *Votre Majesté a eté proclamé Roi hier soir par l'armée espagnole. Vive le Roi!*»

Preguntó Ceferino qué contestaba y don Alfonso le dijo: «Dí que está bien.»

Comió, y en el teatro estuvo sin decir ni una palabra de lo que sabía a nadie de la familia, ni a la Reina, su madre.

Volvieron del teatro al Palacio Basilesky y sólo hasta aquel momento tuvo la Reina ocasión de enterarse por Elduayen, que con impaciencia esperaba, experimentando todos el asombro de que no era novedad para él que ya era Rey, que a pesar de su corta edad, en esta primera ocasión, demostró rara discreción y un dominio de hierro sobre sí mismo.

No había amanecido el día 31, cuando se recibieron dos telegramas para el Rey: uno del Duque de Sexto y uno de D. Antonio Cánovas del Castillo y otros tres telegramas para la Reina Isabel; de mi tío, de Cánovas y de Martínez Campos, con todos los detalles y Proclamación en Madrid y en los ejércitos del centro y del norte, del Rey Nuestro Señor.

Aquel mismo día Don Alfonso contestó los corrientes despachos, y uno particularmente a

Cánovas, aprobando el Ministerio Regencia y ratificándole los poderes.

Pasaron los días 4 y 5 de Enero en los preparativos consiguientes y el día 6 salió Su Majestad el Rey para Marsella, acompañado de las siguientes personalidades: Sus dos ex profesores, D. Guillermo Morphy y D. Juan Velasco (en calidad de secretarios), el Duque de Rivas, los Marqueses de Campo Sagrado y Vallejo y los condes de Xiquena, Carlet y Espeleta, que como jefe de la casa de la Reina Isabel, hacía el viaje en calidad de Mayordomo mayor, honor natural debido a su consecuente lealtad durante el período de la desgracia (detalle de tacto y de corazón, que aquel Príncipe tan joven no olvidó, no sólo por él mismo, sino por la Reina su madre).

El día 7, al mismo tiempo que el Rey llegaba acompañado además por el Príncipe heredero de Mónaco, que se le había unido en el camino; había llegado por la mañana la fragata *Navas de Tolosa*, con el Ministro de Marina, Marqués de Molíns, (1) y una comisión

(1) *El Marqués de Molíns.*—D. Mariano Roca de Togores y Carrasco, hijo tercero del Conde de Pinohermoso, notable en la literatura de nuestra época, unido constantemente por estrechísima amistad a mi tío el Duque de Sexto, y trabajador incansable durante toda

compuesta por los Condes de Mirasol y de Heredia Spínola, general Valmaseda y D. Ignacio Escobar, con los dos ayudantes del Ministro de Marina, F. Roca de Togores y Aguirre, Montero y Feijoo.

Francia, demostrando todos sus respetos desde el primer momento a Don Alfonso, dió las órdenes para que las autoridades le recibiesen también con la mayor reverencia. Asistiendo a recibirle el Prefecto, Mr. Tracy, y el comandante militar de Marsella, general Espivent de la Villeboisnet.

Almorzó S. M. en el *Hotel Marseille*, y al terminar el almuerzo, recibió la visita con pliego particular de aquel mismo comandante Ortiz, que ya conocemos, ayudante de Martínez Campos.

A las tres de la tarde embarcó en la *Navas de Tolosa* y el día 8, a las ocho de la mañana, zarpó llegando a Barcelona adonde des-

---

la época de la Revolución ayudó a la restauración de la Casa de Borbón. Le tenía Cánovas en tan particular estima que se lo demostró en la formación del primer ministerio de la Regencia. Sus hijos son el actual Marqués de Molíns D. José Ventura. El Marqués de Rocamora D. Fernando. El de Alquibia, fallecido ha poco. Doña Carmen, casada con el Marqués de Peñafuente. Y doña Angela, Marquesa de Pozo Rubio, viuda del notable hacendista D. Raymundo Villaverde, expresidente del Consejo de Ministros.

embarcó en el muelle denominado de la Paz.

Aquí viene un pequeño detalle que voy a referir por mera curiosidad. El Rey no tenía ningún uniforme español, y no era natural entrase en España con el inglés de la escuela militar de Sandhurts, único que poseía; y planteada esta cuestión en Madrid le confeccionó el de Capitán general un sastre que se llamaba Bilbao, que vivía en el entresuelo número 1 de la calle de Alcalá al lado de la Peninsular..

Serví yo mismo para tomar unas medidas aproximadas, con las correcciones oportunas, y en cinco días justos se lo llevó el Conde de Mirasol a Marsella, así es que al embarcar en el suelo español de la fragata, el Rey ya usó nuestro glorioso uniforme con la clásica leopoldina, durante todo el viaje.

Refirióme el Rey en alguna ocasión que la mayor emoción de su vida la tuvo aquel día de Marsella cuando al oir el saludo de ordenanza se le grabó en el alma el primer «¡Viva España!», lanzado por los pechos de la marinería española.

Recibió en Barcelona el homenaje de las autoridades y entidades catalanas con ova-

ciones y gritos de esperanza de paz, naturales en pueblo tan trabajador.

El día 10 de Enero embarcaba S. M. en la *Numancia*, a las diez de la mañana, entrando el día 11 en el puerto del Grao a las once, recibido con febril entusiasmo por el pueblo y las autoridades, entre las que en primera línea figuraba el general Dabán y el leal Marqués de Cáceres. A caballo marchó el Rey, primero a la Virgen de los Desamparados, adonde en recuerdo, donó su bastón de mando. De allí, a la Catedral, en cuya puerta le recibió bajo palio el Cardenal Barrios, verificándose el *Tedéum* y acción de gracias al cielo, rogando al Todopoderoso que fuese Don Alfonso la salvación de España, tan castigada y tan agotada.

La noche del 12 estuvo S. M. en dos teatros de Valencia: en el Principal y la Princesa, y el 13, a las seis de su mañana, salió para Aranjuez, adonde llegó la misma noche a las diez.

Mi tío Sexto, Gobernador interino de Madrid, hasta que se hiciese cargo de la jefatura total de la Casa real, llevaba en estos días que acabo de describir, la vida de actividad que las gravísimas circunstancias exigían, hasta el día 13, en que salió al mediodía para Aranjuez. Le acompañamos, con la explicable impaciencia

Carlos Morny, Pepe Xifre y yo. Excuso referir en medio de todas las importantísimas personas y el nervioso bullicio, el estado de mi ánimo que, pasado el primer momento, me parecía cada mañana al despertar que todo aquello era un sueño.

Pasado el recibimiento atronador de la estación de Aranjuez, al retirarse a poco al Palacio donde fué llevado por todos, poco menos que en el aire, con frenesí; al ver a Carlos y a Xifre los abrazó con su habitual cariño y bondad hacia los que habían sido sus amigos. Rezagado yo en medio del barullo, por fin, conseguí que me viese. Mi impresión no la sé, ni tengo manera de explicarla.

Tarde se acostó el Rey. Fueron muchos los asuntos. Por fin, pudo quedarse sólo S. M., y con la mayor tranquilidad, con la mayor impasibilidad, siempre con su aire reflexivo, puso un último telegrama a su madre la Reina Doña Isabel, y sin dejar de hacerme preguntas mientras le desnudaba Ceferino, su fiel criado, me despidió y se retiró a dormir con la misma naturalidad imperturbable, como si nada hubiese ocurrido.

Confieso que aquella noche es cuando realmente me impresionó la grandeza de alma

tranquila de aquel hombre que teniendo la misma edad que yo tenía que resolver en España tan arduos problemas y había de reconstituir la nación entera destrozada y en la más espantosa miseria.

A la mañana siguiente, día 14, salió el Rey a las once de Aranjuez en el ferrocarril, llegando a Madrid próximamente a la una y montando a caballo en la estación del Mediodía. Su primer acto fué dirigirse a la Basílica de Atocha, seguido del Estado mayor de generales, a la cabeza de los cuales destacaba su figura respetable de leal (encanecido en los servicios a la casa de Borbón, con su uniforme de Comandante general de Alabarderos, el Conde de Cheste). A continuación es inútil repetir los nombres que tantas veces he referido, y en medio de las más atronadoras y delirantes aclamaciones, llegó a Atocha, recibido por el Cardenal Moreno.

Fuime corriendo a casa cuya fachada había adornado mi tía con profusión y allí esperamos toda la familia el paso de la comitiva que debía de subir por el Prado y calle de Alcalá. (En un caballo tordo de Zapata (su nombre *Segundo*) y regalo del propietario, que tuvo el especial entusiasmo de mandarlo a mi

tío para el caso, apareció la figura de Don Alfonso, con toda la simpatía de su juventud y toda la aureola de esperanza que inspiraba para la Patria.

El pueblo, que por instinto comprende en los momentos de las mayores crisis de las naciones donde puede encontrar su salvación, en tan señalado día llegó al paroxismo de su entusiasmo y no pudo nunca el cordón de tropas impedir que el Rey y hasta su caballo fuesen casi llevados en andas.

Así pasó aquella avalancha y por la calle arriba siguió hasta verle desaparecer por un arco de triunfo y de follaje que se había preparado en lo alto, enfrente de la casa de Torrecilla y calle de Sevilla.

Alojóse el Rey en Palacio, en las habitaciones que habían sido de su padre, el Rey Francinco, en cierta ocasión, en el entresuelo, pues no habiendo tiempo para otros preparativos y dado el desquiciamiento y desbarajuste natural del real Palacio de tiempos pasados, se eligió provisionalmente aquellas habitaciones más habitables por ser más pequeñas.

Sólo deseaba permanecer S. M. tres o cuatro días en Madrid, pues su impaciencia constante era acudir al ejército del norte, poniéndose

dose a su frente, y ante todo, salvar a Pamplona, que las malas noticias pretendían estaba en peligro de caer en poder de los carlistas.

Es de notar que D. Carlos, a pesar de haber llegado a tener un ejército de más de 60.000 hombres, nunca pudo llegar (caso curioso) a poseer ninguna capital de provincia.

Uno de los pocos actos oficiales a que hubo de asistir S. M. fué la apertura del Paraninfo de la Universidad, para cuya solemne ceremonia tuvo buen cuidado de prepararle un discurso en que como primer acto público resultase casi un programa, que además tenía la importancia de ser pronunciado por boca del nuevo Rey ante un público tan ilustrado como el Claustro de la Universidad y ante todos los demás elementos intelectuales que allí se habían de reunir.

La noche antes, a última hora, y ya acostado, con el natural cansancio de la jornada, pidióme el Rey que le leyese despacio el discurso escrito y nos despedimos hasta la mañana siguiente.

Era la solemne apertura a las once de dicha mañana y entre la premura de idas y venidas y el revuelo de cartas y papeles, el caso fué

que al salir por la puerta del Príncipe, el interesante discurso no parecía, ni en manos de Mirasol, ni sabíamos ninguno adonde había quedado.

Al comunicarle mi tío a Cánovas que se había perdido, tuvo disgusto y recomendó a Su Majestad que sólo en poquísimas palabras se dirigiese al Claustro.

Con verdadera impaciencia e intranquilidad vieron levantarse al Rey, y cuál no sería el asombro y admiración, oirle pronunciar los mismos conceptos (que él sólo había oído leer una vez), con una serena facilidad y una corrección de palabra incomprensible a los diez y siete años de edad. Es curioso recordar cerebro tan privilegiado.

Como detalle curioso de intimidad en aquellos cuatro o cinco días que estuvo en Madrid, recuerdo que después de cada jornada nos reuníamos por la noche, a última hora, en su cuarto, a comentar o, mejor dicho, a oirle comentar las variadas impresiones del día. Los asistentes éramos Pepe Tamames, Vicente Beltrán de Lis y yo, y cuando juntos nos retirábamos, analizábamos no poco la imperturbabilidad de su espíritu observador y de su justo apreciar, no confundiendo el entu-

siasmo con la lisonja (cualidad rara en los Príncipes).

Y en una de aquellas noches, entre el fárrago de cartas que recibía con plácemes y felicitaciones, no sólo de España, sino de Viena, Inglaterra y París, enseñóme una con marcada curiosidad, firmada con el mismo signo de la carta que recibió la noche del 30, en París, y que sólo decía: «*Sir. N'oubliez pas un coeur qui cri. «Vive le Roi!» et qui vous aime.*»

Lo más curioso es que la carta no traía sello extranjero y había sido entregada en Madrid por una mano desconocida.

Tenía una posdata. Dos palabras únicas: «*Priez Dieu.*» (1)

El día 18 de Enero por la mañana, el Rey manifestó el deseo de ir aquella tarde a saludar a mi tía Sofía en nuestra casa de la calle de Alcalá. Parecióle a Cánovas su deseo corriente y natural, pero mi tío, el Duque de Sexto, trató de oponerse, para no significarse (sentimiento de delicadeza ante los demás Grandes); se transigió la discusión conviniendo que S. M. iría al anochecer, sin que absolu-

(1) En el tomo siguiente de Mis Memorias, durante su Reinado, veremos repetirse estas cartas, que a menudo se convirtieron en avisos, firmadas con el mismo signo ℣

tamente nadie pudiera enterarse entrando por la puerta del jardín que daba al Prado.

Verificóse así esta visita, en que a pesar de todas las precauciones, se enteró Honorio Miraflores, Vizconde de la Armería, que en aquel momento tuvo la ocurrencia de salir por el jardín, en lugar de hacerlo por el portalón de la calle de Alcalá.

Para el Rey fué satisfacción de gran cariño demostrarle su afecto a la señora que tantos anhelos había tenido por su Causa y por su persona, y fué también de gran curiosidad el conocer los detalles de aquella casa en que tanto se había conspirado a su favor y después de visitar estancias, capilla, etc., hasta tuvo el capricho de ver nuestro cuarto de estudio en que teníamos colocado un retrato suyo, firmado y dedicado a María Morny y a mí.

Despidióse de mi tía diciéndole que rogara a Dios por su buena estrella para bien de España, pues salía al día siguiente para la campaña del norte.

En esa misma fecha fué nombrado Jefe del Cuarto Militar, el general D. Fernando Primo de Rivera.

En un solo teatro estuvo el Rey en aquellos cuatro días, que fué en el Español. Como he

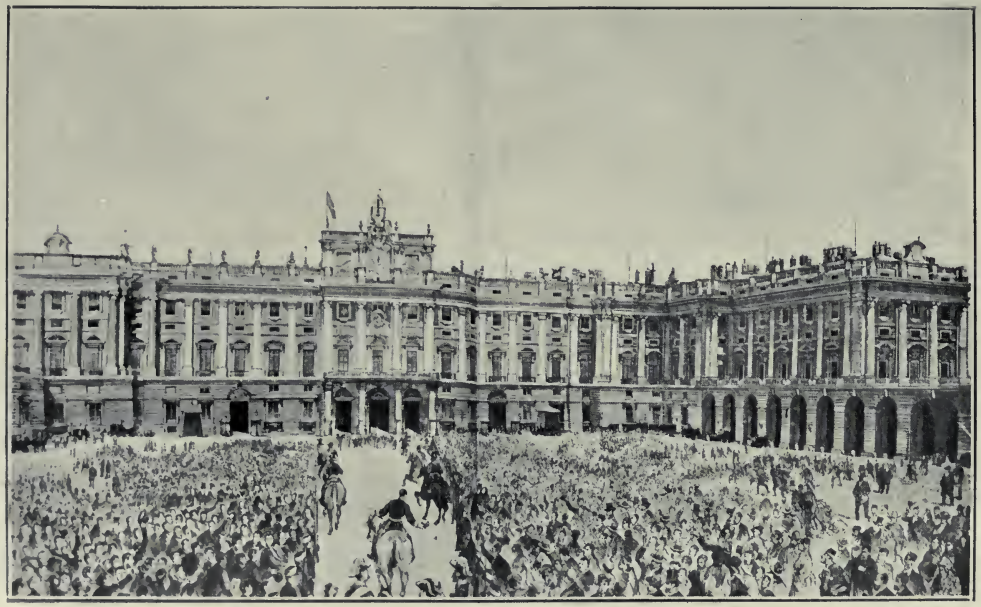
dicho, su preocupación fueron los preparativos de su primera campaña, y tanto es así, que a la mañana siguiente de su entrada en Madrid, ya estuvimos en el picadero de Palacio eligiendo caballos de guerra y constantemente pasó el tiempo estudiando planos con Cánovas, Jovellar, Dabán y Trillo y los más conocedores de la topografía de Navarra y provincias Vascongadas. (El 19 de Enero salía para el norte.)

Era Rey. ¡Por fin!, después de tantos anhelos, aquel Príncipe *Bueno*, inteligente, que los azares de la suerte y la desgracia habían hecho compañero de muchos días en mi niñez, educándonos y guiándonos en la vida el mismo hombre, mi tutor, que al fin y al cabo, también lo había sido suyo.

Aquí acabo la primera parte de MIS MEMORIAS por ser este período de mi vida notorio en relación con los acontecimientos de mi Patria, y en otro tomo seguiré refiriendo mi existencia durante el reinado de Alfonso XII, de feliz recuerdo y memoria para la Historia de España.

¡¡¡Viva España!!!, y Dios bendiga y guíe a los que la tienen que gobernar y tienen que conservar, lo que aquél Príncipe restauró en su Patria.

Entrada de S. M. el Rey Don Alfonso XII, en Madrid (1875).



Llegada de S. M. el Rey, al Real Palacio de Madrid (14 Enero 1875).

Primer Ministerio del Rey Don Alfonso XII.

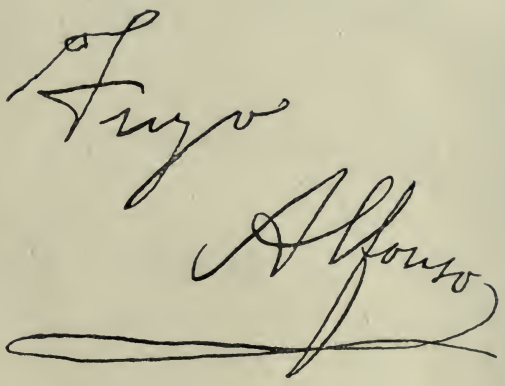
APENDICE

Dentro de breve tiempo tendré el gusto de dar a la publicidad el segundo tomo de estas *mis Memorias*, que comprende desde el advenimiento al Trono de Don Alfonso XII, hasta su muerte en el Palacio del Pardo (de 1875 a 1885).

Para anticipar al público algunos curiosos detalles de los comprendidos en el próximo tomo y dar idea de la vida intensiva que viví once años, casi continuamente al lado del *Rey Pacificador* (del cual aún todos vivimos), publico a continuación algunas fotografías suyas de épocas importantes y alguna que otra carta autógrafa, de las que poseo, y que me dirigió durante su reinado, cartas elegidas al azar, pero guardando las más interesantes para lugar más oportuno.

Querido Julio:

Si quieres
oir el concierto
y no tienes
mejor que hacer
te veremos
en él con
gusto



Hoy Miercoles.

Querido Julio:
Si quieres tomar aire
del Pardo, como me
dijiste ayer, vente á
escape, para que salga
mos á las tres y media
Trae de campo y trae
escopeta con bala.
Tuyo Alfonso

Mi querido enemigo
de ayer: Adjunta
la pistola que ganaste
á mi mujer y que
me encarga te remita.
Tuyo de veras
Alfonso

Querido Julio:
Mi cuñado Eyi tiene
ganas de conocerte. A las
nueve menos cuarto,
llegaremos en Fiacre los
dos, delante del Hotel
Imperial y te recogeremos
para ir á correr á la
esposicion. De sombre
-ro hongo.

Tuyo de veras

A. Louso

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File".
Made by LIBRARY BUREAU

201686
HSp.B.
S2285m

Author San Pedro de Galatino, Duque de

Title Memorias. Vol.1